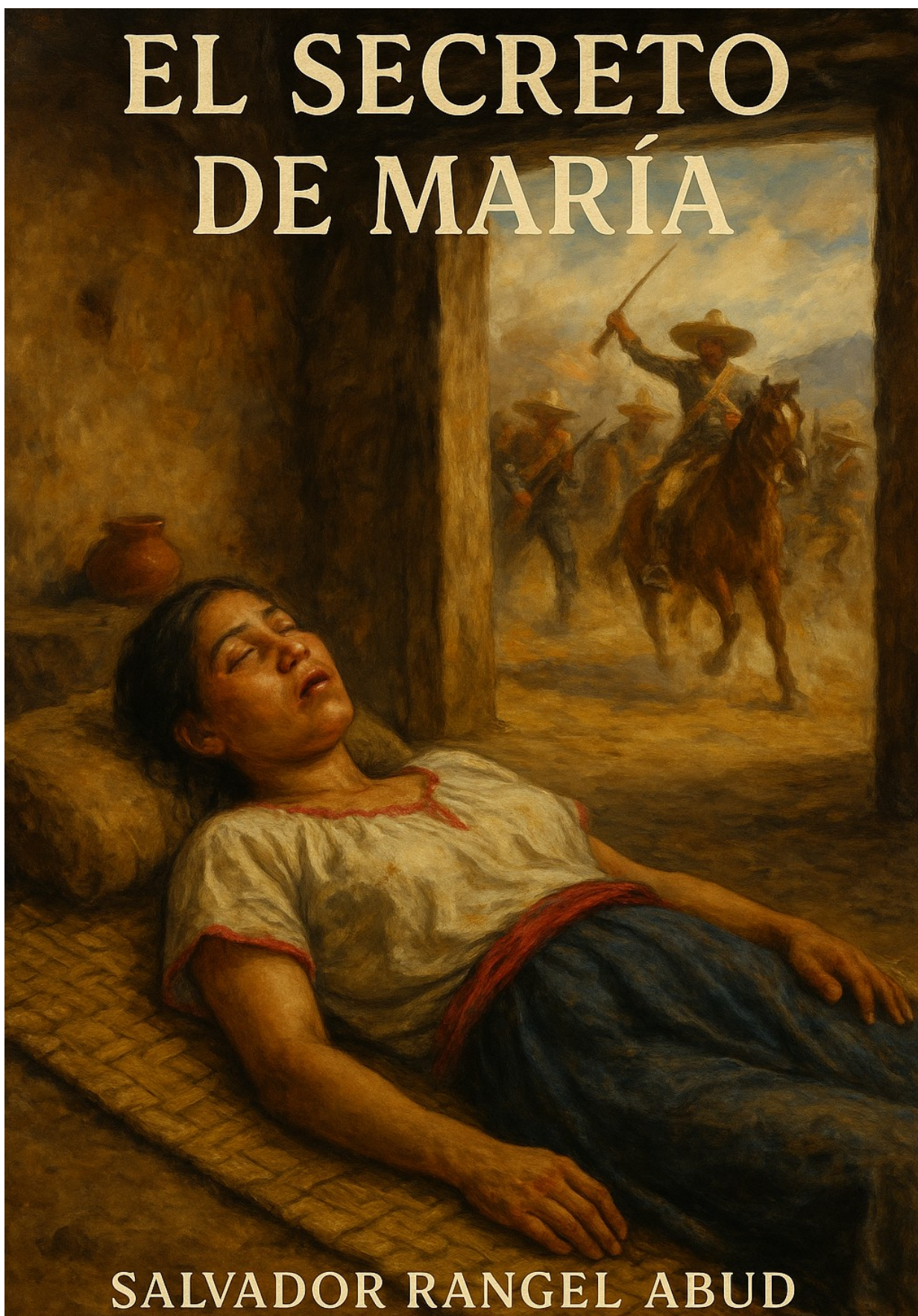


EL SECRETO DE MARÍA



SALVADOR RANGEL ABUD

EL SECRETO DE MARÍA

Una novela de Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

En un pueblo del México revolucionario, María se levanta cada mañana con el peso de una muerte que nadie más conoce. Lo hace durante cuarenta años. Se levanta, hace el nixtamal, riega las flores, mira a Joaquín a los ojos, y guarda silencio.

La noche en que todo ocurrió, ella tenía que elegir entre su honra y la vida de su marido. Don Roberto, el hijo del alcalde, había llegado al camino del cerro con la amenaza clara: si no cedía, Joaquín moriría desangrado en el hospital sin que nadie moviera un dedo para salvarlo. María tomó el machete que don Roberto llevaba en la cintura. Y cuando él cayó al barranco, ella arrastró el cuerpo, regresó al pueblo, y no dijo nada.

Nunca dijo nada. Ni cuando los jueces declararon suicidio por amor no correspondido, ni cuando Joaquín se recuperó y volvieron a ser felices, ni en las décadas de tortillas al amanecer y noches juntos en el petate. Cargó el secreto con la misma naturalidad con que cargaba el cántaro al pozo: como algo que le tocaba a ella y que nadie más tenía que ver.

Pero los secretos pesan. Pesan como piedras en el corazón, pesan como agua que se acumula en los pulmones. Y cuando María empieza a toser en octubre, cuando el aire se le vuelve demasiado pesado y la comida le sabe a tierra, sabe que ha llegado el momento de decirle la verdad al hombre al que amó más que a su propia salvación.

—De morirme sin haber dicho la verdad —le dice una mañana, cuando él le pregunta de qué tiene miedo.

Lo que sigue es una novela sobre lo que cuesta amar así. Y sobre lo que queda cuando el amor de esa magnitud se va.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene violencia sexual e intento de agresión, muerte violenta, enfermedad terminal y muerte de un personaje central, duelo, y el contexto histórico de la Revolución Mexicana.

La violencia no se narra con recreo sino con la contención que exige el registro rural y la voz de los personajes. La novela pertenece a la tradición del melodrama mexicano clásico: pasiones profundas, fatalidad, dignidad ante el sufrimiento. No es literatura de entretenimiento ligero.

Audiencia recomendada: Lectores de narrativa rural mexicana, aficionados al melodrama literario en la tradición de la canción ranchera y la novela de la Revolución, y quienes aprecian historias donde el amor se mide por lo que se sacrifica, no por lo que se declara.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctor en ciencias por el Instituto Nacional de Salud Pública. Escribe desde Xalapa, Veracruz.

El secreto de María es su novela más anclada en el México profundo: el jacal, el petate, el rebozo de bolita, la herrada de San Juan, el toro prieto, los llanos de Celaya. Rangel Abud construye ese mundo con la autoridad de quien lo conoce desde adentro, y lo que resulta no es costumbrismo sino tragedia genuina: la historia de una mujer que eligió cargar sola el peso más difícil para que el hombre que amaba pudiera vivir liviano.

La epígrafe de Antonio Guzmán Aguilera —"mi cantón, magresita del alma, sin ella ya pa qué lo quero"— no es adorno: es la clave emocional de toda la obra.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: El secreto de María Autor: Salvador Rangel Abud Idioma: Español
Extensión: Aproximadamente 35,543 palabras Estructura: Prólogo + 12 capítulos + Epílogo Género: Novela de la Revolución / Melodrama rural / Narrativa mexicana Año: 2026 Epígrafe: Antonio Guzmán Aguilera
Ubicación: México rural / Llanos de Celaya, época revolucionaria Formato disponible: Digital de distribución libre bajo licencia Creative Commons

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta que no tiene respuesta fácil: ¿cuánto puede cargar una persona antes de quebrarse? Y su contraparte: ¿qué pasa cuando lo que carga no es una desgracia sino un acto de amor?

María no es víctima. María es, en el sentido más exacto y más exigente de la palabra, una mujer que toma decisiones. Decide defender lo que es suyo. Decide callar para proteger a quien ama. Decide morir con la verdad antes que morir con la mentira. Cada una de esas decisiones la hace más libre, no menos, aunque a un costo que nadie más tendría que pagar.

Lo que me interesaba explorar no era el crimen —que en la lógica de la novela es un acto de legítima defensa— sino el silencio que viene después. Cuarenta años de silencio. Cuarenta años de levantarse cada mañana y elegir no decir nada, no por cobardía sino por amor. Porque decirlo hubiera puesto a Joaquín en peligro, o lo hubiera obligado a cargar también ese peso. Y María decidió que no.

Hay una tradición en la cultura popular mexicana —la canción ranchera, el corrido, el melodrama de Pedro Infante— que trata el sacrificio femenino como algo natural, casi decorativo. Esta novela intenta hacerle justicia a esa tradición sin romantizarla: muestra el costo real del sacrificio, la dignidad que exige y el precio que cobra.

La epígrafe de Guzmán Aguilera lo dice en cuatro palabras: sin ella ya pa qué. Eso es lo que queda cuando se va alguien que amó así.

Salvador Rangel Abud Xalapa, Veracruz 2026

LICENCIA

Esta obra se distribuye bajo licencia © **Salvador Rangel Abud. Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).**

Usted es libre de compartir, copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato bajo los siguientes términos: debe dar crédito apropiado (Salvador Rangel Abud, "El secreto de María"), no puede utilizar el material con fines comerciales, y no puede distribuir versiones modificadas.

PALABRAS CLAVE

novela de la Revolución Mexicana, melodrama rural, sacrificio femenino, amor y culpa, secreto, violencia de género, dignidad, México rural, Celaya, narrativa mexicana contemporánea, corrido, tradición ranchera, mujer fuerte, silencio y verdad, muerte y amor

TEMAS PRINCIPALES

El silencio como forma de amor. El centro de la novela no es el crimen sino el silencio que lo sigue: cuarenta años en que María elige cada mañana no decir la verdad para proteger a Joaquín. Ese silencio no es pasividad; es una decisión activa que se renueva todos los días y que tiene un costo físico, espiritual y finalmente mortal.

La santidad sin canonización. La novela propone una definición de santidad que no pasa por la perfección sino por el sacrificio: "Las santas no son las mujeres que nunca hacen nada malo. Son las mujeres que hacen cosas terribles para salvar a la gente que aman." María mata. María miente durante cuarenta años. Y María es, en el sentido que importa, una santa.

La violencia que persiste en sus consecuencias. Don Roberto muere en la primera parte de la novela, pero su maldad "siguió viviendo como mala hierba, siguió matando como enfermedad que no se cura." Al final, tanto María como Joaquín mueren por causas que se remontan a aquella noche en el camino del cerro. La novela examina cómo la violencia de género no termina con el acto sino que se prolonga en el tiempo.

El amor que no necesita decirse. María y Joaquín no son personajes que se declaran el amor con palabras elaboradas. Se aman en la textura de los días: las tortillas del amanecer, el cántaro al pozo, las noches en el petate. La confesión final no es declaración de amor sino restitución de la verdad, que en esta novela es lo mismo.

La Revolución como fondo y destino. Los llanos de Celaya no son escenografía: son el lugar donde va un hombre que ya no tiene razón para vivir. La Revolución recibe a Joaquín como recibe a tantos hombres del campo mexicano: con una bala que tarda en llegar pero que al final siempre llega.

CITAS DESTACADAS

"Pos si no por la amor, ¡por la fuerza!"

"Se siente como si uno se hubiera muerto pero hubiera olvidado caerse."

"Las santas no son las mujeres que nunca hacen nada malo. Son las mujeres que hacen cosas terribles para salvar a la gente que aman."

"No era culpa de nadie. Era culpa de un hombre que no sabía controlar lo que sentía, que creyó que podía tomar por la fuerza lo que no le daban por amor."

"Eso es lo que es la fuerza, María. No es sentirse valiente. Es hacer lo que hay que hacer aunque le tiemblen a uno las manos."

"El secreto se va a morir conmigo. Y yo me voy a morir en paz."

"Como una mujer que te amó tanto que fue capaz de ensuciarse las manos para que las tuyas se quedaran limpias."

COMPARACIONES LITERARIAS

"Pedro Páramo" de Juan Rulfo: Ambas novelas construyen un México rural poblado de ausencias y de culpas que no encuentran absolución. El registro de Rangel es más directo y emotivo que el de Rulfo, pero comparten esa capacidad de hacer que el paisaje —el jacal, la barranca, los cerros— sea parte del destino de los personajes.

"Caras vemos" de Elena Poniatowska: Como Poniatowska, Rangel da voz a una mujer del pueblo mexicano que carga en silencio lo que ningún hombre cargaría. La diferencia es el registro: Poniatowska trabaja desde el testimonio; Rangel trabaja desde la ficción melodramática con toda la potencia emocional que eso permite.

"El llano en llamas" de Juan Rulfo: Los cuentos de Rulfo habitan el mismo México que esta novela: el de los hombres que van a la guerra sin razón, el de las mujeres que esperan en jacaes vacíos, el de la violencia que se naturaliza porque no hay otro modo de vivir.

"Nosotros los nobles" en su dimensión trágica: La comparación puede parecer extraña, pero el melodrama mexicano —desde el cine de la Época de Oro hasta la novela popular— tiene una gramática emocional específica que *El secreto de María* maneja con fluidez y respeto.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

María nunca le dijo a Joaquín la verdad durante cuarenta años. ¿Fue eso una forma de protegerlo o una forma de privarlo de algo que le pertenecía saber?

La novela llama "santa" a una mujer que mató a un hombre. ¿Comparte esa caracterización? ¿Qué dice sobre cómo juzgamos los actos morales cuando los motivos son el amor y la autodefensa?

El juez cierra el caso como "suicidio por amor no correspondido." ¿Es esa resolución un triunfo para María o una segunda injusticia? ¿La verdad judicial importa cuando la verdad moral ya fue ajusticiada?

Joaquín, al saber la verdad, no siente asco ni condena sino un amor más grande. ¿Le parece esa reacción creíble? ¿O idealizada?

Al final el muchacho dice que "don Roberto se salió con la suya, que al final logró matar a los dos." ¿Está de acuerdo con esa lectura? ¿O cree que María y Joaquín ganaron, a su manera?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

Formato APA: Rangel Abud, S. (2026). El secreto de María. Internet Archive. [URL]

Formato MLA: Rangel Abud, Salvador. El secreto de María. 2026. Internet Archive, [URL].

Formato Chicago: Rangel Abud, Salvador. El secreto de María. Xalapa, Veracruz: Publicación independiente, 2026. Internet Archive.

CONTACTO Y OTRAS OBRAS

Autor: Salvador Rangel Abud Ubicación: Xalapa, Veracruz, México Email: wrangel.1352@gmail.com

Otras obras disponibles en Internet Archive: "El Descubrimiento del Milenio" (2026), "El Jardín de los Recuerdos" (2026), "Proyecto Pandora" (2026), "Amor efímero... pero eterno" (2026), "Espérame, América, que ahí te voy" (2026), "Amor sin Destino" (2025), "Donde el aire ya no alcanza" (2025), "El Silencio del Manglar" (2025), "La Laguna Roja" (2025), "Los Incendiaros de Papel" (2025), "La Última Ovación" (2025), y más de cuarenta títulos adicionales.

Con más de cincuenta novelas publicadas, Rangel Abud ha construido una obra que abarca el thriller científico, la sátira política, el romance lírico, la comedia histórica y ahora el melodrama rural. Lo que sostiene todos los géneros es la misma convicción: que la literatura existe para dar voz a lo que la vida no deja decir en voz alta.

MENSAJE FINAL

Hay mujeres cuya historia nunca se cuenta porque no hubo nadie que la escribiera. Mujeres que hicieron cosas extraordinarias en jacales sin nombre, en caminos sin testigos, en silencios que nadie registró. Mujeres que amaron de una manera que el lenguaje apenas alcanza a describir y que murieron cargando verdades que no pudieron decir hasta el final.

Esta novela es para ellas.

Para las que defendieron lo que era suyo con lo que tenían a la mano. Para las que callaron para proteger, no para esconderse. Para las que se

murieron de amor en el sentido más literal: porque amar tanto cuesta el cuerpo, cuesta el alma, cuesta la vida.

María no existió. Pero su historia sí.

Porque en algún pueblo que ya no tiene nombre, en algún cementerio que ya no tiene quien lo visite, hay una tumba donde crecen flores silvestres sobre alguien que amó más de lo que nadie tiene derecho a pedir.

Y eso, aunque nadie lo recuerde, también es historia.

Publicación digital de distribución libre Creative Commons BY-NC-ND 4.0
2026

ÍNDICE

PRÓLOGO: LA CASA VACÍA

CAPÍTULO I: LA PALOMA DEL NIDO

CAPÍTULO II: LOS PRIMEROS SÍNTOMAS

CAPÍTULO III: EL MÉDICO DEL PUEBLO

CAPÍTULO IV: PROMESAS AL VIENTO

CAPÍTULO V: LA HERRADA DE SAN JUAN

CAPÍTULO VI: EL TORO PRIETO

CAPÍTULO VII: EL GALOPE MALDITO

CAPÍTULO VIII: SANGRE EN LA BARRANCA

CAPÍTULO IX: EL ENGAÑO DE LOS JUECES

CAPÍTULO X: LA CONFESIÓN

CAPÍTULO XI: LA SANTA MORIBUNDA

CAPÍTULO XII: EL JACAL MALDITO

EPÍLOGO: VIVIR O MORIR

EL SECRETO DE MARÍA

*“mi cantón, magresita del alma,
sin ella ya pa qué lo quero”
Antonio Guzmán Aguilera*

PRÓLOGO

LA CASA VACÍA

El jacal se alzaba contra el cielo como una herida abierta en la tarde. Joaquín detuvo el caballo prieto a unos metros de la puerta, sin bajarse aún, sintiendo cómo el viento arrastraba por el patio pétalos marchitos de campanillas y adormideras. Todo seguía igual, y sin embargo todo era distinto: como si el tiempo hubiera pasado solo para llevarse lo único que importaba.

La cerca de varas seguía en pie, aunque algunas se habían aflojado con las lluvias. El pozo mantenía su brocal de piedra, pero ya no se escuchaba el chirrido de la polea cuando María bajaba el cántaro al amanecer. Los capulines habían perdido sus frutos; las ramas desnudas se mecían como brazos que buscan algo que ya no encontrarán. Y el silencio—ese silencio que dolía más que cualquier grito.

Se bajó del caballo despacio, como si cualquier movimiento brusco fuera a despertar a los muertos. Sus botas crujieron sobre los pétalos secos, igual que crujían cuando él llegaba de los sembradíos y ella salía a recibirlo. Pero ahora no había sonrisa iluminando el rostro trigueño, no había María corriendo hacia él con los brazos abiertos. Solo el eco de lo que fue, persistente como el dolor de un miembro amputado.

La puerta del jacal estaba entreabierta. El viento la había estado empujando durante todos estos meses, y las bisagras protestaban con un gemido que se parecía demasiado a los suspiros que ella daba en sus últimos días. Joaquín empujó la madera hinchada y entró a la penumbra que olía a hierbas secas y a recuerdos que se niegan a morir.

El petate donde ella durmió sus últimas noches seguía extendido en el rincón, como si la estuviera esperando. Sobre la repisa, el Cristo de latón mantenía los brazos abiertos—había escuchado tantas oraciones de María, tantos ruegos susurrados cuando ella creía que nadie la oía. El brasero estaba frío, lleno de cenizas que el viento había aventado por toda la estancia. Y ahí, colgado del clavo que él mismo había puesto con tanto cuidado, el rebozo de bolita que le trajo el compadre Lorenzo para cuando se aliviara.

Joaquín se acercó al rebozo y lo tocó con las yemas de los dedos. La lana seguía suave, pero ya no guardaba el perfume de azahar que ella usaba para el pelo. Ahora solo olía a abandono, a tiempo que pasa sin perdón. Lo descolgó y se lo llevó al rostro, cerrando los ojos, buscando en sus pliegues alguna huella de su presencia, algún vestigio de la mujer que había sido su mundo entero.

—¿Ya pa' qué lo quiero? —murmuró, repitiendo las mismas palabras que había dicho el día que se fue de ahí, cuando ya no pudo soportar más el peso de la casa vacía.

Pero había vuelto. Después de tres años peleando en la revolución, después de ver morir a tantos hombres buenos bajo el sol implacable del norte, después de cargar con balas que no eran para él pero que buscaba como quien busca la salvación, había vuelto. Porque no hay distancia que alcance para huir de los muertos queridos, porque no hay guerra que cure el alma partida, porque no hay bala que mate lo que ya está muerto por dentro.

Se sentó en el petate y dejó que los recuerdos lo visitaran como visitan las almas en pena. María tosiendo en las madrugadas, esforzándose por no despertarlo. María con los ojos cada vez más hundidos en unas ojeras que parecían ceniza. María sonriendo con tristeza cuando él le prometía que se pondría buena, que irían a ver al médico de la cabecera, que todo volvería a ser como antes. Promesas que los dos sabían vacías, palabras que se decían para no admitir lo inevitable.

Pero María guardaba un secreto que la fue carcomiendo por dentro, como un gusano en la fruta más dulce. Un secreto que crecía en su alma como maleza venenosa, ahogando poco a poco la luz que había en ella. Y cuando por fin se lo dijo, cuando por fin pudo sacarse de adentro esa piedra que la lastimaba, ya era demasiado tarde. La confesión la había liberado, sí, pero también la había matado.

Joaquín recordó sus palabras exactas, cada una grabada en su memoria como si fueran heridas que nunca cicatrizan. La voz quebrada pero serena, como si al fin pudiera respirar después de tanto tiempo conteniendo el aliento.

Don Roberto, el hijo del alcalde. El encuentro en el sendero que llevaba al cerro. Los chicoleos que empezaron como galantería y se volvieron amenaza. El galope furioso por la cuesta cuando ella trató de huir. La bajada forzada por la barranca del Cristo. La mano que apretó su cintura hasta lastimarla. El beso que la manchó como mancha el lodo.

—Pos si no por la amor, ¡por la juerza! —había dicho don Roberto, según le contó María. Y ella, su María querida, había preferido defenderse antes que ceder. Había tomado el machete que don Roberto llevaba en la cintura y se lo había hundido en el cuello cuando él trató de forzarla. Lo había visto caer al desfiladero, lo había visto morir con los ojos abiertos, mirándola con sorpresa y reproche.

Y después, el silencio. El silencio que se volvió secreto mortal, que se metió en su alma como agua en los pulmones. Había preferido cargar con la culpa antes que deshonrar su amor. Había preferido morir lentamente, día a día, antes que vivir con esa mancha en el alma que solo ella podía ver.

Joaquín se llevó las manos al rostro, recordando cómo la abrazó cuando terminó de contar la historia. Cómo la besó en silencio mientras ella se quedaba quieta como una santa de yeso. No había sentido asco ni desprecio, solo un amor más grande que el dolor, un amor que entendía y perdonaba sin necesidad de palabras. Pero el perdón había llegado demasiado tarde—el secreto ya había hecho su trabajo, ya había envenenado la sangre, ya había puesto la muerte en marcha.

Afuera, el viento siguió arrastrando pétalos y levantando pequeños remolinos de polvo. Las sombras se alargaban y el cielo se teñía de esos colores que María tanto amaba: el rosa de los duraznos maduros, el naranja de los tejocotes, el morado de las buganvillas que crecían junto a la cerca. Colores que ahora le dolían porque se los recordaban, porque eran hermosos y ella ya no estaba ahí para verlos.

Se levantó del petate y caminó hacia la ventana. El patio seguía ahí, pero los canarios ya no trinaban desde sus jaulas colgadas del alero. Se habían muerto de tristeza, uno por uno, como si supieran que sin María no había razón para cantar. Las jaulas vacías se mecían con el viento, produciendo un sonido metálico que se parecía a un llanto de metal y soledad.

Todo se había ido muriendo poco a poco, igual que ella. Primero los canarios, después las flores, luego los frutos de los capulines. Como si la muerte de María hubiera maldecido el lugar, como si su ausencia hubiese conjurado una maldición que se extendía a todo lo que había amado.

Joaquín pensó en los años que habían sido felices, cuando parecía que el mundo entero les pertenecía. Las mañanas cuando ella se levantaba antes que el sol para hacer las tortillas, cantando bajito para no despertar a los pájaros. Las tardes cuando él regresaba del campo y la encontraba regando las flores o remendando la ropa bajo la enramada. Las noches cuando se acostaban juntos en el petate y ella le contaba historias que había aprendido de su abuela—historias de aparecidos y de amores que

trascienden la muerte, historias que ahora cobraban un significado distinto y doloroso.

Pero también recordó los últimos meses, cuando ella empezó a adelgazar sin razón aparente, cuando comenzó a toser y a llorar en silencio. Él había tratado de animarla, de prometerle un futuro que los dos sabían que no llegaría. Le había hablado del rebozo que le trajo el compadre Lorenzo, de los paseos que harían en el caballo prieto cuando se pusiera buena, de las comidas dominicales con mole y barbacoa que prepararían juntos.

—¿Quieres, morenita? —le había dicho, usando el apelativo cariñoso que la hacía sonreír incluso en sus peores días.

Y ella sonreía, pero después lo miraba en silencio, con esos ojos que ya sabían cosas que él no sabía, como si ya hubiera hecho las paces con la muerte que llevaba adentro. Como si ya hubiera aceptado que el tiempo se les acababa y no había medicina ni milagro que pudiera cambiar eso.

El día que murió, su rostro cenizo le había dado mucho miedo. Pero también había sido el día de la confesión, el día en que por fin pudo decirle la verdad que la había estado matando desde adentro. Y después de hablar, después de sacarse todo el veneno del alma, se había quedado quieta como una santa de verdad, como si al fin pudiera descansar después de tanto batallar contra sí misma.

Joaquín salió del jacal y se dirigió hacia el pequeño cementerio que había detrás de la casa, donde enterraba a los animales que se morían y donde ahora descansaba lo que más había amado en el mundo. Ahí estaba la cruz de madera que él mismo había tallado, con el nombre de María grabado en letras toscas pero cariñosas. Las flores que había plantado sobre la tumba habían crecido silvestres, como si quisieran abrazarla desde la tierra, como si hasta las plantas sintieran la necesidad de cuidarla.

Se arrodilló junto a la cruz y puso el rebozo sobre la tumba. El viento lo agitó suavemente, como si fuera María quien lo acariciara desde donde estuviera.

—Ya vine, María —le dijo en voz baja, como si ella pudiera escucharlo—. Ya vine como te prometí.

Pero sabía que no se quedaría. No podía quedarse en ese lugar lleno de fantasmas, en esa casa que guardaba demasiados recuerdos dolorosos. No podía vivir rodeado de las cosas que ella había tocado, respirar el aire que ella había respirado, caminar por los mismos lugares donde habían sido felices. El jacal estaba maldito, no por la muerte de don Roberto, sino por la ausencia de María. Y él ya no sabía cómo vivir con esa ausencia que lo seguía a todas partes.

Se levantó y miró hacia el horizonte, donde el sol se ocultaba detrás de los cerros como una herida que se cierra. Mañana volvería a la guerra, a buscar la bala que no había encontrado en tres años de combate. Porque para los que sufren la muerte en el alma, vivir o morir da lo mismo. Y él ya había muerto el día que María cerró los ojos para siempre.

El viento siguió soplando, llevándose los pétalos secos y trayendo el aroma de la tierra húmeda que promete lluvia. Y en alguna parte del cielo que se oscurecía, quizás María lo estaba esperando, libre ya del secreto que la mató, libre ya del dolor que la consumió, libre para amarlo sin culpa en esa eternidad que nos espera a todos cuando terminamos de pelear contra la vida.

CAPÍTULO I

LA PALOMA DEL NIDO

En aquellos días, cuando el amor era nuevo y las mañanas olían a azahar, María se levantaba antes que el sol para poner el nixtamal en el fuego. Sus pies descalzos conocían cada tabla del piso, cada piedra del patio, cada surco de la tierra que rodeaba el jacal. Se movía en la penumbra como si fuera parte de la misma oscuridad, silenciosa y cierta, mientras afuera los grillos terminaban su concierto nocturno y los primeros pájaros comenzaban a despertar en las ramas de los capulines.

Joaquín la miraba desde el petate, fingiendo que dormía, porque le gustaba verla así, en esa intimidad de la madrugada cuando todavía no era completamente de día ni completamente de noche. María tenía diecisiete años entonces, y su cuerpo se movía con la gracia natural de quien ha nacido para ser feliz. El cabello negro le caía sobre los hombros como un rebozo de seda, y cuando se inclinaba sobre el metate para moler el maíz, Joaquín podía ver el perfil de su rostro trigüeño, concentrado en la tarea, como si moler el nixtamal fuera lo más sagrado del mundo.

—¿Ya te despertaste, holgazán? —le decía sin mirarlo, porque siempre sabía cuándo él la estaba observando. Tenía ese instinto de las mujeres enamoradas, esa capacidad de sentir la mirada del hombre amado aunque tuviera los ojos cerrados.

—Hace rato —respondía Joaquín, estirándose en el petate con esa pereza fingida de los hombres contentos—. Nomás que me gusta verte trabajar.

—Mentiroso. Te gusta verme, a secas.

Y tenía razón. Le gustaba verla en todas las horas del día, en todos los momentos de la vida que compartían como si fuera un milagro cotidiano. Le gustaba verla cuando alimentaba a los canarios que tenían colgados del alero, hablándoles con esa voz dulce que reservaba para las criaturas pequeñas y desvalidas. Le gustaba verla cuando regaba las campanillas y las adormideras que había plantado junto a la cerca, bendiciendo cada planta con el agua fresca del pozo como si fuera una sacerdotisa de jardín. Le gustaba verla cuando recogía los capulines maduros, llenando el delantal con esos frutos morados que después convertía en agua fresca o en dulce de piloncillo, cantando bajito mientras trabajaba.

El jacal que habitaban no era grande—dos cuartos apenas, con las paredes de adobe y el techo de tejas rojas que él mismo había puesto, tabla por tabla, cuando decidió traer a María a vivir con él. Pero a ellos les parecía un palacio, porque el amor tiene esa virtud de agrandar los espacios pequeños

y empequeñecer las distancias grandes. Joaquín lo había heredado de su padre, junto con la parcela de tierra que trabajaba desde niño, cuando sus manos aún no sabían distinguir entre la maleza y la milpa buena.

María había llegado con muy pocas cosas, pero cada una cargada de significado: un baúl de madera con su ropa que olía a alcanfor y a recuerdos de su madre muerta, un Cristo de latón que había pertenecido a su abuela y que tenía esa pátina dorada que solo dan los años y las oraciones, y una jaula con un canario amarillo que cantaba como si tuviera todo el cielo metido en la garganta.

—Es para que no me aburra cuando te vayas al campo —le había dicho el día que llegó, señalando la jaula con esa sonrisa tímida de mujer recién casada.

Pero Joaquín pronto se dio cuenta de que María no se aburría nunca. Tenía las manos siempre ocupadas y la cabeza llena de proyectos que convertían la casa en algo vivo, en algo que crecía día a día como crecen las plantas bien cuidadas. Primero fue el jardín: consiguió semillas de campanillas y adormideras de no se sabía dónde, y las plantó en surcos perfectos que regaba todas las mañanas con una dedicación que rozaba la devoción. Después vinieron más canarios, porque el amarillo parecía estar triste en su soledad y ella decía que los canarios, como las personas, necesitan compañía para ser felices. Al poco tiempo tenían cinco jaulas colgadas del alero, y el canto de los pájaros se había vuelto la banda sonora de sus días, la música de fondo de su felicidad.

Las mañanas tenían un ritmo propio, una cadencia que se repetía como los latidos del corazón. Joaquín se levantaba con el sol, tomaba el café que María le preparaba en una taza de barro—café negro y fuerte que lo despertaba mejor que cualquier campana—, y se dirigía a la parcela con la yunta de bueyes que había comprado a medias con el compadre Lorenzo. Ella se quedaba en la casa, terminando las tortillas para el almuerzo, alimentando a los canarios con semillas y cariño a partes iguales, regando las flores que crecían como si supieran que eran amadas, haciendo todas esas pequeñas tareas que convierten un lugar en hogar y un hogar en paraíso.

Pero lo que más le gustaba a Joaquín era la hora del regreso, cuando el sol ya estaba alto y el trabajo de la mañana quedaba atrás como un deber cumplido. Volvía al jacal sudoroso y cansado, con las manos llenas de tierra buena y el sombrero echado hacia atrás, y ahí estaba María, siempre María, esperándolo en la puerta o en el patio como si fuera lo más natural del mundo, como si hubiera nacido para eso: para esperarlo, para recibirlo, para hacerlo sentir que era el hombre más afortunado de la tierra.

—¿Cómo te fue, mi prieto? —le preguntaba, y en esa pregunta sencilla había todo el cariño del mundo, toda la preocupación tierna de una mujer que ama.

—Bien, María. Bien.

Y era verdad. Todo estaba bien en aquellos días que ahora parecían un sueño del que había despertado demasiado pronto. La tierra daba buena cosecha, generosa como una madre que no escatima el sustento a sus hijos. Los canarios cantaban desde el amanecer hasta el atardecer, llenando el aire de esa música que solo los pájaros felices saben hacer. Las flores crecían abundantes y coloridas, compitiendo entre ellas para ver cuál era más hermosa. El capulín que habían plantado detrás del jacal ya daba frutos dulces, y María había hecho una enramada con sus ramas donde se sentaban las tardes de domingo a platicar de todo y de nada, a ver pasar las nubes y a hacer planes para el futuro que creían infinito.

Los domingos eran especiales, distintos a los otros días como las fiestas son distintas a los días de trabajo. Joaquín no iba a la parcela, y María se vestía con su mejor enagua, la de percal azul con flores bordadas que había hecho ella misma con una paciencia de hormiga y un amor de artista. Iban a misa al pueblo, montados en el caballo prieto que Joaquín había comprado con los ahorros de toda una cosecha—un animal noble que parecía entender la importancia de llevar carga tan preciosa. Ella se sentaba en las ancas, abrazándolo por la cintura, y él sentía cómo el corazón se le llenaba de una felicidad tan grande que pensaba que no cabía en el pecho, que se le iba a salir por la boca en forma de canto.

En el pueblo, María saludaba a las otras mujeres con esa cortesía natural que la caracterizaba. No era presumida, pero tampoco era tímida. Sabía su lugar en el mundo y estaba conforme con él, como están conformes los árboles con echar raíces y los ríos con correr hacia el mar. Cuando terminaba la misa—donde rezaba con una devoción que a Joaquín le daba ternura—, compraban lo que necesitaban para la semana: sal, azúcar, velas, alguna medicina si hacía falta. Pequeñas cosas que convertían el domingo en día de fiesta, que le daban sabor diferente a la vida cotidiana.

Y después se regresaban al jacal, otra vez montados en el caballo prieto, otra vez con ella abrazándolo por la cintura como si fuera lo más natural del mundo, otra vez con el corazón lleno de esa felicidad simple que no necesita explicación ni justificación.

Las tardes de domingo, después del mole que María preparaba con un sazón que parecía cosa de brujería—porque no había manera de que alguien tan joven cocinara tan bien sin ayuda de poderes sobrenaturales—, se sentaban en la enramada a platicar como platican los enamorados: de todo y de nada, de lo importante y lo trivial, mezclando los planes serios con las tonterías cariñosas. Joaquín le contaba de sus proyectos para la siguiente siembra, de los bueyes que pensaba comprar cuando hubiera dinero, de la cerca nueva que quería poner para proteger mejor las flores. María le hablaba de las campanillas que estaban brotando, de los canarios que se veían más contentos desde que llegó la hembra nueva, de la vecina que había venido a pedirle consejos para el jardín porque ya todos sabían que tenía mano bendita para las plantas.

—Mira nomás qué bonito está quedando nuestro ranchito —decía María, señalando hacia el patio donde las campanillas habían crecido hasta formar una cortina morada y blanca que se mecía con la brisa como si bailara.

—Sí está bonito —respondía Joaquín, pero mirándola a ella en lugar de mirar las flores—. Pero no más bonito que tú.

Y ella se reía, con esa risa cristalina que espantaba las penas y hacía que el mundo pareciera un lugar perfecto, un lugar donde nunca pasaban cosas malas y donde el amor era suficiente para vencer cualquier adversidad.

Por las noches, cuando ya habían cenado y recogido la cocina—ella lavando los trastes mientras él guardaba las herramientas y cerraba a los animales —, se acostaban en el petate mientras afuera los grillos comenzaban su concierto nocturno. María se acurrucaba junto a Joaquín como se acurrucan los gatos cuando buscan calor, y él podía sentir el perfume de azahar que ella se ponía en el cabello, ese aroma que después lo iba a perseguir como un fantasma dulce. Hablaban en susurros para no despertarse mutuamente de esa duermevela del amor, haciendo planes para el futuro que se extendía ante ellos como un camino lleno de promesas, soñando con los hijos que tendrían—cuántos, cómo se llamarían, a quién se parecerían—, con la casa más grande que construirían cuando hubiera dinero, con todo lo que la vida generosa les prometía.

—¿Serás feliz siempre conmigo, María? —le preguntaba Joaquín en la oscuridad, necesitando escuchar la respuesta aunque ya la supiera.

—Siempre, mi prieto. Siempre —respondía ella con una convicción que no admitía dudas, con esa seguridad de quien ha encontrado su lugar en el mundo y no necesita buscar más.

Y lo decía de verdad, con todo el corazón, sin saber que hay cosas en la vida que pueden cambiar el rumbo de la felicidad, que pueden torcer el destino como se tuerce un alambre. En aquellos días dichosos, el futuro se extendía ante ellos como un camino recto y despejado, lleno de posibilidades hermosas y ninguna amenaza visible. No había sombras en el horizonte, no había presagios de dolor, no había nada que hiciera pensar que la felicidad pudiera ser frágil. Solo estaba el presente dulce y luminoso, y el amor que crecía entre ellos natural y abundante, como las flores de su jardín.

Los vecinos los veían pasar y comentaban que hacían buena pareja, que se veían hechos el uno para el otro. Joaquín, fuerte y trabajador, con ese bigote negro que le daba aire de hombre serio pero que no podía ocultar la bondad de su mirada. María, bonita y hacendosa, con esa manera de caminar que parecía danza y esa sonrisa que iluminaba todo lo que tocaba. Juntos se veían completos, como si hubieran nacido para estar juntos, como si el destino los hubiera juntado en un momento de generosidad para que fueran el ejemplo de lo que puede ser el amor cuando encuentra su cauce perfecto.

El compadre Lorenzo, que vivía en el rancho vecino y que había visto pasar muchos amores en sus cincuenta años de vida, decía que nunca había visto

a dos personas más enamoradas, más compenetradas, más felices. Cuando venía a visitarlos—lo que hacía seguido porque le gustaba estar cerca de esa felicidad como quien se acerca al fuego para calentarse—, se sentaba en la enramada y los miraba con esa sonrisa de quien ha encontrado algo hermoso en un mundo que no siempre es generoso con la belleza. María le servía café y tortillas recién hechas, y él decía que tenía suerte de tener una comadre que cocinara como los ángeles y que además fuera tan bonita que daba gusto mirarla.

—Cuídenme mucho esta felicidad —les decía cuando se despedía, poniéndose serio como se pone la gente mayor cuando quiere dar un consejo importante—. Que la felicidad es como las flores: hay que regarla todos los días para que no se seque.

Y ellos se reían, seguros de que su amor era eterno como las montañas, seguros de que nada podría empañar la dicha que habían encontrado. ¿Qué sabían entonces del dolor que se puede esconder detrás de una sonrisa? ¿Qué sabían de los secretos que pueden crecer en el alma como maleza venenosa? ¿Qué sabían de todo lo que la vida puede quitarnos cuando menos lo esperamos, cuando creemos que ya tenemos el paraíso asegurado?

En aquellos días, cuando el amor era nuevo y las mañanas olían a azahar, María cantaba mientras molía el nixtamal. Su voz se mezclaba con el canto de los canarios, creando una melodía que llenaba el jacal de música celestial. Joaquín la escuchaba desde el campo, y ese canto le llegaba llevado por el viento como una promesa de que al final del día habría paz, habría amor, habría hogar esperándolo.

Pero el tiempo pasa, y las cosas cambian sin avisar, sin pedir permiso. Los canarios dejan de cantar, las flores se marchitan, el amor se pone a prueba de maneras que no están escritas en ningún libro. Y a veces, solo a veces, la vida nos enseña que la felicidad es más frágil de lo que creemos, más delicada que las alas de una paloma, más vulnerable que una flor recién abierta al primer viento helado.

Pero eso, María y Joaquín aún no lo sabían. En aquellos días dichosos, solo sabían que se amaban con la fuerza de los elementos naturales, que el presente era perfecto como una fruta madura, y que el futuro les pertenecía por derecho propio, como les pertenece el nido a los pájaros que lo construyen con amor y paciencia.

CAPÍTULO II

LOS PRIMEROS SÍNTOMAS

Todo empezó como empiezan las desgracias grandes: despacio, tan despacio que al principio uno no se da cuenta de que algo se está quebrando. Fue un martes de marzo, cuando los capulines estaban floreciendo y el aire olía a promesas de lluvia. María se había levantado como siempre, antes que el sol, pero algo era diferente. Joaquín no supo

qué, pero algo había cambiado en la forma en que ella se movía por el jacal, como si cada gesto le costara un esfuerzo que antes no necesitaba.

—¿Te sientes bien, María? —le preguntó mientras ella le servía el café en la taza de barro, notando que sus movimientos eran más lentos, más meditados.

—Sí, mi prieto. ¿Por qué? —respondió, pero su voz sonaba distinta, como si viniera de más lejos.

—Pos no sé. Te veo como... distinta.

María sonrió, pero su sonrisa fue como un sol que se oculta detrás de las nubes—no la sonrisa de siempre, cristalina y completa, sino una que parecía costarle trabajo, como si tuviera que recordar cómo se hace.

—Será que tengo sueño. Anoche se me hizo tarde cosiendo.

Joaquín se conformó con esa explicación, como nos conformamos todos con las mentiras pequeñas que nos dicen las personas que queremos porque es más fácil creer que preguntar. Pero ahora, recordando, sabía que ahí había empezado todo. En esa sonrisa que ya no era igual, en esa manera de moverse que parecía más cansada, en esos ojos que comenzaban a hundirse en unas ojeras que al principio eran apenas una sombra, pero que día a día se harían más profundas.

Los días siguientes fueron iguales y distintos a la vez, como si alguien hubiera cambiado el decorado del teatro pero mantenido la misma obra. María seguía levantándose temprano, seguía moliendo el nixtamal con el ritmo que él conocía de memoria, seguía alimentando a los canarios y regando las flores con esa dedicación que era su marca personal. Pero había algo en su manera de hacer las cosas que no era como antes. Una lentitud que no había estado ahí, una pausa entre movimiento y movimiento, como si necesitara reunir fuerzas para cada tarea, como si el cuerpo ya no le obedeciera con la naturalidad de siempre.

Joaquín la miraba sin decir nada, porque los hombres como él no saben cómo preguntarle a una mujer si está enferma sin sonar como si estuvieran acusándola de algo. No saben cómo hablar de esas cosas que se sienten pero no se ven, que están ahí pero que no tienen nombre todavía. Él sabía de la tierra, sabía cuándo iba a llover por el color de las nubes, sabía de los bueyes y sus manías, sabía de las cosechas y sus tiempos. Pero no sabía cómo traducir en palabras esa preocupación que le crecía en el pecho cada vez que veía a María detenerse un momento para recobrar el aliento, cada vez que la sorprendía con la mirada perdida, como si estuviera viendo algo que él no podía ver.

Una mañana, mientras él se preparaba para ir al campo—poniéndose el sombrero y revisando que las herramientas estuvieran en su sitio—, escuchó un ruido extraño que venía de la cocina. Un sonido seco, como si alguien estuviera tosiendo, pero ahogadamente, como si no quisiera que se oyera, como si fuera algo de lo que avergonzarse. Se asomó y vio a María inclinada sobre el metate, con una mano en el pecho y la otra tapándose la

boca, el cuerpo ligeramente encorvado en una posición que no era natural en ella.

—¿Qué tienes, María?

Ella se enderezó rápidamente, como si la hubieran sorprendido haciendo algo malo, componiendo el rostro con esa velocidad que tienen las mujeres para ocultar lo que no quieren mostrar.

—Nada, mi prieto. Se me atoró una motita de maíz.

Pero Joaquín había visto la expresión de su rostro antes de que ella pudiera componerlo. Había visto el susto en sus ojos, el miedo que trataba de esconder como se esconde una herida bajo la ropa. Y había visto algo más: una palidez que no había estado ahí antes, una transparencia de la piel que la hacía parecer más frágil, como si algo por dentro se la estuviera consumiendo gota a gota.

—¿No será que estás enferma?

—No, Joaquín. ¿De dónde sacas eso? —respondió, pero lo había llamado Joaquín, no "mi prieto" como siempre. Y en ese detalle, pequeño como una piedrita en el zapato pero igual de molesto, él entendió que algo andaba verdaderamente mal.

Esa misma tarde, cuando regresó del campo con el cuerpo cansado pero el espíritu ligero como siempre le pasaba después de una buena jornada de trabajo, la encontró sentada en la enramada, mirando hacia el horizonte con los ojos perdidos en algo que él no alcanzaba a ver. Los canarios cantaban en sus jaulas como era su costumbre, las flores se mecían con la brisa vespertina, todo parecía normal en la superficie. Pero María estaba muy quieta, demasiado quieta, como si estuviera escuchando algo que él no podía oír, como si su alma estuviera en otro lugar mientras su cuerpo permanecía ahí, sentado en la silla de tule que él le había hecho para los domingos.

—¿En qué piensas, María?

Ella se sobresaltó, como si hubiera estado muy lejos y él la trajera de vuelta a la realidad de golpe, como quien despierta de un sueño profundo.

—En nada, mi prieto. En nada importante.

Pero Joaquín sabía que era mentira. Conocía a María como conocía los surcos de su parcela, como conocía el canto particular de cada uno de sus canarios, como conocía el sonido que hace el viento cuando va a cambiar de dirección. Sabía cuándo estaba contenta—se le notaba en la manera de caminar—, cuándo estaba triste—se le veía en cómo inclinaba la cabeza—, cuándo estaba preocupada—se le adivinaba en cómo fruncía apenas el ceño. Y ahora sabía que estaba mintiendo, que había algo que no le quería decir, algo que cargaba como se carga un secreto pesado.

Los domingos, cuando iban a misa al pueblo montados en el caballo prieto, Joaquín comenzó a notar que María se cansaba más pronto de lo normal. Antes podía caminar por las calles empedradas sin ningún problema, parándose en cada puesto del mercado, platicando con las comadres que

siempre tenían algo que contarle, comprando despacio lo que necesitaban para la semana como si el tiempo fuera infinito. Ahora tenía que sentarse a descansar en las bancas de la plaza, y cuando él le preguntaba si estaba bien—tratando de que no sonara como regaño—, ella decía que sí, que nomás estaba un poco cansada, siempre con una explicación que sonaba razonable.

—Es que no desayuné bien —decía. O: —Es que anoche me desvelé cosiendo el vestido de la niña de doña Carmen.

Siempre tenía una razón, siempre tenía una explicación que sonaba lógica y que tranquilizaba la preocupación inmediata. Pero las explicaciones se acumulaban como las nubes antes de la tormenta, y Joaquín comenzó a darse cuenta de que cuando alguien necesita explicar demasiado es porque algo anda verdaderamente mal, porque la normalidad no necesita justificación.

Una noche, cuando ya estaban acostados en el petate y afuera los grillos hacían su concierto acostumbrado, él la sintió moverse más de lo normal. Se hacía para un lado, se enderezaba buscando aire, se acomodaba otra vez tratando de encontrar una posición que le diera alivio. Como si el cuerpo ya no supiera cómo descansar, como si algo por dentro no la dejara encontrar la paz ni siquiera en el sueño.

—¿No puedes dormir, María?

—Sí puedo. Nomás que... no sé, como que me duele el pecho —respondió con esa voz pequeña que usaba cuando no quería preocuparlo pero ya no podía callar lo que le pasaba.

—¿Te duele el pecho? —preguntó Joaquín, y en su voz había una alarma que trató de disimular pero que se le escapó como se escapa el agua entre los dedos.

—Poquito. Ha de ser que cargué mucho las cubetas del pozo.

Joaquín se incorporó en la oscuridad y trató de verle la cara, pero no había luna esa noche y todo estaba negro como boca de lobo, como si hasta el cielo hubiera decidido guardar luto.

—¿Quieres que vayamos a ver al médico?

—No, mi prieto. No es nada grave. Ya se me va a quitar —respondió, pero su voz sonaba cansada, como si hablar le costara un esfuerzo extra.

Pero no se le quitó. Los días siguientes, el dolor en el pecho se volvió más constante, más insistente, y con él vino la tos. Una tos seca al principio, que María trataba de disimular tapándose la boca con el delantal o saliendo al patio cuando la sentía venir. Pero poco a poco se fue haciendo más fuerte, más persistente, más imposible de esconder.

Joaquín comenzó a verla diferente, como si la María que él conocía se estuviera yendo poco a poco, siendo reemplazada por otra mujer que se le parecía pero que no era ella. Los ojos se le habían hundido en unas ojeras que cada día se veían más profundas, más oscuras, como si algo por dentro se las estuviera cavando. El color trigueño de su piel se había vuelto

ceniciento, como si la vida se le estuviera escapando gota a gota por los poros.

Y estaba más delgada. Al principio Joaquín pensó que se lo estaba imaginando, que la preocupación le hacía ver cosas que no existían. Pero cuando la abrazaba por las noches podía sentir sus huesos más cerca de la piel, podía notar que las curvas suaves de antes se habían vuelto ángulos, que ya no tenía esa solidez tibia que lo tranquilizaba. Era como si algo invisible se la estuviera comiendo por dentro, como si algo que él no podía ver ni entender le estuviera robando la sustancia día a día.

Los canarios fueron los primeros en darse cuenta. Joaquín no sabía cómo explicarlo—porque era una de esas cosas que se sienten pero no se entienden—, pero los pájaros empezaron a cantar menos, como si hubieran perdido las ganas de hacer música. Primero fue el amarillo, el que María había traído cuando se vinieron a vivir juntos, el que siempre había sido el más alegre y cantarín. Dejó de cantar en las mañanas, y cuando María se acercaba a la jaula para darle de comer, el canario se quedaba quieto en su palito, mirándola con esos ojitos negros que parecían entender algo que los humanos aún no querían entender.

—¿Qué le pasa al canario? —preguntó Joaquín una mañana, señalando hacia la jaula donde el pájaro amarillo permanecía silencioso.

—No sé —respondió María, pero había algo en su voz que sonaba hueco—. Ha de estar triste.

—¿Triste por qué?

—Pos quién sabe. Los animales sienten cosas que nosotros no sentimos.

Pero Joaquín sabía que no era eso. Los animales sienten lo que nosotros sentimos, pero no podemos decir, no sabemos expresar. Sienten el miedo que se esconde, la tristeza que se disimula, la enfermedad que aún no tiene nombre. Y el canario amarillo estaba sintiendo algo que venía de María, algo que ella no quería reconocer pero que estaba ahí, creciendo dentro de ella como una sombra que poco a poco va cubriendo la luz.

Las flores del jardín también comenzaron a cambiar, como si fueran un barómetro del estado de ánimo de la casa. No se marchitaron de golpe—eso habría sido demasiado obvio, demasiado fácil de explicar—, sino que empezaron a perder color de manera gradual, a hacerse más pálidas día tras día. Las campanillas, que antes eran de un morado intenso que dolía de tan hermoso, se volvieron descoloridas, como si alguien las hubiera lavado demasiadas veces. Las adormideras, que habían sido rojas como la sangre que corre por las venas de los vivos, se pusieron rosadas, después casi blancas, como si estuvieran perdiendo la vida gota a gota.

—¿Por qué se están decolorando las flores? —preguntó Joaquín una tarde, señalando hacia el jardín que había sido el orgullo de María.

—Ha de ser por el calor —respondió ella, pero sin la convicción de antes—. O por falta de agua.

Pero Joaquín sabía que no era por el calor ni por falta de agua, porque él mismo había visto a María regarlas todas las mañanas con la misma dedicación de siempre. Las flores se estaban decolorando porque algo en el aire del jacal había cambiado, como si la enfermedad de María fuera contagiosa de una manera que no tenía que ver con los gérmenes, como si su tristeza secreta se extendiera a todo lo que la rodeaba y lo que ella amaba.

Una tarde, cuando regresó del campo con la satisfacción del trabajo bien hecho todavía tibia en el pecho, encontró a María sentada en el patio, llorando en silencio. No era un llanto escandaloso—ella nunca había sido de hacer escándalo—, sino lágrimas que le corrían por las mejillas sin que ella hiciera ruido, como si fuera una lluvia muy fina que no se puede detener, que viene de un cielo que parece despejado pero que está cargado de nubes invisibles.

—¿Por qué lloras, María?

Ella se limpió las lágrimas con el delantal, ese gesto automático de las mujeres que han aprendido a ocultar su dolor, y trató de sonreír como si nada hubiera pasado.

—Por nada, mi prieto. Nomás estoy sentimental.

—¿Sentimental por qué?

—Pos por todo. Por los canarios que ya no cantan tanto, por las flores que se están decolorando, por... por todo —respondió, y en esa enumeración había algo que sonaba a despedida, como si estuviera inventariando las cosas que iba perdiendo.

Joaquín se sentó junto a ella en el suelo de tierra apisonada y la abrazó, sintiendo cómo temblaba como si tuviera frío aunque el día estuviera caluroso, como si algo por dentro la estuviera haciendo temblar desde las raíces del alma.

—¿Te duele algo, María?

—No, mi prieto. No me duele nada —mintió, porque había dolores que no se pueden nombrar, que no tienen lugar específico en el cuerpo pero que duelen más que cualquier herida visible.

Pero era mentira, y los dos lo sabían. Joaquín sabía que era mentira porque podía sentir el dolor en el temblor de su cuerpo, podía verlo en la manera en que se encogía cuando tosía, podía adivinarlo en esas ojeras que cada día se hacían más profundas, como si algo se las estuviera cavando desde adentro.

Esa noche, cuando ya estaban acostados y la oscuridad los envolvía como un rebozo negro, él le preguntó otra vez si quería que fueran a ver al médico.

—No, Joaquín. No es necesario.

—Pero estás enferma, María. Yo lo sé. Cualquiera que te vea lo sabe.

—No estoy enferma. Nomás estoy... cansada.

—¿Cansada de qué?

María se quedó callada por un momento tan largo que Joaquín pensó que se había dormido, que la conversación había terminado sin resolverse como terminan tantas conversaciones entre gente que se ama pero que no sabe cómo hablarse del dolor. Pero después, en la oscuridad que todo lo hacía más cierto y más cruel, oyó su voz muy bajita:

—De todo, mi prieto. Cansada de todo.

Y en esa respuesta, Joaquín entendió que había algo más grande que la enfermedad del cuerpo. Había algo en el alma de María que la estaba matando más despacio pero más seguro que cualquier mal físico. Había un secreto que ella cargaba como se carga una piedra pesada, un secreto que no podía compartir pero que tampoco podía soltar, que la estaba consumiendo desde adentro como un fuego que no se ve pero que todo lo quema.

Los días siguientes fueron peores, como si hubieran cruzado una línea invisible más allá de la cual ya no se podía fingir que todo estaba bien. María dejó de levantarse temprano—ella, que había hecho de los madrugones una religión—, dejó de cantar mientras molía el nixtamal, dejó de sonreír cuando él regresaba del campo. Se movía por el jacal como un fantasma de sí misma, haciendo las cosas por costumbre, por inercia, pero sin la alegría que antes ponía en cada tarea, sin esa luz interior que había sido su marca personal.

Y Joaquín la miraba sin saber qué hacer, sin saber cómo ayudarla, sin saber cómo preguntarle qué era lo que realmente le pasaba. Porque sabía que no era solo enfermedad lo que la estaba consumiendo. Era algo más hondo, algo que venía del alma y que tenía raíces tan profundas que no había medicina que pudiera curarla. Era un dolor que no se podía tocar con las manos, que no se podía curar con hierbas ni con oraciones, que solo se podía cargar como se carga una cruz hasta que el cuerpo ya no aguanta más el peso.

Los canarios dejaron de cantar por completo, uno tras otro, como si hubieran decidido ponerse de luto. Las flores terminaron de decolorarse hasta volverse casi blancas, como si fueran el fantasma de lo que habían sido. Y María siguió adelgazando, siguió tosiendo, siguió llorando en silencio cuando creía que nadie la veía, cargando ese secreto que la estaba matando más seguro que cualquier enfermedad.

Hasta que un día, Joaquín tomó una decisión que cambiaría todo: la llevaría al médico, quisiera ella o no. Porque el amor a veces tiene que ser necio, a veces tiene que imponerse cuando la razón se rinde, a veces tiene que elegir por el ser amado cuando ese ser amado ya no puede elegir por sí mismo. Porque hay momentos en que amar significa ser fuerte cuando el otro ya no puede serlo, significa tomar las decisiones difíciles que el otro no puede o no quiere tomar.

Pero para entonces ya era demasiado tarde, aunque él aún no lo supiera. Para entonces, el secreto que María cargaba había echado raíces tan

profundas en su alma que no había medicina que pudiera curarla, no había médico que pudiera sanar lo que se había roto por dentro. Para entonces, la muerte ya había comenzado su trabajo silencioso, y solo faltaba que el tiempo terminara lo que la culpa había empezado, lo que el silencio había alimentado, lo que el amor mal entendido había permitido que creciera hasta volverse incurable.

CAPÍTULO III

EL MÉDICO DEL PUEBLO

El doctor Camacho vivía en la casa más grande del pueblo, la que tenía balcón de hierro forjado y ventanas con vidrios de colores que hacían bailar la luz del sol en el piso de la sala de espera. Joaquín había estado ahí solo una vez, cuando se cortó la mano con el machete y necesitó que le cosieran la herida. Pero ahora, con María sentada a su lado en el banco de madera, el lugar le parecía diferente. Más silencioso, más solemne, como si las paredes guardaran todos los dolores que habían pasado por ahí.

María había aceptado ir al médico después de mucha insistencia. No porque estuviera convencida de que fuera necesario, sino porque ya no tenía fuerzas para seguir discutiendo. Joaquín la había visto una mañana doblada sobre la pila, vomitando una bilis amarilla que la dejaba temblando, y había decidido que ya era suficiente.

—Nos vamos al pueblo, María. Y no me digas que no.

—¿Pa' qué, mi prieto? Si ya se me va a quitar.

—Se te va a quitar cuando el doctor diga qué es lo que tienes.

Habían hecho el viaje en silencio, ella abrazada a su cintura en las ancas del caballo prieto, él sintiendo cómo el cuerpo de María se estremecía con cada movimiento del animal. Antes, cuando iban a misa los domingos, María disfrutaba el camino, le señalaba las flores silvestres, le contaba historias de cuando era niña. Ahora parecía que cada paso del caballo le doliera, como si tuviera vidrios molidos adentro.

El doctor Camacho era un hombre mayor, de bigote blanco y manos suaves que olían a yerbas. Había estudiado en la capital, decían, y sabía de enfermedades que otros médicos ni siquiera podían pronunciar. Cuando los hizo pasar a su consultorio, María se sentó en la orilla de la silla, como si estuviera lista para salir corriendo.

—¿Qué es lo que la aqueja, señora?

María miró a Joaquín, como esperando que él respondiera. Pero él sabía que tenía que ser ella quien hablara, quien dijera con sus propias palabras lo que sentía.

—Pos no sé, doctor. Como que me siento cansada.

—¿Cansada nada más?

—Y me duele el pecho. Y a veces me dan como mareos.

—¿Mareos? ¿De qué tipo?

—Como si me fuera a caer. Como si el mundo se moviera.

El doctor Camacho se puso los anteojos que tenía colgados de una cadena y comenzó a examinarla. Le tomó el pulso, le puso un aparato frío en el pecho, le miró los ojos con una lentecita que brillaba como una estrella pequeña. María se dejó hacer, pero Joaquín podía ver que estaba nerviosa, que quería que todo terminara pronto.

—¿Desde cuándo se siente así?

—Pos... como desde hace un mes. O más.

—¿Ha perdido peso?

—Un poquito, sí.

—¿Tiene tos?

—A veces.

—¿Con sangre?

María se quedó callada un momento. Joaquín la miró, esperando la respuesta.

—No, doctor. Sin sangre.

Pero Joaquín sabía que era mentira. Había visto las manchas rojas en el trapo que María usaba para taparse la boca cuando tosía. Había visto cómo lo escondía rápidamente, como si fuera algo de lo que debía avergonzarse.

El doctor siguió con el examen. Le pidió que respirara hondo, que dijera "ah", que se tocara la nariz con los ojos cerrados. María hacía todo lo que le pedía, pero con esa expresión de quien está cumpliendo un trámite fastidioso.

—¿Duerme bien?

—Sí, doctor.

—¿Come bien?

—Sí.

—¿Tiene pesadillas?

María se quedó muy quieta. Joaquín vio cómo sus manos se crispaban sobre el regazo.

—A veces.

—¿De qué tipo?

—No me acuerdo bien. Cosas... cosas feas.

El doctor se quitó los anteojos y los limpió con un trapo. Joaquín esperaba que dijera algo, que diera un diagnóstico, que explicara qué era lo que le pasaba a María. Pero el doctor parecía pensativo, como si estuviera tratando de resolver un acertijo.

—¿Ha tenido algún susto últimamente? ¿Alguna pena grande?

—No, doctor. No que me acuerde.

—¿Problemas en la familia?

—No, doctor.

—¿Preocupaciones de dinero?

—No, doctor. Joaquín es buen trabajador.

El doctor se levantó y caminó hacia la ventana. Afuera se oía el ruido del pueblo: carretas que pasaban, niños que jugaban, mujeres que platicaban en la plaza. Sonidos de vida normal, de gente que no tenía que preocuparse por enfermedades misteriosas.

—¿Sabe qué son los vahídos, joven?

Joaquín negó con la cabeza.

—Son mareos que les dan a las mujeres cuando tienen alguna pena del alma. alguna tristeza que no pueden decir.

—¿Pena del alma?

—Sí. A veces el cuerpo se enferma porque el alma está enferma. Y el alma se enferma cuando guardamos secretos, cuando tenemos culpas, cuando cargamos con cosas que no podemos contar.

María se había puesto muy pálida. Joaquín la vio apretar los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—¿Eso es lo que tiene mi mujer, doctor?

—Es lo que me parece. Vahídos. Tristeza del alma que se vuelve enfermedad del cuerpo.

—¿Y cómo se cura?

El doctor regresó a su escritorio y comenzó a escribir en un papel.

—Con medicina para el cuerpo y con descanso para el alma. Le voy a dar estas yerbas para que se las tome en té, tres veces al día. Y tiene que hablar.

—¿Hablar?

—Sí, joven. Tiene que hablar de lo que la tiene triste. Tiene que sacar de adentro lo que la está consumiendo. Porque si no, ninguna medicina la va a curar.

María se levantó de la silla como si la hubieran quemado.

—¿Ya podemos irnos, doctor?

—Sí, señora. Pero recuerde lo que le digo: tiene que hablar. Tiene que decir lo que la tiene así.

Joaquín pagó la consulta y guardó el papel con la receta. Cuando salieron del consultorio, María caminó rápidamente hacia la puerta, como si quisiera huir del lugar.

—¿Qué te parece lo que dijo el doctor, María?

—Que son puras tonterías. Yo no tengo penas del alma.

—Pero él dice que tienes que hablar...

—¿Hablar de qué? ¿De qué voy a hablar si no tengo nada que decir?

El viaje de regreso fue aún más silencioso que el de ida. María iba rígida en las ancas del caballo, sin abrazarlo como antes, sin recargarse en su espalda. Joaquín sentía que algo había cambiado en el consultorio del doctor, que las palabras sobre los vahídos y las penas del alma habían tocado algo en María que ella no quería que tocaran.

Esa noche, cuando ya estaban acostados, él trató de hablar del tema otra vez.

—¿Qué opinas de lo que dijo el doctor de que tienes que hablar?

—Que no sabe de qué habla. Yo no tengo secretos.

—Pero a lo mejor sí tienes algo que te preocupa, algo que no me has dicho...

—¿Cómo qué?

—Pos no sé. A lo mejor algo de cuando eras soltera, o de tu familia, o...

—Mi familia está muerta, Joaquín. Ya sabes eso.

—Sí, pero a lo mejor tienes algún recuerdo triste...

—Los recuerdos tristes son de todos, mi prieto. Todos tenemos recuerdos tristes.

Joaquín se quedó callado. Sabía que María tenía razón, pero también sabía que el doctor había visto algo en ella que él no había podido ver. Algo en la manera en que se había puesto pálida cuando le preguntó por las pesadillas, algo en la forma en que había apretado los puños cuando habló de los secretos.

Los días siguientes, María tomó el té de yerbas que había recetado el doctor. Pero no mejoró. Si acaso, parecía ponerse peor. La tos se hizo más constante, las ojeras más profundas. Y cuando Joaquín le preguntaba cómo se sentía, ella siempre respondía lo mismo:

—Bien, mi prieto. Cada día mejor.

Pero no era cierto. Joaquín la veía adelgazar día con día, la veía perder el color, la veía moverse como si el aire fuera pesado. Y sabía que las yerbas no estaban funcionando porque el problema no estaba en el cuerpo de María, sino en algo más profundo, algo que ella no podía o no quería sacar.

Una tarde, cuando regresó del campo, la encontró sentada en la enramada, con el frasco de yerbas en la mano.

—¿Ya te tomaste el té?

—Sí, mi prieto.

—¿Y cómo te sientes?

—Bien.

Pero Joaquín vio que el frasco estaba lleno. Vio que María no se había tomado el té, que había estado ahí sentada, nomás sosteniendo el frasco como si fuera un objeto extraño.

—¿Por qué no te tomaste el té?

—Sí me lo tomé.

—El frasco está lleno, María.

María lo miró con esos ojos hundidos que ya no parecían suyos.

—Es que... es que no me gusta el sabor.

—Pero es medicina. Aunque no te guste, te la tienes que tomar.

—¿De qué sirve, Joaquín? ¿De qué sirve si no me va a curar?

—¿Cómo sabes que no te va a curar?

—Porque yo sé lo que tengo. Y no se cura con yerbas.

—¿Entonces con qué se cura?

María se quedó callada por un momento muy largo. Después, suspiró como si le pesara todo el cuerpo.

—No se cura, mi prieto. Lo que tengo no se cura.

Joaquín sintió que se le helaba la sangre. Se sentó junto a ella y le tomó las manos. Estaban frías, como si fuera pleno invierno.

—¿Qué es lo que tienes, María?

—Algo que no puedo decir.

—¿Por qué no puedes decirlo?

—Porque si lo digo, te vas a ir. Y prefiero morirme antes que quedarme sin ti.

Joaquín la abrazó, sintiendo cómo temblaba entre sus brazos.

—Nunca me voy a ir, María. Pase lo que pase, nunca me voy a ir.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

María se quedó quieta en sus brazos, como si estuviera pensando. Joaquín creyó que por fin iba a hablar, que por fin iba a decirle qué era lo que la tenía así. Pero después de un momento, ella se separó de él y se levantó.

—Vamos a cenar. Ya se está haciendo tarde.

Y así terminó la conversación. Como terminaban todas las conversaciones cuando se acercaban a la verdad: con María alejándose, con el silencio cerrándose sobre ellos como una cortina.

Esa noche, Joaquín se quedó despierto mucho tiempo, escuchando la respiración irregular de María, escuchando la tos que trataba de contener, escuchando el ruido que hace el alma cuando se está muriendo. Y se prometió a sí mismo que no se rendiría, que seguiría insistiendo hasta que ella le dijera la verdad.

Pero lo que no sabía era que la verdad de María era tan terrible que ella prefería morir antes que contarla. Lo que no sabía era que hay secretos que matan, y que el de María era de esos. Lo que no sabía era que el tiempo se les estaba acabando, y que cuando por fin supiera la verdad, ya sería demasiado tarde para salvarla.

El doctor Camacho había tenido razón: María tenía vahídos, penas del alma que se habían vuelto enfermedad del cuerpo. Pero lo que el doctor no sabía era que algunos secretos son como veneno, y que cuando llevan mucho tiempo envenenando el alma, ya no hay medicina que pueda curar.

CAPÍTULO IV

PROMESAS AL VIENTO

El rebozo llegó un jueves, cuando el sol ya se inclinaba hacia el poniente y las sombras se alargaban como dedos que buscan agarrar algo en la tierra. El compadre Lorenzo lo traía envuelto en papel de china, cuidadoso, como si fuera un niño recién nacido. Joaquín lo recibió con las manos temblorosas, no por el peso del regalo, sino por la esperanza que cargaba.

—Es de los buenos, compadre —le dijo Lorenzo, quitándose el sombrero para limpiarse el sudor—. De esos que hacen en Santa María del Río. Dicen que las mujeres que los tejen les ponen bendiciones en cada hilo.

Joaquín desenvolvió el rebozo con cuidado, como si fuera a romperse entre sus dedos. Era del color de la noche cuando está a punto de amanecer, azul oscuro con hilos de plata que brillaban como estrellas pequeñas. Las flores bordadas parecían reales, tan delicadas que daba la impresión de que si las tocaba el viento iban a desprender perfume.

—¿Crees que le guste a María? —¿Cómo no le va a gustar? Es el rebozo más bonito que he visto en mi vida.

Lorenzo no sabía que María ya no era la misma mujer que había conocido. No sabía que sus ojos se habían vuelto dos pozos hondos donde ya no cabía la alegría, que sus manos habían perdido el temblor de emoción que las hacía aletear como palomas cuando veía algo hermoso. No sabía que María se estaba muriendo por dentro, y que los regalos más bellos del mundo no podían curar el mal que la carcomía.

Joaquín esperó a que Lorenzo se fuera para mostrarle el rebozo. La encontró en el patio, dándoles de comer a los canarios que ya casi no cantaban. Estaba tan delgada que cuando se movía parecía que el viento la fuera a llevarse, como si fuera hecha de aire y de tristeza.

—Mira lo que te trajo el compadre Lorenzo, María.

Ella se volvió despacio, como si cada movimiento le costara un esfuerzo enorme. Cuando vio el rebozo, sus ojos se iluminaron por un momento, pero fue una luz pálida, como la de las velas cuando se están apagando.

—Está muy bonito, mi prieto.

Se lo puso sobre los hombros, y Joaquín sintió que se le partía el corazón. El rebozo le quedaba grande, como si fuera un vestido de mujer robusta sobre un cuerpo de niña. Los pliegues caían sueltos, sin la plenitud que debían tener, sin la gracia que María había tenido antes.

—¿Te gusta? —Sí, mi prieto. Está muy bonito.

Pero Joaquín sabía que no era cierto. Sabía que María lo había dicho nomás por no lastimarlo, por no quitarle la ilusión de que con regalos podía devolverle la alegría. Sabía que el rebozo, por hermoso que fuera, no podía tapar la enfermedad que la estaba consumiendo.

—Mañana domingo vamos a ir al pueblo, y te lo vas a poner para que todas las mujeres te vean lo bonita que te ves.

María sonrió, pero su sonrisa fue como una flor que se abre sabiendo que va a morir al atardecer.

—Sí, mi prieto. Como tú digas.

Esa noche, Joaquín se quedó despierto pensando en todas las promesas que le había hecho a María sin darse cuenta. Promesas pequeñas, de todos los días, que antes no parecían importantes pero que ahora se volvían urgentes, como si el tiempo fuera arena que se escurre entre los dedos.

Le había prometido que cuando terminara la cosecha la llevaría a visitar a los santos de la catedral. Que le compraría una máquina de coser para que no tuviera que hacerlo todo a mano. Que plantarían un huerto más grande, con chiles y jitomates, y que ella podría vender los excedentes en el mercado.

Promesas de futuro que ahora sonaban huecas, como el viento que pasa por las casas abandonadas.

El domingo llegó gris, con nubes que se acumulaban en el horizonte como malos presagios. María se puso el rebozo nuevo, pero se movía con tanta lentitud que Joaquín tuvo que ayudarla a subir al caballo. Cuando la abrazó para acomodarla en las ancas, sintió que era como abrazar a un fantasma.

—¿Estás bien, María? —Sí, mi prieto. Nomás que tengo un poco de frío.

Pero no era frío lo que la hacía temblar. Era algo más profundo, algo que venía de los huesos, de la médula, de ese lugar donde anida la muerte cuando ya ha decidido quedarse.

En el pueblo, las mujeres se acercaron a ver el rebozo. Doña Esperanza, la esposa del tendero, lo tocó con admiración.

—¡Qué bonito rebozo, comadre! ¿De dónde lo trajo? —Me lo regaló mi Joaquín —respondió María con una voz que parecía venir de muy lejos. — Está precioso. Se ve que es de los buenos. —Sí, es de los buenos.

Pero Joaquín se daba cuenta de que las mujeres la miraban con una expresión extraña, como si vieran algo en María que él no quería ver. La miraban como se mira a los enfermos graves, con esa mezcla de lástima y miedo que da la cercanía de la muerte.

Durante la misa, María se desmayó. Fue algo muy sutil, no cayó al suelo ni gritó. Simplemente se fue ladeando lentamente, como si se estuviera quedando dormida, hasta que Joaquín se dio cuenta y la sostuvo.

—¿Qué tienes, María? —Nada, mi prieto. Se me bajó la presión.

Pero cuando la ayudó a salir de la iglesia, vio que tenía los labios morados, como si no le llegara suficiente aire a los pulmones. Y cuando la sentó en la

banca de la plaza para que descansara, notó que el rebozo nuevo tenía manchas de sangre.

—María, estás sangrando. —No, mi prieto. Ha de ser que me mordí la lengua.

Pero no era la lengua. Era algo por dentro que se estaba rompiendo, algo que ya no podía contener la vida que se le escapaba gota a gota.

De regreso al jacal, Joaquín tomó una decisión. Ya no podía seguir fingiendo que María se iba a curar con yerbas y con regalos. Ya no podía seguir haciéndose el ciego ante lo que veía todos los días.

—Mañana nos vamos a la ciudad, María. A ver un médico de verdad. —No, mi prieto. Ya estoy bien. —No estás bien. Cada día estás peor. —Los médicos de la ciudad no saben más que el doctor Camacho. —Saben más, María. Tienen aparatos, tienen medicinas que aquí no hay.

María se quitó el rebozo y lo dobló con cuidado, como si fuera algo muy valioso que había que guardar para una ocasión especial.

—¿Y si no me curan? —Te van a curar. —¿Y si no? —Te van a curar, María. Debes tener fe.

Ella lo miró con esos ojos que ya no parecían suyos, hundidos en unas ojeras que cada día se hacían más profundas.

—¿Y si me dicen que me voy a morir? —No te vas a morir. —¿Y si sí? —No te vas a morir, María. No te puedes morir.

Pero incluso mientras lo decía, Joaquín sabía que eran palabras vacías. Sabía que la muerte no escucha promesas, que no entiende de ruegos ni de súplicas. Sabía que había cosas que no dependían de la voluntad, que no se podían cambiar con amor ni con desesperación.

Esa noche, María se puso el rebozo para dormir. Dijo que tenía frío, pero Joaquín sabía que era otra cosa. Era como si quisiera sentir la belleza del regalo pegada a su piel, como si quisiera llevarse consigo la prueba de que había sido amada.

—¿Te acuerdas de cuando me dijiste que me ibas a comprar un rebozo como el de las señoras ricas? —le preguntó con una voz que parecía venir del fondo de un pozo.

—Sí me acuerdo. —¿Y te acuerdas de todas las cosas que me prometiste? —Sí. —El huerto grande, la máquina de coser, el viaje a la catedral... —Sí, María. Todo eso te voy a cumplir.

Ella se acurrucó contra él, y Joaquín sintió que tenía los huesos muy cerca de la piel, como si fuera un pajarito que se está muriendo de frío.

—¿Y si no me da tiempo? —Te va a dar tiempo. —¿Y si no? —Te va a dar tiempo, María. Vamos a tener muchos años para cumplir todas las promesas.

Pero María sabía que no era cierto. Sabía que el tiempo se les estaba acabando, que las promesas se las estaba llevando el viento antes de que

pudieran cumplirse. Sabía que había cosas que ya no iban a pasar, palabras que ya no iban a decirse, abrazos que ya no iban a darse.

—¿Me prometes que si me muero no te vas a olvidar de mí? —No te vas a morir, María. —Pero si me muero, ¿me prometes que no me vas a olvidar? —Nunca te voy a olvidar. Pero no te vas a morir.

María se quedó callada por un momento muy largo. Después, suspiró como si le pesara todo el cuerpo.

—¿Sabes qué es lo que más me duele, mi prieto? —¿Qué? —Que te voy a dejar solo. —No me vas a dejar solo porque no te vas a morir. —Pero si me muero, te voy a dejar solo. Y eso es lo que más me duele.

Joaquín sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Lágrimas que había estado conteniendo durante semanas, lágrimas que ya no podía guardar.

—¿Por qué hablas así, María? ¿Por qué no me dices qué es lo que tienes? —Porque no quiero que me veas diferente. —Ya te veo diferente. Te veo enferma, te veo triste, te veo como si te estuvieras yendo. —¿Y me sigues queriendo igual? —Te quiero más que antes, María. Te quiero más que a mi vida.

Ella se volvió hacia él en la oscuridad, y aunque no podía verle la cara, Joaquín sintió que lo estaba mirando como si fuera la última vez.

—¿Me prometes que vas a ser feliz? —Contigo voy a ser feliz. —No, mi prieto. Después. —No va a haber después, María. Nomás va a haber contigo.

Pero María sabía que sí iba a haber después. Sabía que Joaquín iba a quedarse solo en el jacal, con los canarios que ya no cantaban, con las flores que se habían decolorado, con el rebozo que ya no iba a tener quien se lo pusiera.

—¿Me prometes que si me muero vas a buscar a otra mujer? —¿Cómo me pides eso, María? —Porque no quiero que te quedes solo. Porque no quiero que te mueras de tristeza. —Si tú te mueres, yo también me muero. —No, mi prieto. Tú tienes que vivir. Tienes que ser feliz.

Joaquín la abrazó más fuerte, como si con la fuerza del abrazo pudiera detenerla, como si pudiera evitar que se fuera.

—¿Por qué hablas así, María? ¿Por qué no me dices la verdad? —Porque la verdad duele más que la mentira. —Ya me duele, María. Ya me duele verte así. —¿Y si te digo la verdad y te duele más? —Ya no puede dolerme más.

María se quedó callada por un momento tan largo que Joaquín pensó que se había dormido. Pero después, en la oscuridad, oyó su voz muy bajita:

—¿Me prometes que no me vas a juzgar? —Te lo prometo. —¿Me prometes que no me vas a dejar? —Te lo prometo. —¿Me prometes que me vas a perdonar? —Te lo prometo, María. Te prometo todo lo que quieras.

Pero María no pudo decir la verdad esa noche. El peso del secreto era demasiado grande, la culpa demasiado profunda. Se quedó callada,

abrazada a Joaquín, sintiendo cómo el rebozo nuevo se empapaba con las lágrimas que no podía contener.

Y Joaquín se quedó despierto hasta que salió el sol, sosteniendo a María entre sus brazos, haciéndole promesas al viento, promesas que sabía que tal vez no iba a poder cumplir, pero que necesitaba hacer para no volverse loco de desesperación.

Porque a veces las promesas son lo único que nos queda cuando ya no tenemos nada más que ofrecer. Y a veces, cuando el tiempo se acaba, las promesas se vuelven oraciones, y las oraciones se vuelven gritos mudos que se pierden en la inmensidad del cielo.

El rebozo quedó sobre la cama, azul como la noche, bordado de flores que nunca se iban a marchitar. Pero María ya no estaba ahí para ponérselo. María ya estaba en otro lado, en ese lugar donde van las promesas que no se pueden cumplir, donde van los sueños que se quedan a medias, donde van las mujeres que se mueren de tristeza sin haber dicho nunca la verdad que las mataba.

CAPÍTULO V

LA HERRADA DE SAN JUAN

El sol de junio pegaba como yunque en la cabeza cuando llegó la invitación. Don Juan Villalobos, el del Rancho Verde, mandó a su peón más joven con el recado: que todos los hombres del pueblo estaban invitados a la herrada de San Juan. Que habría música, que habría comida, que habría aguardiente del bueno. Que las mujeres también podían ir, a ver el jaripeo y a bailar cuando cayera la tarde.

Joaquín recibió la noticia con esa alegría sencilla de los hombres que trabajan mucho y se divierten poco. Hacía meses que no había fiesta en el pueblo, y María llevaba tiempo sin salir de casa, pegada a sus labores como si fuera una mujer mayor, aunque apenas tuviera veinte años.

—¿Qué dices, María? ¿Vamos a la herrada?

Ella estaba sentada en la enramada, remendando una camisa de él con esos dedos que parecían saber lo que hacían sin que les dijera la cabeza. Levantó la vista y Joaquín vio algo en sus ojos que no supo descifrar. Un brillo extraño, como cuando se ve luz en el fondo de un pozo.

—¿Tú quieres ir, mi prieto?

—Pos sí. Hace mucho que no salimos. Y don Juan da buenas fiestas.

María dobló la camisa y la puso sobre su regazo. Se quedó callada un momento, como si estuviera pensando en algo muy lejano.

—¿Y si no voy? ¿Y si me quedo aquí con los canarios?

—¿Por qué te ibas a quedar? Es fiesta, María. Es para divertirse.

—Es que... es que no me siento muy bien.

Joaquín se acercó y le puso la mano en la frente. No tenía calentura, pero su piel estaba húmeda, como si sudara frío.

—¿Qué tienes?

—Nada, mi prieto. Nomás que me siento rara.

—¿Rara cómo?

María suspiró y se levantó, sacudiendo la camisa como si fuera a tenderla.

—Como cuando va a llover mucho. Como cuando se viene tormenta.

Joaquín miró el cielo. Estaba limpio, sin una sola nube. El aire quieto, pesado de calor.

—No va a llover, María. Mira qué bonito está el día.

—No digo que vaya a llover de agua, mi prieto.

No entendió lo que quería decir, pero algo en su voz lo hizo sentir inquieto. María hablaba a veces como si supiera cosas que él no sabía, como si viera cosas que él no podía ver.

—¿Entonces vamos o no vamos?

—Vamos, mi prieto. Si tú quieres ir, vamos.

El día de San Juan amaneció con ese silencio raro que tienen los días señalados, como si hasta los pájaros supieran que algo importante va a pasar. María se puso su vestido azul, el de los domingos, y se recogió el pelo con las peinetas de carey que le había regalado su difunta madre. Estaba bonita, pero de una manera que dolía, como están bonitas las flores cuando ya empiezan a marchitarse.

El Rancho Verde quedaba a dos leguas del pueblo, por el camino que bordeaba el río. Joaquín ensilló el caballo prieto y ayudó a María a subir a las ancas. Cuando la abrazó para acomodarla, sintió que temblaba un poco.

—¿Tienes frío?

—No, mi prieto. Nomás son nervios.

—¿Nervios de qué?

—De nada. De todo.

Llegaron cuando ya había mucha gente. Los hombres se apiñaban alrededor del corral donde tenían los becerros, platicando de la mejor manera de marcarlos, de cuáles estaban más bravos, de quién era el mejor jinete del rumbo. Las mujeres se habían acomodado bajo los árboles, con sus rebozos extendidos como manteles, sus canastas llenas de tortillas y guisados.

Don Juan Villalobos era un hombre grande, de manos peludas y voz que se oía desde lejos. Había heredado el rancho de su padre, y con él la costumbre de dar fiestas que duraban hasta que se acababa el aguardiente. Cuando vio llegar a Joaquín lo saludó con palmadas en la espalda.

—¡Joaquín, muchacho! ¡Qué bueno que viniste! ¿Y esta belleza es tu mujer?

—Sí, don Juan. Es María.

—¡Qué bonita está! ¡Y qué suerte tienes, cabrón!

María sonrió pero no dijo nada. Joaquín notó que tenía las manos muy apretadas, como si estuviera sosteniendo algo que no quería soltar.

—¿Dónde la acomodo, don Juan?

—Ahí con las otras mujeres. Que se diviertan mientras nosotros trabajamos.

Joaquín llevó a María donde estaban las mujeres. Doña Esperanza, la esposa del tendero, la recibió con esa amabilidad fingida que usan las mujeres cuando no se conocen bien.

—¡Qué bonito vestido, comadre! ¿Es nuevo?

—No, señora. Es de cuando me casé.

—Pues se conserva muy bien. ¿Verdad, comadre Luz?

La comadre Luz, que era la partera del pueblo, miró a María con esos ojos que todo lo ven, que todo lo saben.

—Sí, se conserva muy bien. Igual que usted, comadre.

Pero había algo en la manera en que lo dijo, como si hubiera querido decir otra cosa.

Joaquín se fue con los hombres al corral. La herrada ya había empezado, y el aire se llenaba del humo de las marcas calientes, del mugir de los becerros, de los gritos de los vaqueros. Era un trabajo pesado, pero había algo en él que alegraba el corazón. Algo de fiesta, de hermandad, de hombres que se ayudan unos a otros.

—¡Joaquín! ¡Ven acá! ¡Ayúdame a voltear este becerro!

Era Ramón, el hijo mayor de don Juan, un muchacho de su edad que había crecido montando a caballo y lazando reses. Joaquín corrió hacia él, y entre los dos lograron tumbar al becerro más bravo de la manada.

—¡Así se hace, compadre! ¡Tienes manos de vaquero!

Joaquín se sintió orgulloso. No era fácil ganarse el respeto de los hombres del rancho, que habían nacido con la reata en las manos y la espuela en el talón.

Pero a cada rato volteaba hacia donde estaban las mujeres, buscando a María con la mirada. La veía sentada bajo un mezquite, quieta como una piedra, con las manos sobre el regazo y los ojos perdidos en algo que él no podía ver.

—¿Qué tanto miras, Joaquín? —le preguntó Lorenzo, que había llegado con su familia.

—A María. Se ve muy callada.

—Las mujeres así son en las fiestas. Mientras nosotros trabajamos, ellas platican.

Pero María no estaba platicando. Estaba sentada sola, aunque hubiera mujeres a su alrededor. Estaba sola como se está solo cuando se carga un secreto muy grande, muy pesado.

Al mediodía pararon la herrada para comer. Don Juan había mandado matar un becerro, y las mujeres habían preparado mole, frijoles, tortillas recién

hechas. El aguardiente empezó a correr, y los hombres se pusieron alegres, platicadores.

Joaquín se sentó junto a María bajo el mezquite. Ella había servido comida en su plato, pero no había probado bocado.

—¿No tienes hambre?

—No, mi prieto. Se me cerró el estómago.

—¿Por qué? ¿Qué tienes?

—Nada. Nomás que no tengo hambre.

Joaquín se comió su mole en silencio, sintiendo que algo no estaba bien. María siempre tenía buen apetito, siempre disfrutaba la comida de las fiestas. Pero ahora parecía que hasta respirar le costaba trabajo.

—¿Quieres que nos vayamos?

—No, mi prieto. Tú estás contento aquí. Yo estoy bien.

Pero no estaba bien. Joaquín la veía pálida, con unas ojeras que antes no tenía, con las manos que temblaban cuando se las llevaba a la cara.

Después de comer siguió la herrada. Los hombres ya estaban más alegres, más platicadores. El aguardiente los había puesto contentos, y los más jóvenes empezaron a hacer bromas, a desafiarse a ver quién era mejor jinete.

—¡A ver, Joaquín! ¡Móntate este potrillo!

Era un caballo joven, sin domar, que brincaba como diablo cuando le ponían la silla. Joaquín se había tomado algunos tragos, y se sentía valiente, capaz de montar cualquier cosa.

—¡Échenme!

Se subió al caballo bajo los gritos de los hombres. El animal se alzó en dos patas, giró como trompo, trató de tirarlo contra la cerca. Pero Joaquín se mantuvo arriba, agarrado con las piernas, con las manos, con toda la fuerza que tenía.

—¡Así se hace, compadre! ¡Tienes manos de charro!

Cuando logró dominar al caballo, todos los hombres lo rodearon, le dieron palmadas en la espalda, le ofrecieron más aguardiente. Joaquín se sintió como un héroe, como si hubiera hecho algo muy importante.

Pero cuando volteó hacia donde estaban las mujeres, vio que María no estaba. Buscó por todos lados, preguntó a las otras mujeres.

—Se fue al río, compadre —le dijo doña Esperanza—. Dijo que necesitaba aire fresco.

Joaquín corrió hacia el río, con el corazón latiendo muy fuerte. Algo le decía que tenía que encontrar a María, que tenía que encontrarla pronto.

La halló sentada en una piedra, junto al agua, con el vestido azul extendido como las alas de un pájaro herido. Estaba llorando, pero sin hacer ruido, como lloran los que están muy solos.

—¿Qué tienes, María?

Ella se secó los ojos con el dorso de la mano.

—Nada, mi prieto. Nomás que me dio dolor de cabeza.

—¿Dolor de cabeza?

—Sí. Con tanto ruido, tanto grito.

Se sentó junto a ella en la piedra. El río corría bajito, cantando esa canción que cantan los ríos cuando van tranquilos. A lo lejos se oían las voces de la fiesta, los gritos de los hombres, la música que había empezado a tocar.

—¿Quieres que nos vayamos?

—No, mi prieto. Tú estás contento. Yo nomás necesitaba estar sola un ratito.

—¿Por qué necesitas estar sola?

María no respondió. Se quedó mirando el agua, como si ahí estuviera escrita la respuesta a todas las preguntas que él no sabía hacer.

—¿Sabes qué día es hoy, mi prieto?

—Sí. San Juan.

—¿Y sabes qué se pide el día de San Juan?

—Pos... que llueva. Que haya buenas cosechas.

—También se pide que se cumplan los deseos. Que pase lo que uno quiere que pase.

—¿Y qué deseas tú, María?

Ella se quedó callada por un momento muy largo. Después, sin mirarlo, dijo:

—Que me perdones.

—¿Que te perdone qué?

—Lo que va a pasar.

—¿Qué va a pasar?

—Algo que no quiero que pase. Algo que no puedo evitar.

Joaquín sintió que se le helaba la sangre. Había algo en la voz de María, en la manera en que miraba el agua, que le daba miedo.

—¿De qué hablas, María?

—De nada, mi prieto. Son tonterías mías.

Se levantó y se sacudió el vestido. Cuando volteó hacia él, Joaquín vio que había algo diferente en sus ojos. Algo que no había visto nunca, algo que no supo cómo llamar.

—¿Vamos a bailar?

—¿A bailar?

—Sí. Ya empezó la música. Y yo quiero bailar contigo.

Regresaron a la fiesta tomados de la mano. Los músicos habían llegado con sus guitarras, con su acordeón, con sus voces que sabían todas las

canciones tristes. Las parejas ya estaban bailando bajo los árboles, moviéndose lento, como si el tiempo no tuviera prisa.

Joaquín abrazó a María y la llevó a la sombra de un fresno. Bailaron sin hablar, sintiendo cómo sus cuerpos se conocían, cómo sus corazones latían al mismo tiempo. María tenía los ojos cerrados, como si quisiera guardarse ese momento para siempre.

—¿Sabes qué, mi prieto?

—¿Qué?

—Que te quiero mucho. Más de lo que puedo decir.

—Yo también te quiero, María.

—¿Siempre me vas a querer?

—Siempre.

—¿Pase lo que pase?

—Pase lo que pase.

Bailaron hasta que se cansaron, hasta que el sol se inclinó hacia el poniente y las sombras se alargaron como dedos que buscan algo en la tierra. Entonces María dijo que ya era hora de irse.

—¿Tan temprano?

—Sí, mi prieto. Ya es tarde.

—Pero si apenas empieza lo bueno. Van a seguir bailando, van a seguir bebiendo.

—Yo ya estoy cansada.

No discutió. Había algo en la manera en que María lo decía que no daba lugar a discusión. Se despidieron de don Juan, de los compadres, de las mujeres que ya estaban un poco alegres con el aguardiente.

El camino de regreso se hizo en silencio. María iba abrazada a su cintura, pero Joaquín sentía que estaba muy lejos, como si ya no estuviera ahí.

—¿Te gustó la fiesta?

—Sí, mi prieto. Me gustó mucho.

—¿Entonces por qué estás tan callada?

—Porque estoy pensando.

—¿En qué?

—En que fue muy bonita. En que me voy a acordar siempre de este día.

Joaquín no entendió por qué hablaba como si fuera la última vez que fueran a una fiesta juntos. No entendió por qué parecía estar despidiéndose de algo que apenas había empezado.

Llegaron al jacal cuando ya era noche cerrada. María se quitó el vestido azul y lo colgó con mucho cuidado, como si fuera algo muy valioso. Se puso su ropa de todos los días y se sentó en la enramada, con las manos sobre el regazo.

—¿Vas a salir, mi prieto?

—¿Salir? ¿A dónde?

—Pos no sé. A lo mejor quieres regresar a la fiesta.

—¿Para qué voy a regresar? Si ya estoy aquí contigo.

—Es que... es que capaz que te aburriste. Capaz que querías quedarte más tiempo.

—No me aburrí, María. Me gustó venir contigo.

Ella sonrió, pero su sonrisa fue triste, como si supiera algo que él no sabía.

—¿Y si hubieras ido solo?

—¿Solo? ¿Por qué iba a ir solo?

—Pos no sé. A lo mejor así te hubieras divertido más.

—Yo me divierto contigo, María. Yo nomás me divierto contigo.

Se acostaron temprano, pero Joaquín no pudo dormir. Había algo en el aire, algo que no podía tocar pero que estaba ahí, como cuando se viene tormenta. María respiraba muy despacio, como si estuviera dormida, pero él sabía que no dormía. Sabía que estaba despierta, pensando en cosas que él no podía adivinar.

—¿María?

—¿Sí?

—¿Qué era lo que me ibas a decir en el río?

—¿Cuándo?

—Cuando dijiste que me pidieras perdón.

—No era nada, mi prieto. Eran tonterías más.

—No eran tonterías. Había algo.

María se quedó callada por un momento muy largo. Después, en la oscuridad, Joaquín oyó su voz muy bajita:

—¿Tú crees que hay cosas que no se pueden perdonar?

—¿Como qué?

—Cosas muy malas. Cosas que lastiman mucho.

—Todo se puede perdonar, María. Sobre todo entre nosotros.

—¿Y si fuera algo muy malo?

—No hay nada tan malo que no se pueda perdonar.

—¿Y si fuera algo que cambiara todo?

—¿Cambiar qué?

—Todo, mi prieto. Lo que somos, lo que tenemos, lo que creíamos que era cierto.

Joaquín se volvió hacia ella en la oscuridad.

—¿De qué hablas, María?

—De nada, mi prieto. Son miedos que me dan. Son tonterías que se me ocurren.

—¿Qué miedos?

—Miedo de perderte. Miedo de que un día te vayas.

—¿Por qué me iba a ir?

—Porque me dejaras de querer.

—Nunca te voy a dejar de querer, María. Te lo prometo.

—¿Aunque hiciera algo malo?

—No vas a hacer nada malo.

—Pero si hiciera...

—No vas a hacer nada malo, María. Tú no sabes hacer cosas malas.

Ella se quedó callada, pero Joaquín sintió que lloraba. Lloraba sin hacer ruido, como había llorado en el río, como lloran los que cargan secretos muy pesados.

—¿Por qué lloras?

—Porque te quiero mucho, mi prieto. Porque no quiero perderte.

—No me vas a perder.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Pero había algo en la manera en que María lloraba, algo en la manera en que se aferraba a él, que le daba miedo. Era como si supiera algo que él no sabía, como si pudiera ver el futuro y no le gustara lo que veía.

Esa noche, Joaquín soñó que María se iba. Soñó que se levantaba de la cama, se vestía en silencio, y se iba caminando hacia el río. En el sueño, él trataba de seguirla, pero no podía moverse, no podía gritar, no podía hacer nada más que verla alejarse.

Despertó cuando ya era de madrugada, con el corazón latiendo muy fuerte. María estaba ahí, a su lado, respirando despacio. Pero había algo diferente en la manera en que dormía, algo que lo hizo sentir que el sueño no había sido nomás un sueño.

Se levantó y salió a la enramada. El aire olía a jazmín, a tierra húmeda, a cosas que crecen en la oscuridad. A lo lejos se oían los últimos ecos de la fiesta, los últimos gritos de los hombres que no querían que terminara la alegría.

Pero para Joaquín, la fiesta ya había terminado. Había terminado en el momento en que María le pidió perdón por algo que no había hecho, en el momento en que lloró como si ya estuviera despidiéndose.

Lo que no sabía era que María sí tenía algo que contarle. Lo que no sabía era que el secreto que la carcomía había nacido precisamente ahí, en el Rancho Verde, seis años atrás, cuando ella apenas tenía catorce años y él todavía no sabía que existía.

Lo que no sabía era que la herrada de San Juan había sido el principio de todo, el momento en que se había plantado la semilla de la desgracia que ahora los estaba matando a los dos.

Y mientras él miraba las estrellas, pensando en sueños que daban miedo, María fingía dormir, cargando con la verdad que no podía decir, con la culpa que no podía confesar, con el amor que no podía salvar.

Porque hay verdades que son como fuego, que queman todo lo que tocan. Y la verdad de María era de esas.

CAPÍTULO VI

EL TORO PRIETO

El toro prieto llegó al amanecer, cuando el rocío todavía brillaba en los pastos como lágrimas de la noche. Don Juan Villalobos lo había comprado en la feria de Guadalajara, y traía fama de bravo, de los que no se dejan montar ni marcar sin pelear hasta la muerte. Era un animal hermoso, negro como la brea, con los cuernos largos y puntiagudos como navajas, y una mirada que prometía desgracia.

—Ese toro va a dar guerra —dijo Lorenzo, mirándolo desde la cerca del corral—. Tiene los ojos del diablo.

Joaquín se había levantado temprano para ir a ayudar en la herrada que don Juan había dejado pendiente. María todavía dormía cuando se fue, envuelta en el rebozo azul que ahora usaba hasta para dormir, como si fuera un sudario que la protegiera de algo que nomás ella podía ver. La había besado en la frente, y ella había murmurado algo que él no entendió, algo que sonaba a despedida.

—¿Qué dijiste, María?

—Nada, mi prieto. Que te cuides.

—¿Cuidarme de qué?

—De todo. De la vida.

Ahora, parado frente al corral, Joaquín se acordaba de esas palabras. María siempre decía cosas raras, como si supiera lo que iba a pasar antes de que pasara. Como si tuviera ojos para ver el futuro, ojos que dolían de tanto ver.

—¿Quién se anima con el toro prieto? —preguntó don Juan, con esa voz suya que se oía desde lejos.

Los hombres se miraron unos a otros. Todos sabían que ese animal no era como los otros. Tenía algo en la manera de moverse, algo en la manera de mirar, que daba miedo. Era como si supiera que había nacido para lastimar, para cobrar alguna deuda que los hombres habían contraído con la desgracia.

—Yo me animo, patrón —dijo Ramón, el hijo mayor de don Juan.

—No, mijo. Tú no. Ese toro tiene malas intenciones.

—¿Entonces quién?

Joaquín se oyó decir:

—Yo.

Las palabras le salieron solas, como si alguien más las hubiera dicho. Todos voltearon a verlo, y él mismo se sorprendió de haber hablado. Pero ahí estaba, parado frente al corral, con la reata en las manos y el corazón latiendo como tambor de guerra.

—¿Estás seguro, muchacho?

—Sí, don Juan. Estoy seguro.

No estaba seguro. Había algo en el aire, algo que olía a peligro, a sangre, a cosas que no debían pasar. Pero ya había hablado, y los hombres lo estaban mirando, esperando a ver si era de los que hablan mucho o de los que cumplen lo que dicen.

—Pues ándale, entonces. Pero ten cuidado. Ese animal tiene el diablo adentro.

Joaquín se subió a la cerca del corral. El toro prieto lo miró desde abajo, con esos ojos que parecían dos pozos negros. No mugía, no se movía, nomás miraba. Era como si estuviera esperando, como si supiera que ese momento tenía que llegar.

—¡Échenle la reata!

Joaquín aventó el lazo, y el toro se dejó enlazar como si fuera lo más natural del mundo. Pero cuando sintió la soga en el cuello, algo cambió en él. Se puso tieso, como si toda la fuerza del mundo se le hubiera metido en el cuerpo, y empezó a caminar hacia donde estaba Joaquín con una lentitud que daba más miedo que si hubiera venido corriendo.

—¡Bájese, compadre! ¡Ese toro no está bien!

Pero Joaquín ya no podía bajarse. El toro había empezado a tronar la reata, y él tenía que sostenerla o quedar como cobarde delante de todos los hombres. Había algo en su orgullo, algo que no lo dejaba soltar, aunque supiera que debía hacerlo.

El toro prieto se paró en el centro del corral y miró hacia arriba, hacia donde estaba Joaquín. Después hizo algo que ningún toro debía hacer: sonrió. Fue una sonrisa torcida, como de persona mala, como de alguien que sabe que va a ganar la pelea antes de empezarla.

—¡Cuidado, Joaquín!

El toro arremetió contra la cerca con una fuerza que parecía venir del mismísimo infierno. Los maderos crujieron como huesos que se rompen, y Joaquín sintió que se iba hacia atrás, que perdía el equilibrio, que el mundo se le volteaba como cuando uno se marea de tanto dar vueltas.

Cayó dentro del corral, y el toro prieto estaba ahí, esperándolo. No se movía, nomás miraba, como si quisiera que Joaquín se diera cuenta de lo que iba a pasar. Como si quisiera que tuviera tiempo de sentir miedo, de arrepentirse, de pensar en todas las cosas que no iba a poder hacer.

—¡Sálgase de ahí, compadre!

Joaquín trató de levantarse, pero el toro ya venía hacia él. Venía despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo, como si supiera que no había prisa porque el final ya estaba escrito. Sus pezuñas sonaban contra la tierra como pasos de muerte, como latidos de un corazón que se detiene.

El cuerno le entró por debajo del brazo izquierdo, entre las costillas, buscando el corazón como si supiera exactamente dónde tenía que ir. Joaquín sintió que algo se rompía adentro, algo que no se podía componer, algo que se derramaba como agua que se sale del cántaro.

El dolor fue como un rayo que le atravesó todo el cuerpo. Pero más que el dolor, fue el sonido. El sonido de su propia carne que se rasgaba, de sus propios huesos que se quebraban, de su propia sangre que se derramaba sobre la tierra seca.

—¡Mátenlo! ¡Maten al toro!

Los hombres gritaban, corrían, trataban de entrar al corral. Pero el toro prieto no se movía. Tenía a Joaquín ensartado en el cuerno, y lo miraba a los ojos, como si quisiera ver cómo se le iba la vida, como si quisiera ser testigo del momento exacto en que la muerte se lo llevara.

—María —murmuró Joaquín, y fue como si hubiera dicho una oración.

El toro lo soltó entonces, y él cayó sobre la tierra como un costal vacío. La sangre le salía a borbotones, haciendo un charco que se extendía como una sombra roja. Tenía los ojos abiertos, pero ya no veía el corral, ni a los hombres que corrían hacia él, ni al toro que se alejaba despacio, como si su trabajo estuviera terminado.

Veía a María. La veía como la había visto esa mañana, envuelta en el rebozo azul, con la cara de quien sabe que algo malo va a pasar. La veía como si fuera un ángel que había venido a buscarlo, como si fuera la última cosa hermosa que iba a ver en esta vida.

—¡Lleven a María! ¡Que venga María!

Don Juan había tomado el mando, gritando órdenes que los hombres obedecían sin pensar. Alguien montó a caballo y salió a escape hacia el pueblo. Alguien más trajo trapos para tratar de parar la sangre. Alguien más mató al toro prieto de un balazo en la cabeza.

Pero Joaquín ya no oía nada. Estaba en ese lugar entre la vida y la muerte, donde el tiempo no existe, donde las cosas que van a pasar ya pasaron, donde las cosas que pasaron todavía no terminan de pasar.

María llegó corriendo, con el vestido desgarrado por las espinas del camino, con el pelo suelto como una loca, con los ojos que ya no eran ojos sino dos heridas abiertas en la cara. Se tiró junto a él en la tierra, sin importarle la sangre, sin importarle nada más que tratar de mantenerlo vivo con la fuerza de su amor.

—No te vayas, mi prieto. No te vayas, por favor.

—María... —La voz de Joaquín era como el viento que pasa por las hojas secas—. María, tengo que decirte algo.

—No hables, mi prieto. Guarda las fuerzas.

—Tengo que decirte... que te quiero. Que siempre te voy a querer.

—Y yo a ti, mi prieto. Siempre.

Los hombres habían hecho una camilla con palos y sarapes. Tenían que llevarlo al pueblo, a la casa del doctor Camacho, aunque todos sabían que el doctor Camacho no podía hacer nada contra una cornada como esa. Tenían que llevarlo a la ciudad, a un hospital de verdad, pero la ciudad quedaba lejos, muy lejos.

—¿Cómo lo vamos a llevar? —preguntó don Juan—. No va a aguantar el camino.

—Hay que llevarlo como sea —dijo María, con una voz que no parecía suya—. Aunque se muera en el camino.

—María, el muchacho está muy mal. Tal vez sea mejor...

—¡No! ¡No se va a morir! ¡No lo voy a dejar!

Fue entonces cuando apareció don Roberto. Don Roberto Mendoza, el hijo del alcalde, el hombre que tenía el carro más grande del pueblo, el que había estudiado en la capital y había vuelto con aires de señor. Un hombre que siempre miraba a María de una manera que a Joaquín no le gustaba, como si fuera algo que él pudiera comprar.

—¿Qué pasó aquí?

—Al muchacho lo corneó el toro prieto —explicó don Juan—. Está muy mal. Hay que llevarlo a la ciudad.

Don Roberto se acercó a ver a Joaquín, y algo cambió en su cara. No era lástima lo que se le veía, sino algo más complicado, algo que tenía que ver con oportunidades que se presentan cuando uno menos las espera.

—¿Quién lo va a llevar?

—Pues nosotros, pero...

—Yo lo llevo —dijo don Roberto—. Tengo el carro, tengo gasolina. Puedo llevarlo ahora mismo.

María lo miró con una expresión que Joaquín no pudo descifrar. Había algo en sus ojos, algo que parecía miedo, pero también algo que parecía reconocimiento, como si hubiera visto a don Roberto antes, como si lo conociera de algún lugar que no quería recordar.

—¿Usted lo llevaría?

—Claro. Pero tendría que ir alguien con él. Alguien que lo cuidara en el camino.

—Yo voy —dijo María sin dudar.

—¿Nada más usted?

—Nada más yo.

Don Roberto sonrió, y su sonrisa fue como la del toro prieto, como si supiera algo que los demás no sabían.

—Pues vámonos, entonces. No hay tiempo que perder.

Los hombres cargaron a Joaquín hasta el carro de don Roberto. Era un carro grande, negro, que brillaba como si fuera nuevo. María se subió atrás, con la cabeza de Joaquín en su regazo, sintiendo cómo se le escapaba la vida gota a gota.

—¿Está listo? —preguntó don Roberto.

—Sí. Vámonos.

El carro arrancó levantando una nube de polvo. Los hombres se quedaron parados en el corral, viendo cómo se alejaba, sintiendo que algo había terminado para siempre. El toro prieto estaba tirado en un rincón, con los ojos abiertos, pero ya no miraba nada. Ya había hecho lo que tenía que hacer.

—¿Cree que se salve? —preguntó Lorenzo.

—Dios dirá —respondió don Juan—. Pero ese muchacho está muy mal. Muy mal.

En el carro, María abrazaba a Joaquín, tratando de mantenerlo despierto, tratando de mantenerlo vivo. Cada vez que cerraba los ojos, ella le hablaba, le decía cosas bonitas, le prometía que todo iba a estar bien.

—¿Cómo se siente? —preguntó don Roberto desde adelante.

—Mal. Muy mal. ¿Cuánto falta?

—Unas dos horas. Tal vez tres.

—¿Aguantará?

Don Roberto miró por el espejo, y María vio que tenía una expresión extraña, como si estuviera pensando en algo que no tenía que ver con llevar a un hombre herido al hospital.

—Eso depende de él. Y de usted.

—¿De mí?

—De lo que esté dispuesta a hacer para salvarlo.

María sintió que se le helaba la sangre. Había algo en la manera en que don Roberto lo había dicho, algo que le hacía recordar cosas que había tratado de olvidar. Cosas que habían pasado hacía mucho tiempo, cuando ella era una niña y él era un hombre que tenía poder sobre la vida y la muerte.

—¿Qué quiere decir?

—Nada. Nomás que a veces la vida de una persona depende de los sacrificios que otros están dispuestos a hacer.

Joaquín abrió los ojos y miró a María. Había algo en su mirada, algo que decía que sabía lo que estaba pasando, que entendía el precio que don Roberto estaba poniendo por salvarle la vida.

—María —murmuró—. María, no.

—Shh, mi prieto. No hables. Guarda las fuerzas.

—María, no hagas nada. Déjame morir.

—No te vas a morir. No lo voy a permitir.

Pero había algo en la manera en que lo dijo, algo que sonaba a despedida, algo que sonaba a que ya había decidido qué precio estaba dispuesta a pagar por mantenerlo vivo.

El carro siguió avanzando por el camino polvoroso, llevando a un hombre que se moría, a una mujer que se estaba muriendo por dentro, y a otro hombre que había encontrado la manera de cobrar una deuda muy vieja, muy dolorosa.

Y mientras tanto, el toro prieto seguía tirado en el corral, con los ojos abiertos, como si todavía pudiera ver el futuro, como si supiera que su trabajo apenas había empezado, que la cornada había sido nomás el principio de una desgracia que iba a durar mucho tiempo.

Porque hay heridas que no se curan con médicos ni con medicinas. Hay heridas que nomás se curan con sangre, con lágrimas, con pedazos de alma que se van quedando en el camino.

Y la herida que el toro prieto le había hecho a Joaquín no era nomás en el cuerpo. Era en el corazón, en la vida, en todo lo que había sido y ya no iba a ser nunca más.

CAPÍTULO VII

EL GALOPE MALDITO

El carro se detuvo en la mitad del camino, donde la vereda se bifurca hacia la cuesta del cerro y hacia la barranca del Cristo. Don Roberto apagó el motor y el silencio se volvió pesado, como si el mundo entero hubiera dejado de respirar. María sintió que algo se rompía en su pecho cuando vio que no era la ciudad lo que se extendía ante ellos, sino el mismo paisaje seco y polvoroso que conocía desde niña.

—¿Por qué paramos aquí? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta, aunque ya sentía el miedo trepándole por las venas como una culebra fría.

Don Roberto se volvió hacia ella, y en sus ojos había algo que no era compasión, sino hambre. Una hambre vieja, que había estado esperando el momento exacto para salir, como los animales que esperan en la oscuridad hasta que la presa está herida y no puede defenderse.

—Porque aquí es donde vamos a hablar, María. Donde vamos a arreglar las cosas.

Joaquín gimió en su regazo, y ella sintió cómo la sangre le manchaba el vestido, cómo se le escapaba la vida gota a gota. Tenía los ojos entreabiertos, pero ya no veía nada, como si estuviera en ese lugar donde los moribundos van a esperar que la muerte se decida a llevarlos.

—Él se está muriendo —murmuró María—. Tenemos que llevarlo al hospital.

—Sí, se está muriendo. Y yo soy el único que puede salvarlo.

—¿Qué quiere decir?

Don Roberto se bajó del carro y caminó hacia el lado donde ella estaba. Abrió la puerta despacio, como si fuera una ceremonia, como si cada movimiento tuviera un significado que nomás él conocía.

—Quiero decir que puedo llevarlo a la ciudad y que llegue vivo. O puedo seguir manejando muy despacio, parándome cada rato, hasta que se desangre aquí mismo, en mis brazos.

María lo miró sin entender todavía, aunque algo en su estómago ya sabía, aunque algo en su memoria ya estaba recordando. Había algo en la manera en que don Roberto la miraba, algo que la regresaba a cuando tenía catorce años y él era el hombre más poderoso del pueblo, el hombre que podía hacer que las cosas pasaran o que no pasaran.

—¿Qué quiere de mí?

—Lo mismo que quería hace seis años, María. Lo mismo que me negaste entonces.

Las palabras cayeron como piedras en agua quieta, haciendo ondas que se extendían hasta tocar los rincones más oscuros de la memoria. María se acordó de golpe: la herrada de San Juan de hace seis años, cuando ella era una niña que apenas empezaba a ser mujer, cuando don Roberto la había llevado a caminar hacia el río y le había dicho cosas que una niña no debía oír.

—Usted... usted ya se había olvidado de eso.

—Uno no se olvida de las cosas importantes, María. Sobre todo cuando lo humillan a uno delante de medio pueblo.

—Yo no lo humillé. Yo nomás le dije que no.

—Me dijiste que no y después te fuiste corriendo, gritando como una loca. Todo el pueblo se enteró de que don Roberto Mendoza había tratado de propasarse con una escuincla.

María se acordaba de ese día como si fuera una pesadilla que se repite. Se acordaba de las manos de don Roberto, de su aliento que olía a aguardiente, de sus palabras que sonaban a promesas y a amenazas al mismo tiempo. Se acordaba de cómo había corrido hacia el río, con el vestido desgarrado, con el miedo metido en los huesos como una fiebre que no se quita.

—Yo era una niña —susurró.

—Eras una niña muy bonita. Y ahora eres una mujer muy bonita. Una mujer casada, con un marido que se está muriendo.

Joaquín se movió en su regazo, y María vio que tenía los ojos abiertos, que los tenía fijos en ella con una expresión que partía el corazón. Era como si entendiera todo lo que estaba pasando, como si supiera que su vida dependía de lo que ella fuera a decidir.

—María —murmuró con una voz que apenas se oía—. María, no.

—Shh, mi prieto. No hables. Todo va a estar bien.

—No hagas nada por mí. Déjame morir.

—No te vas a morir. Te lo prometo.

Don Roberto sonrió, y su sonrisa fue como una navaja que corta despacio.

—Muy bonito, muy tierno. Pero las promesas no detienen la sangre, María. Las promesas no salvan vidas.

—¿Qué quiere?

—Ya te dije. Lo mismo que quería hace seis años. Una noche. Una sola noche.

—¿Una noche?

—Conmigo. En mi casa. Sin prisas, sin miedo, sin que nadie nos moleste.

María sintió que la tierra se abría bajo sus pies, que se caía en un pozo negro del que no iba a poder salir nunca. Había algo en la manera en que don Roberto lo decía, algo que hablaba de planes que había estado haciendo durante años, de una venganza que había estado cocinando a fuego lento.

—Y si no acepto, ¿qué?

—Si no aceptas, seguimos manejando muy despacio. Paramos cada rato para que yo descanse. Llegamos a la ciudad cuando ya sea demasiado tarde.

—Eso sería asesinato.

—Eso sería mala suerte. Un hombre que se desangra porque el camino es muy largo y el carro es muy viejo.

Joaquín trató de incorporarse, pero no tenía fuerzas. La sangre le salía a borbotones, manchando el asiento del carro, manchando el vestido de María, manchando todo lo que había sido puro en sus vidas.

—María —dijo con una voz que era como el viento que pasa por las hojas secas—. María, mírame.

Ella lo miró, y vio que tenía los ojos llenos de una tristeza que no era nomás por la muerte, sino por algo más profundo, algo que tenía que ver con el amor que se rompe cuando se enfrenta a la realidad.

—¿Qué es lo que nunca me dijiste?

—¿Qué?

—Lo que pasó hace seis años. Lo que te hizo llorar tantas veces. Lo que te hizo tener miedo de que me fuera.

María se quedó callada. Había algo en la manera en que Joaquín la miraba, algo que decía que ya sabía, que siempre había sabido, que nomás estaba esperando que ella se decidiera a contarle la verdad.

—¿Ya sabías?

—Sospechaba. Había cosas que no cuadraban. Cosas que decías, cosas que hacías. La manera en que te ponías cuando veías a don Roberto.

—¿Y por qué no me preguntaste?

—Porque te quería. Porque pensé que si era importante, me lo ibas a decir algún día.

Don Roberto se acercó más, y María pudo oler su perfume caro, su agua de colonia que no podía esconder el olor a sudor, a impaciencia, a cosas que llevan mucho tiempo pudriéndose por dentro.

—¿Ya terminaron de platicar? Porque el tiempo se está acabando.

—Él ya sabe —dijo María—. Ya sabe lo que pasó.

—¿Sabe qué? ¿Sabe que lo rechazaste? ¿O sabe que después cambiaste de opinión?

Las palabras le pegaron como una bofetada. María sintió que se le helaba la sangre, que se le paraba el corazón, que el mundo se le volvía al revés como cuando uno se marea de tanto dar vueltas.

—¿Qué está diciendo?

—Que sé más cosas de las que crees, María. Que sé de las veces que fuiste a mi casa cuando tu marido no estaba. Que sé de las veces que te quedaste hasta muy tarde, hasta muy noche.

—Eso no es cierto.

—¿No? ¿Entonces quién era la mujer que iba a mi casa los jueves por la tarde? ¿La que entraba por la puerta de atrás, la que se cuidaba mucho de que no la vieran?

María se quedó sin palabras. Había algo en la manera en que don Roberto lo decía, algo que sonaba a verdad aunque fuera mentira, algo que sonaba a certeza aunque fuera pura invención.

—Yo nunca fui a su casa.

—Claro que fuiste. Fuiste porque te gustaba. Porque por más que te hagas la inocente, tienes sangre caliente, tienes hambre de cosas que tu marido no te puede dar.

Joaquín cerró los ojos, como si no quisiera oír más, como si prefiriera morirse antes que escuchar cómo se destruía todo lo que había creído cierto. Pero María sabía que estaba escuchando, que cada palabra se le metía en el corazón como un clavo que se hunde despacio.

—No le haga caso, mi prieto. Está mintiendo.

—¿Estoy mintiendo? ¿Entonces por qué tienes tanto miedo? ¿Por qué tiemblas como si fueras culpable?

—Porque está usted diciendo cosas horribles. Porque está usted lastimando a mi marido.

—Tu marido se está muriendo, María. Y yo soy el único que puede salvarlo. Pero tienes que decidirte rápido, porque la sangre no espera.

María miró a Joaquín, y vio que tenía los ojos abiertos, que la estaba mirando con una expresión que no era de reproche, sino de comprensión. Era como si entendiera que no había opciones, que no había caminos que

no llevaran a la desgracia, que no había manera de salir de ahí sin que algo se rompiera para siempre.

—¿Qué quiere que haga?

—Que me digas que sí. Que me digas que aceptas. Que me digas que una noche conmigo es precio justo por la vida de tu marido.

—¿Y después qué? ¿Después me va a dejar en paz?

—Después vamos a estar a mano. Después ya no voy a tener que recordar que me humillaste delante de todo el pueblo.

María se quedó callada por un momento muy largo. Podía oír el viento que pasaba por los matorrales, el zumbido de las moscas que ya habían olido la sangre, el latido de su propio corazón que sonaba como tambores de muerte.

—¿Joaquín? —susurró—. ¿Joaquín, me oyes?

—Te oigo, María.

—¿Qué quieres que haga?

—Lo que tú creas que está bien.

—¿Aunque sea esto?

—Aunque sea esto.

Don Roberto se rio, y su risa fue como el graznido de un zopilote que ha encontrado carroña fresca.

—¡Qué bonito! ¡Qué tierno! El marido que le da permiso a la mujer para que se acueste con otro hombre. Eso sí que es amor.

—Cállese —murmuró María—. Cállese la boca.

—No me voy a callar. Me voy a reír. Me voy a reír de los dos, del que se está muriendo y de la que se va a acostar conmigo para salvarlo.

María sintió que algo se rompía adentro, algo que había estado sosteniéndola durante todos estos años. Era como si hubiera estado cargando un peso muy grande, y de pronto ya no pudiera más, de pronto tuviera que soltarlo aunque se hiciera pedazos contra el suelo.

—Está bien —dijo con una voz que no parecía suya—. Acepto.

—¿Qué aceptas?

—Lo que me está pidiendo. Una noche. Una sola noche.

—¿Y después?

—Después me lleva a mi marido al hospital. Después nos deja en paz.

Don Roberto sonrió, y su sonrisa fue como la del diablo cuando consigue que alguien le venda el alma.

—Después vamos a ver qué pasa, María. Después vamos a ver si una noche es suficiente o si necesitamos más.

—¿Más?

—Más noches. Más tardes. Más veces en que tu marido esté trabajando y tú estés sola en la casa.

María se dio cuenta entonces de que había caído en una trampa, de que don Roberto nunca había tenido intención de conformarse con una noche, de que lo que quería era tenerla para siempre, como si fuera una cosa que se compra y se guarda.

—Usted me prometió...

—Yo no te prometí nada. Yo te dije que una noche era precio justo por la vida de tu marido. Pero no dije que iba a ser la única noche.

Joaquín abrió los ojos y miró a María con una expresión que era como si ya estuviera muerto, como si su alma ya se hubiera ido a algún lugar donde no podía oír las palabras que la estaban matando.

—María —murmuró—. María, no lo hagas.

—¿Qué?

—No lo hagas. Déjame morir.

—No te vas a morir. No lo voy a permitir.

—Es peor vivir así. Es peor vivir sabiendo que...

—¿Sabiendo qué?

—Sabiendo que te vendiste por salvarme. Sabiendo que te van a lastimar por mi culpa.

María se inclinó sobre él y le puso la mano en la cara. Tenía la piel fría, como si ya fuera un muerto, como si ya no le quedara sangre en las venas.

—¿Tú me vas a seguir queriendo?

—Te voy a querer siempre, María. Pase lo que pase.

—¿Aunque haga esto?

—Aunque hagas esto.

—¿Aunque después no sea la misma?

—Vas a ser la misma. Para mí siempre vas a ser la misma.

Don Roberto se subió al carro y prendió el motor. El ruido sonó como un rugido de bestia que despierta después de haber estado esperando mucho tiempo.

—¿Ya terminaron? Porque si ya decidiste, vamos a la ciudad. Si no, nos regresamos al pueblo y ahí se muere tu marido.

María miró hacia el horizonte, hacia donde el sol se estaba poniendo como si también fuera a morir. Había algo en el aire, algo que olía a finales, a cosas que terminan, a vidas que se cambian para siempre.

—Vamos a la ciudad —dijo con una voz que sonaba como si viniera de muy lejos—. Pero antes quiero decirle algo a mi marido.

—¿Qué le quieres decir?

—Que lo quiero. Que siempre lo voy a querer. Que lo que voy a hacer no cambia eso.

—¿Y qué más?

—Que me perdone. Que me perdone por lo que voy a hacer, y que me perdone por lo que nunca le dije.

—¿Qué nunca le dijiste?

María se quedó callada. Había algo que se le había quedado atorado en la garganta durante todos estos años, algo que había querido decir pero nunca había podido. Era como si hubiera estado cargando una piedra muy pesada, y ya fuera hora de soltarla.

—Que sí fui a su casa —murmuró—. Que sí fui, pero no por lo que él cree.

—¿Por qué fuiste?

—Porque me amenazó. Porque me dijo que si no iba, le iba a decir a todo el pueblo que yo era una cualquiera. Porque me dijo que le iba a hacer daño a Joaquín.

Don Roberto se rio, pero su risa ya no sonaba tan segura, ya no sonaba tan victoriosa.

—¿Y qué pasó cuando fuiste?

—Nada. Nomás me hizo sentarme en su sala y me estuvo viendo. Como si fuera un animal en una jaula. Como si fuera algo que había comprado y quería ver si le había salido bueno.

—¿Nada más?

—Nada más. Pero me daba tanto miedo, tanto asco, que después no podía dormir. No podía comer. No podía ser la misma de antes.

Joaquín abrió los ojos, y María vio que tenía lágrimas, que le rodaban por las mejillas como si fuera un río que se desborda.

—¿Por qué no me dijiste?

—Porque tenía miedo de que te fueras. Porque tenía miedo de que creyeras que había pasado algo más.

—¿Cuántas veces fuiste?

—Tres veces. Tres veces en seis años. Y cada vez que fui, me moría un poquito por dentro.

Don Roberto ya no se reía. Había algo en su cara que había cambiado, algo que hablaba de planes que no habían salido como él quería.

—¿Ya terminaron de platicar? Porque el hospital cierra a las ocho.

—Terminamos —dijo María—. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que después de esta noche, nos deje en paz. Que se olvide de nosotros. Que nos deje vivir.

—¿Y si no acepto?

—Entonces prefiero que mi marido se muera. Prefiero que se muera antes que vivir toda la vida con miedo.

Don Roberto la miró por un momento muy largo. Había algo en los ojos de María, algo que no había visto antes, algo que hablaba de una mujer que había encontrado su fuerza en el momento más desesperado.

—Está bien —dijo finalmente—. Una noche. Y después paz.

—¿Me lo promete?

—Te lo prometo.

Pero había algo en la manera en que lo dijo, algo que sonaba a mentira, algo que sonaba a que las promesas de los hombres como don Roberto no valen nada cuando se trata de cosas que quieren mucho.

El carro arrancó hacia la ciudad, llevando a un hombre que se moría, a una mujer que se estaba muriendo por dentro, y a otro hombre que había conseguido lo que quería, pero que no sabía que algunas victorias cuestan más de lo que valen.

Y mientras el carro se alejaba levantando polvo, el viento siguió soplando por la cuesta del cerro, llevándose las palabras que se habían dicho, las promesas que se habían hecho, los pedazos de vida que se habían perdido en el camino.

Porque hay caminos que no llevan a ningún lado bueno, aunque uno crea que va hacia la salvación. Hay caminos que nomás llevan a lugares más oscuros, más solos, más llenos de cosas que no se pueden olvidar.

CAPÍTULO VIII

SANGRE EN LA BARRANCA

El hospital olía a muerte y a desinfectante, a cosas que se pudren por dentro aunque se laven por fuera. María se había quedado en el pasillo, sentada en una silla de madera que rechinaba cada vez que se movía, esperando noticias de Joaquín que no llegaban nunca, que se hacían esperar como si fueran una tortura más que le habían puesto encima.

Don Roberto había desaparecido cuando llegaron. Se había ido sin decir nada, nomás había ayudado a bajar a Joaquín del carro y después se había esfumado como si fuera humo, como si nunca hubiera existido. Pero María sabía que iba a volver, que iba a cobrar lo que creía que ella le debía, que iba a aparecer cuando menos lo esperara.

—¿Señora Medina? —La voz del doctor la sacó de sus pensamientos como un grito que despierta a los muertos.

—Sí, doctor. ¿Cómo está mi marido?

El doctor Herrera era un hombre flaco, con los ojos hundidos de tanto ver cosas que no se podían componer. Tenía las manos manchadas de sangre, y cuando habló, su voz sonaba como si viniera de muy lejos.

—Está vivo. Pero muy mal. Perdió mucha sangre. El cuerno le perforó el pulmón, le rompió dos costillas.

—¿Se va a salvar?

—No lo sé. Las siguientes horas van a ser decisivas. Necesita sangre, necesita cuidados, necesita que Dios quiera que viva.

María se quedó callada. Había algo en la manera en que el doctor lo decía, algo que sonaba a que ya había decidido que Joaquín se iba a morir, que nomás estaba esperando el momento.

—¿Puedo verlo?

—Puede verlo, pero no puede hablarle. Está sedado. Está en el lugar donde los heridos van a pelear contra la muerte.

La llevó por un pasillo largo, con las paredes pintadas de verde pálido, con el piso que sonaba como si fuera el eco de todos los pasos que habían caminado ahí antes. Habían caminado enfermos, habían caminado familias que venían a despedirse, habían caminado doctores que ya no sabían qué hacer para detener la muerte.

Joaquín estaba en una cama blanca, con tubos que le salían del cuerpo como si fuera una planta rara que alguien hubiera tratado de mantener viva a puras medicinas. Tenía la cara del color de la cera, los labios morados, los ojos cerrados como si ya no quisiera ver el mundo.

—¿Joaquín? —susurró María—. ¿Joaquín, me oyes?

Él no respondió. Estaba en ese lugar donde los moribundos van a esperar, donde el tiempo no existe, donde las cosas que van a pasar ya pasaron.

—Hablarle le puede hacer bien —dijo el doctor—. A veces los que están así pueden oír, aunque no puedan responder.

María se sentó junto a la cama y le tomó la mano. Estaba fría, como si ya no fuera la mano de un hombre vivo, como si fuera la mano de alguien que se había ido pero que todavía no terminaba de irse.

—Mi prieto —murmuró—. Mi prieto, tienes que pelear. Tienes que quedarte conmigo. Tienes que vivir.

Afuera había empezado a llover, y el sonido de la lluvia contra las ventanas era como el llanto de todas las mujeres que habían perdido a sus hombres, como el llanto de todas las que sabían que los iban a perder.

—Señora Medina —dijo una voz detrás de ella.

María se volvió y vio a una enfermera joven, con la cara cansada de tanto ver dolor, de tanto limpiar sangre, de tanto tratar de mantener viva a gente que ya se quería morir.

—Sí, dígame.

—Hay un señor que la busca. Dice que la tiene que ver urgente.

María sintió que se le helaba la sangre. Sabía quién era sin necesidad de preguntar, sabía que don Roberto había venido a cobrar lo que creía que ella le debía.

—¿Dónde está?

—En el estacionamiento. Dice que la espera en el carro.

María miró a Joaquín, que seguía inmóvil, que seguía peleando contra la muerte sin saber que su mujer estaba a punto de vender su alma para mantenerlo vivo.

—¿Puede quedarse con él? ¿Puede cuidarlo mientras yo voy a ver qué quiere ese hombre?

—Claro, señora. Pero no se tarde. Los enfermos necesitan a su familia cerca.

María salió del hospital caminando como si fuera a su propia ejecución. Afuera había dejado de llover, pero el aire todavía olía a agua, a tierra mojada, a cosas que se lavan pero que no se limpian.

Don Roberto estaba recargado en su carro, fumando un cigarro que brillaba en la oscuridad como si fuera el ojo de un demonio. Cuando la vio llegar, sonrió, y su sonrisa fue como una navaja que se abre despacio.

—¿Cómo está tu marido?

—Mal. Muy mal. Pero va a vivir.

—¿Segura?

—Segura.

—Pues entonces ya es hora de que cumplas tu parte del trato.

María se quedó parada a unos metros de él, sin acercarse, como si hubiera una línea invisible que no se atrevía a cruzar.

—¿Aquí? ¿Ahora?

—No aquí. En mi casa. Como debe ser.

—¿Y si no voy?

—Ya sabes qué pasa si no vas. Tu marido se queda sin medicina, sin cuidados, sin las cosas que necesita para vivir.

María sintió que se le cerraba la garganta, que se le hacía un nudo en el estómago, que se le llenaban los ojos de lágrimas que no quería derramar.

—¿Cuándo?

—Ahora. Nos vamos ahora.

—¿A su casa?

—A mi casa. Donde nadie nos va a molestar. Donde nadie va a oír nada.

Había algo en la manera en que lo dijo, algo que sonaba a amenaza, algo que hablaba de cosas que iban a pasar y que no iban a ser nomás lo que habían acordado.

—¿Y después?

—Después te traigo de vuelta. Después puedes seguir cuidando a tu marido.

—¿Y nos va a dejar en paz?

—Te dije que sí. Te dije que después de esta noche, íbamos a estar a mano.

Pero había algo en sus ojos, algo que decía que estaba mintiendo, que no tenía intención de cumplir lo que había prometido.

María se subió al carro sin decir nada más. Tenía las manos temblorosas, el corazón que le latía como si fuera a salirse del pecho, la boca seca como si hubiera estado comiendo tierra.

—¿Nerviosa? —preguntó don Roberto mientras arrancaba el carro.

—¿Usted qué cree?

—Creo que no tienes por qué estar nerviosa. Creo que va a ser una noche que no vas a olvidar.

—Ya no quiero hacerlo.

—Ya es muy tarde para arrepentirse, María. Ya hiciste el trato. Ya dijiste que sí.

El carro salió de la ciudad hacia el camino que llevaba a la casa de don Roberto. Era una casa grande, con jardines cuidados, con ventanas que brillaban como ojos que vigilan en la oscuridad. Una casa que María había visto desde lejos muchas veces, pero donde nunca había querido entrar.

—¿Sabes por qué escogí esta casa? —preguntó don Roberto mientras se estacionaba.

—No sé. Ni me importa.

—La escogí porque está lejos del pueblo. Porque aquí nadie puede oír nada. Porque aquí puedo hacer lo que se me dé la gana.

María se bajó del carro con las piernas que apenas la sostenían. Había algo en el aire, algo que olía a peligro, a cosas que no debían pasar, a finales que no iban a ser como ella se los había imaginado.

—¿Vamos adentro?

—Vamos.

La casa estaba oscura, con nomás una luz que se filtraba por las cortinas de la sala. Don Roberto prendió un quinqué que estaba en una mesa, y la luz bailó sobre las paredes como si fueran sombras que se movían.

—¿Quieres algo de tomar?

—No quiero nada.

—¿Segura? Te puede ayudar a relajarte.

—No me quiero relajar. Quiero que termine esto rápido.

Don Roberto se rio, y su risa sonó diferente, más oscura, más peligrosa.

—¿Rápido? No, María. No va a ser rápido. Va a ser despacio, muy despacio. Tengo seis años esperando esto.

María se quedó parada en el centro de la sala, sin saber qué hacer, sin saber hacia dónde moverse. Había algo en la manera en que don Roberto la miraba, algo que le daba más miedo que cuando era una niña.

—¿Qué quiere que haga?

—Que te quites la ropa.

—¿Qué?

—Que te quites la ropa. Toda. Quiero verte como Dios te trajo al mundo.

María sintió que se le revolvía el estómago, que se le subía la bilis a la garganta, que se le nublaba la vista como si fuera a desmayarse.

—No puedo.

—Sí puedes. Y lo vas a hacer. O tu marido se muere esta misma noche.

—Usted prometió...

—Yo prometí una noche. Y la noche apenas está empezando.

María se llevó las manos a los botones de la blusa, pero no podía moverlos. Era como si sus dedos se hubieran vuelto de piedra, como si su cuerpo se hubiera negado a obedecerle.

—No puedo —murmuró—. No puedo hacerlo.

—Sí puedes. Piensa en tu marido. Piensa en que se va a morir si no haces lo que te digo.

—¿Y si lo hago? ¿Y si hago todo lo que me pide? ¿Cómo sé que va a cumplir su palabra?

—No lo sabes. Pero es la única oportunidad que tienes.

Don Roberto se acercó a ella, y María pudo oler su aliento que olía a alcohol, a cigarros, a cosas que se pudren por dentro. Tenía los ojos brillantes, como si fuera un animal que ha olido sangre.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de ti, María?

—¿Qué?

—Que tienes miedo. Que sabes que no tienes opciones. Que sabes que tienes que hacer lo que yo quiera.

María se echó hacia atrás, pero don Roberto la siguió, acorralándola contra la pared como si fuera un animal que persigue a su presa.

—No me toque.

—¿No te toque? Pero si para eso viniste. Para que te toque, para que te haga cosas que tu marido no te puede hacer.

—Yo vine porque me obligó. Porque me amenazó.

—Viniste porque en el fondo quieres. Porque todas las mujeres como tú quieren, aunque se hagan las santas.

Don Roberto le puso las manos en los hombros, y María sintió que se le helaba la sangre, que se le paraba el corazón, que se le iba el alma del cuerpo.

—¡No me toque!

—¿Por qué gritas? No hay nadie que te pueda oír. No hay nadie que te pueda ayudar.

María trató de zafarse, pero don Roberto era más fuerte, tenía las manos grandes, tenía la fuerza de un hombre que está acostumbrado a que las cosas se hagan como él quiere.

—¡Suélteme! ¡Suélteme o grito!

—Grita todo lo que quieras. Aquí nadie te va a oír.

Don Roberto la empujó hacia un sofá que estaba junto a la ventana. María se tropezó y cayó sentada, con el vestido desgarrado, con el corazón que le latía como si fuera a reventarse.

—¿Sabes qué es lo que más me gustaba de ti cuando eras niña?

—¿Qué?

—Que eras pura. Que no sabías nada de los hombres. Que tenías miedo.

—Sigo teniendo miedo.

—Bien. El miedo hace que las cosas sean más interesantes.

Don Roberto se desabrochó la camisa, y María vio que tenía el pecho peludo, sudado, con una cicatriz que le atravesaba el costado como si fuera la marca de alguna pelea muy vieja.

—¿Qué le parece si mejor hablamos? —dijo María con una voz que le temblaba—. ¿Qué le parece si me cuenta por qué me odia tanto?

—¿Odiarte? No te odio, María. Te quiero. Te he querido desde que eras una escuincla.

—Eso no es querer. Eso es otra cosa.

—¿Qué es, entonces?

—Eso es lastimar. Eso es querer tener algo que no es suyo.

Don Roberto se acercó más, y María pudo ver que tenía los ojos rojos, como si hubiera estado bebiendo, como si hubiera estado esperando este momento durante mucho tiempo.

—¿Sabes qué voy a hacer contigo?

—¿Qué?

—Te voy a quitar el vestido. Te voy a tocar hasta que te acostumbres. Te voy a hacer mía de la manera que debí hacerte hace seis años.

María sintió que algo se rompía adentro, algo que había estado sosteniéndola durante todos estos años. Era como si hubiera llegado al límite, como si ya no pudiera seguir fingiendo que era una mujer que se dejaba hacer cosas horribles.

—¿Sabe qué? —dijo con una voz que ya no sonaba a miedo, que sonaba a otra cosa, a algo más peligroso.

—¿Qué?

—Que ya me cansé.

—¿Te cansaste de qué?

—De tener miedo. De que me amenace. De que crea que puede hacer conmigo lo que se le dé la gana.

Don Roberto se rio, pero su risa ya no sonaba tan segura.

—¿Qué vas a hacer? ¿Me vas a gritar? ¿Me vas a arañar?

María se levantó del sofá despacio, como si fuera una mujer que acaba de decidir algo muy importante. Había algo en sus ojos, algo que no había estado ahí antes, algo que hablaba de fuerza que sale cuando ya no hay más opciones.

—¿Sabe qué voy a hacer?

—¿Qué?

—Me voy a ir. Me voy a ir de aquí, y si mi marido se muere, que se muera. Pero no voy a dejar que me toque.

—¿Te vas a ir? ¿Cómo te vas a ir? Estamos a veinte kilómetros del pueblo.

—Caminando. Corriendo. Como sea.

—No te vas a ir a ningún lado.

Don Roberto se acercó a ella y la agarró del brazo con tanta fuerza que María sintió que se lo iba a quebrar. Tenía los ojos de loco, la boca torcida como si fuera a morderla.

—¡Suélteme!

—No te voy a soltar. Viniste aquí a cumplir un trato, y lo vas a cumplir.

María trató de zafarse, pero don Roberto la aventó contra la pared con tanta fuerza que le pegó la cabeza contra la madera. Vio lucecitas, sintió que se le nublaba la vista, sintió que se le iba la fuerza de las piernas.

—¿Ahora sí entiendes? ¿Ahora sí entiendes que no tienes opciones?

—Entiendo que es usted un animal.

—Soy un hombre que va a tomar lo que es suyo.

Don Roberto la empujó hacia el sofá otra vez, pero esta vez María estaba lista. Cuando él se acercó, ella le pegó una patada en la entrepierna con toda la fuerza que tenía.

Don Roberto se dobló de dolor, gritando como si fuera un animal herido. María aprovechó para correr hacia la puerta, pero él la alcanzó antes de que pudiera salir.

—¡Maldita! ¡Maldita desgraciada!

La tiró al suelo y se le echó encima, con todo el peso del cuerpo, con las manos que buscaban desgarrarle el vestido. María se defendía como podía, arañándolo, pegándole, gritando aunque supiera que nadie la iba a oír.

—¡Quieta! ¡Estáte quieta!

—¡No! ¡No me va a tocar! ¡No lo voy a permitir!

Don Roberto le puso las manos en el cuello, apretando hasta que María sintió que se le cortaba la respiración, que se le nublaba la vista, que se le iba la vida.

—¿Ahora sí te vas a estar quieta?

María no podía hablar, no podía gritar, no podía hacer nada más que tratar de respirar. Pero con la poca fuerza que le quedaba, estiró la mano hacia la

mesa donde estaba el quinqué, buscando algo, cualquier cosa que pudiera usar para defenderse.

Sus dedos encontraron algo frío, algo que brillaba en la luz. Era un machete pequeño, de los que se usan para cortar leña, que don Roberto había dejado ahí después de trabajar en el jardín.

—¿Ya te cansaste de pelear?

María no respondió. Tenía la vista nublada, las manos temblorosas, el corazón que le latía como si fuera a parársele. Pero tenía el machete en la mano, y tenía la fuerza que sale cuando no hay más opciones.

Don Roberto se incorporó un poco, aflojando la presión en el cuello de María. Tenía los ojos brillantes, la boca abierta, la respiración agitada como si fuera un animal en celo.

—Ahora sí te voy a enseñar lo que es un hombre de verdad.

Fue entonces cuando María levantó el machete y se lo hundió en el cuello, justo donde le latía la vena más grande. No fue un golpe pensado, no fue un golpe calculado. Fue un golpe desesperado, un golpe de mujer que ya no tenía miedo porque había encontrado algo más fuerte que el miedo.

La sangre salió como un río, manchando el vestido de María, manchando el piso, manchando todo lo que había sido puro en esa casa. Don Roberto se llevó las manos al cuello, tratando de detener la sangre, pero ya era demasiado tarde.

—¿Qué... qué hiciste?

—Lo que tenía que hacer.

Don Roberto se tambaleó hacia atrás, con los ojos muy abiertos, con la boca que se abría y se cerraba como si fuera un pez que se ahoga. Tenía la cara del color de la cera, las manos rojas de sangre, la camisa empapada como si hubiera estado bajo la lluvia.

—Me... me mataste.

—No. Usted se mató solito. Usted se mató cuando decidió que podía hacer conmigo lo que se le diera la gana.

Don Roberto cayó de rodillas, y después hacia adelante, como si fuera un árbol que se derrumba. Su cabeza pegó contra el piso con un sonido seco, como si fuera una fruta que se revienta.

María se quedó parada, con el machete todavía en la mano, viendo cómo la sangre se extendía por el piso como si fuera una sombra que crecía. Había algo en el aire, algo que olía a muerte, a finales, a cosas que no se pueden deshacer.

—¿Don Roberto? —murmuró—. ¿Don Roberto?

Pero don Roberto ya no contestaba. Tenía los ojos abiertos, pero ya no miraban nada. Tenía la boca abierta, pero ya no respiraba. Tenía el cuerpo inmóvil, como si fuera una cosa que alguien había tirado en el suelo.

María se llevó las manos a la cara, y se dio cuenta de que tenía sangre en los dedos, sangre en la ropa, sangre en el alma. Había matado a un

hombre, había quitado una vida, había hecho algo que no se podía deshacer.

—¿Qué voy a hacer? —murmuró—. ¿Qué voy a hacer ahora?

La casa estaba en silencio, un silencio que se sentía pesado, que se sentía lleno de cosas que acababan de pasar. María se sentó en el suelo, junto al cuerpo de don Roberto, y se puso a llorar como no había llorado nunca, como si fuera una niña que ha perdido todo lo que tenía.

Lloró por Joaquín, que estaba peleando contra la muerte en un hospital lejano. Lloró por ella misma, que había tenido que matar para defenderse. Lloró por la vida que había sido y ya no iba a ser nunca más.

Después de un rato muy largo, se levantó y miró hacia la ventana. Afuera había empezado a amanecer, y la luz del sol se filtraba por las cortinas como si fuera el primer día del mundo. Pero para María, era el último día de la mujer que había sido.

Tenía que hacer algo con el cuerpo. Tenía que esconderlo, tenía que hacer que desapareciera, tenía que hacer que nadie supiera lo que había pasado. Porque si lo sabían, la iban a meter a la cárcel, la iban a juzgar, la iban a castigar por haber hecho lo que tenía que hacer.

Arrastró el cuerpo hacia la puerta trasera, hacia donde había un barranco que se perdía en la oscuridad. Era un barranco profundo, donde los animales muertos se iban a pudrir, donde las cosas que no se querían recordar iban a perderse para siempre.

El cuerpo de don Roberto cayó por el barranco haciendo un ruido sordo, como si fuera una piedra muy grande. María se asomó y vio que había quedado entre las piedras, en un lugar donde nadie lo iba a encontrar, donde nomás los zopilotes lo iban a ver.

Regresó a la casa y limpió la sangre con trapos, con agua, con jabón que encontró en la cocina. Limpió hasta que no quedó ni una mancha, hasta que no quedó ni una señal de lo que había pasado. Después se cambió de ropa, se puso un vestido limpio que encontró en el closet, y se lavó las manos hasta que ya no olieron a sangre.

Cuando terminó, ya era de día. Los pájaros cantaban como si nada hubiera pasado, como si fuera un día normal en un mundo normal. Pero María sabía que ya nada iba a ser normal, que ya nada iba a ser como antes.

Tomó las llaves del carro de don Roberto y manejó de vuelta a la ciudad. Tenía que llegar al hospital, tenía que ver cómo estaba Joaquín, tenía que fingir que había pasado la noche rezando en la iglesia.

Cuando llegó al hospital, el doctor Herrera la estaba esperando.

—¿Señora Medina? ¿Dónde había estado?

—Rezando, doctor. Rezando para que mi marido se salvara.

—Pues sus oraciones funcionaron. Su marido está mejor. Va a vivir.

María se puso a llorar otra vez, pero esta vez fueron lágrimas de alivio, de alegría, de cosas que se salvan cuando ya se daban por perdidas.

—¿Puedo verlo?

—Puede verlo. Pero no le diga nada de lo que pasó anoche. Todavía está muy débil.

María entró al cuarto donde estaba Joaquín. Tenía los ojos abiertos, tenía color en la cara, tenía la mirada de un hombre que ha decidido quedarse en este mundo.

—¿María? ¿Dónde estabas?

—Aquí, mi prieto. Aquí, cuidándote.

—¿Y don Roberto?

—¿Qué don Roberto?

—El que nos trajo. ¿Dónde está?

—No sé. Se fue. Dijo que tenía cosas que hacer.

Joaquín la miró por un momento muy largo, como si pudiera ver cosas que ella no le estaba diciendo. Pero después sonrió, y su sonrisa fue como si hubiera salido el sol después de una tormenta muy larga.

—María, ¿me perdonas?

—¿Perdonarte qué?

—Por haberte hecho pasar por esto. Por haber sido tan testarudo con el toro.

—No hay nada que perdonar, mi prieto. Nomás que te pongas bien.

—¿Y tú? ¿Tú estás bien?

—Estoy bien. Ahora estoy bien.

Y era cierto. María estaba bien. Estaba bien porque había encontrado su fuerza, porque había aprendido que había cosas por las que valía la pena pelear, porque había descubierto que el miedo se puede vencer cuando ya no hay más opciones.

Pero también sabía que había cosas que iba a cargar para siempre. El recuerdo de la sangre, el recuerdo del machete, el recuerdo de un hombre que había caído por un barranco y ya no iba a lastimar a nadie más.

Y mientras Joaquín dormía, María se quedó sentada junto a su cama, pensando en los secretos que las mujeres cargan, en las cosas que hacen para proteger a los que quieren, en la fuerza que sale cuando ya no hay más opciones.

Porque hay cosas que se hacen en la oscuridad, cosas que se quedan en el silencio, cosas que nomás Dios y los zopilotes saben. Y María sabía que ese era un secreto que iba a cargar hasta el día en que se muriera, como una piedra pesada que se lleva en el corazón.

Pero también sabía que lo había hecho bien, que había defendido lo que tenía que defender, que había peleado la pelea que tenía que pelear. Y eso le bastaba para dormir en paz, para vivir en paz, para amar en paz al hombre que había decidido quedarse en este mundo por ella.

CAPÍTULO IX

EL ENGAÑO DE LOS JUECES

Fueron los perros los que lo encontraron. Tres días después de que María regresara del hospital con Joaquín, cuando ya nadie preguntaba por don Roberto, cuando ya todo el pueblo había decidido que se había largado a la capital como otros hombres que se cansan de los lugares chicos. Pero los perros no mienten, y los perros no olvidan el olor de la muerte.

El comandante Salinas llegó a la casa de María cuando apenas estaba amaneciendo, con ese aire de hombre que ha visto cosas que no debería ver, que ha tenido que limpiar cosas que no debería limpiar. Tenía la camisa arrugada, los ojos rojos de no dormir, las manos que le temblaban cuando prendía el cigarro.

—Buenos días, señora Medina.

María estaba en el patio, colgando la ropa que había lavado la noche anterior. Ropa que ya no olía a sangre, que ya no guardaba secretos, que ya era nomás ropa limpia de una mujer que cuidaba a su marido enfermo.

—Buenos días, comandante. ¿Qué se le ofrece?

—Necesito hacerle unas preguntas. Sobre don Roberto Mendoza.

María siguió colgando la ropa, como si el nombre no le dijera nada, como si don Roberto fuera nomás un extraño del que alguien le preguntaba por casualidad.

—¿Qué de don Roberto?

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—La noche que me llevó al hospital. Cuando se lastimó mi marido.

El comandante se acercó más, y María pudo oler su aliento que olía a café frío, a cigarros baratos, a cosas que se quedan pegadas en la boca cuando se tiene que interrogar a la gente.

—¿Después de eso no lo volvió a ver?

—No, comandante. Después de eso no lo volví a ver.

—¿Ni siquiera cuando se fue del hospital?

—Se fue sin despedirse. Dijo que tenía cosas que hacer.

El comandante Salinas era un hombre que había aprendido a leer las mentiras en los ojos de la gente, que había aprendido a descifrar las verdades que se esconden detrás de las palabras. Pero había algo en María, algo que no podía descifrar, algo que le sonaba a verdad aunque supiera que no podía ser verdad.

—¿Sabe si don Roberto tenía enemigos?

—No sé nada de don Roberto, comandante. Nomás que era un hombre rico, que tenía tierras, que le gustaba ayudar a la gente.

—¿Le gustaba ayudar a la gente?

—Pues sí. Nos ayudó a nosotros cuando mi marido se lastimó.

El comandante se quedó callado por un momento, como si estuviera pensando en cosas que no podía decir, como si estuviera recordando conversaciones que había tenido con otros hombres del pueblo.

—Señora Medina, ¿usted sabía que don Roberto había estado preguntando por usted?

María sintió que se le helaba la sangre, que se le paraba el corazón, que se le secaba la boca como si hubiera estado comiendo tierra.

—¿Preguntando por mí? ¿Qué clase de preguntas?

—Que dónde vivía, que cómo se llamaba su marido, que si era cierto que habían tenido problemas hace años.

—¿Qué clase de problemas?

—Eso es lo que quisiera saber, señora. Eso es lo que quisiera que me dijera.

María siguió colgando la ropa, pero ahora tenía las manos temblorosas, los dedos que no podían sostener las pinzas, la mirada que no podía quedarse quieta en ningún lugar.

—No sé de qué problemas habla, comandante. Don Roberto y yo no teníamos problemas.

—¿No? ¿Entonces por qué doña Carmen dice que usted lloraba mucho hace años? ¿Por qué dice que tenía miedo de salir sola?

María se quedó callada. Había algo en la manera en que el comandante hacía las preguntas, algo que decía que ya sabía más de lo que estaba diciendo, que nomás estaba esperando que ella confirmara lo que ya había averiguado.

—Doña Carmen dice muchas cosas. A veces se equivoca.

—¿Se equivoca cuando dice que don Roberto la molestaba? ¿Se equivoca cuando dice que usted le tenía miedo?

—Yo no le tenía miedo a nadie, comandante.

—¿No? ¿Entonces por qué temblaba cuando lo veía? ¿Por qué se cambiaba de banqueta cuando él pasaba?

María dejó caer la ropa que tenía en las manos. Era como si el comandante hubiera estado espiándola durante años, como si hubiera estado anotando cada vez que se escondía, cada vez que sentía miedo, cada vez que recordaba cosas que no quería recordar.

—Comandante, ¿por qué me está preguntando todo esto? ¿Dónde está don Roberto?

—Don Roberto está muerto, señora Medina. Lo encontramos ayer en la barranca, detrás de su casa.

Las palabras cayeron como piedras en agua quieta. María sintió que se le aflojaban las piernas, que se le nublaba la vista, que se le iba el aire de los pulmones. Pero no era sorpresa lo que sentía, era miedo. Miedo de que

hubieran encontrado algo más que el cuerpo, miedo de que hubieran descubierto huellas, miedo de que alguien hubiera visto algo.

—¿Muerto? ¿Cómo murió?

—Eso es lo que estamos tratando de averiguar. Tenía una herida en el cuello, una herida muy profunda.

—¿Una herida?

—Como si alguien le hubiera pegado con un machete. O como si él mismo se hubiera cortado.

María se sentó en una silla que estaba junto a la puerta, como si las piernas ya no la pudieran sostener. Tenía las manos en el regazo, los ojos fijos en el suelo, la respiración que se le cortaba cada vez que trataba de hablar.

—¿Él mismo se cortó?

—Es una posibilidad. Los hombres como don Roberto a veces tienen problemas que la gente no conoce. Problemas de dinero, problemas de mujeres, problemas del corazón.

El comandante se acercó más, y María pudo ver que tenía los ojos de un hombre que ha visto muchas muertes, que ha tenido que explicar muchas cosas que no tienen explicación.

—¿Usted cree que don Roberto se pudo haber matado?

—No sé, comandante. Yo no sabía nada de la vida de don Roberto.

—¿Ni siquiera sabía que estaba enamorado de usted?

La pregunta le pegó como una bofetada. María levantó la vista y vio que el comandante la estaba mirando con una expresión que era como si ya hubiera decidido lo que había pasado, como si ya hubiera armado la historia que iba a contar.

—¿Enamorado de mí? ¿Quién le dijo eso?

—Nadie me lo dijo. Pero se nota. Se nota en la manera en que preguntaba por usted, en la manera en que la miraba, en la manera en que se comportaba cuando alguien mencionaba su nombre.

—Eso no es cierto.

—¿No es cierto que don Roberto la cortejaba?

—No.

—¿No es cierto que le mandaba regalos?

—No.

—¿No es cierto que la invitaba a su casa?

María sintió que se le cerraba la garganta, que se le hacía un nudo en el estómago, que se le llenaban los ojos de lágrimas que no quería derramar.

—Comandante, yo no sé nada de don Roberto. Yo nomás sé que nos llevó al hospital cuando mi marido se lastimó.

—¿Y después?

—Después se fue. Ya le dije que se fue.

El comandante se quedó callado por un momento muy largo, como si estuviera pensando en cosas que no podía decir, como si estuviera decidiendo qué versión de la historia era la que más le convenía al pueblo.

—¿Sabe qué creo, señora Medina?

—¿Qué cree?

—Creo que don Roberto se enamoró de usted. Creo que le declaró su amor y que usted lo rechazó. Creo que él no pudo soportar la humillación y se mató.

María se quedó mirando al comandante como si hubiera oído algo imposible, como si hubiera oído una versión de la verdad que era mentira pero que sonaba mejor que la verdad verdadera.

—¿Eso es lo que cree?

—Eso es lo que creo. Y eso es lo que voy a poner en mi reporte.

—¿Por qué?

—Porque es lo que más le conviene a todo el mundo. A usted, a su marido, al pueblo, a la familia de don Roberto.

María sintió que algo se aflojaba en su pecho, algo que había estado apretado desde la noche en que hundió el machete en el cuello de don Roberto. Era como si hubiera estado cargando una piedra muy pesada, y de pronto alguien le dijera que se la podía quitar.

—¿Y qué pasa conmigo?

—Nada pasa con usted. Usted es la víctima de un hombre que no pudo controlar sus pasiones. Usted es la mujer honrada que rechazó a un hombre que no era su marido.

—¿Y mi marido?

—Su marido es el hombre herido que estuvo a punto de morir mientras otro hombre cortejaba a su mujer. Es el hombre que se salvó porque su mujer prefirió quedarse con él.

El comandante se levantó y caminó hacia la puerta, como si el interrogatorio hubiera terminado, como si ya hubiera conseguido todo lo que necesitaba.

—Señora Medina, ¿hay algo más que me quiera decir?

María se quedó callada por un momento, pensando en todas las cosas que podía decir, en todas las verdades que podía contar, en todas las mentiras que podía sostener.

—No, comandante. No hay nada más.

—Entonces hasta aquí llegamos. El caso está cerrado.

—¿Cerrado?

—Cerrado. Don Roberto Mendoza se suicidó por amor no correspondido. Esa es la versión oficial.

El comandante salió de la casa, dejando a María sola con sus pensamientos, con sus recuerdos, con sus secretos que ahora tenían una versión oficial que los cubría como si fueran una sábana que esconde a los muertos.

Cuando Joaquín regresó del hospital, una semana después, ya todo el pueblo hablaba de la muerte de don Roberto. Hablaban de cómo se había enamorado de María, de cómo ella lo había rechazado, de cómo él no había podido soportar la humillación y se había quitado la vida.

—¿Es cierto eso que dicen? —preguntó Joaquín una noche, cuando estaban acostados en la cama, cuando la oscuridad hacía que las preguntas fueran más fáciles de hacer.

—¿Qué dicen?

—Que don Roberto se mató por tu culpa.

María se quedó callada. Había algo en la manera en que Joaquín lo preguntaba, algo que decía que ya sabía la respuesta, que nomás estaba esperando que ella se decidiera a contársela.

—¿Tú qué crees?

—Creo que don Roberto era un hombre malo. Creo que te hacía daño. Creo que te tenía miedo.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

—Porque pensé que tú me lo ibas a decir cuando fuera el momento.

María se volvió hacia él, y en la oscuridad pudo ver que tenía los ojos abiertos, que la estaba mirando con una expresión que era como si ya hubiera perdonado todo lo que había que perdonar.

—¿Me perdonas?

—¿Perdonarte qué?

—Por no haberte dicho la verdad. Por haber tenido miedo. Por haber sido cobarde.

—No hay nada que perdonar, María. Hay cosas que las mujeres tienen que cargar solas.

—¿Y si hubiera hecho algo malo? ¿Si hubiera hecho algo que no debería haber hecho?

—¿Hiciste algo malo?

—No lo sé. Ya no sé qué es malo y qué es bueno.

Joaquín se acercó más a ella, y María pudo oler su piel que olía a medicina, a sábanas limpias, a cosas que se curan despacio.

—¿Sabes qué es lo único que importa?

—¿Qué?

—Que estamos vivos. Que estamos juntos. Que don Roberto ya no nos puede hacer daño.

—¿Y si alguien descubre la verdad?

—¿Cuál verdad?

—La verdad de lo que pasó esa noche.

Joaquín se quedó callado por un momento, como si estuviera pensando en cosas que sabía pero que no quería saber.

—¿Qué pasó esa noche, María?

—Nada. No pasó nada.

—¿Segura?

—Segura.

Pero había algo en la manera en que lo dijo, algo que sonaba a mentira, algo que sonaba a verdad que se esconde detrás de las palabras. Y Joaquín sabía que había cosas que era mejor no saber, que había secretos que era mejor no descubrir, que había verdades que era mejor dejar enterradas.

Los días pasaron, y el pueblo se fue olvidando de don Roberto. Se olvidaron de su muerte, se olvidaron de su amor no correspondido, se olvidaron de todo lo que había sido y lo que había querido ser. Porque los pueblos chicos tienen memoria corta para las cosas que duelen, y memoria larga para las cosas que se pueden contar una y otra vez.

Pero María no se olvidó. Cargó el recuerdo como si fuera una piedra en el corazón, como si fuera una sombra que la siguiera a todas partes, como si fuera una parte de ella que nunca se iba a curar.

Había noches en que despertaba sudando, con el corazón que le latía como si fuera a salirse del pecho, con el recuerdo de la sangre que le manchaba las manos. Había días en que veía machetes en todas partes, en la cocina, en el campo, en las manos de los hombres que trabajaban la tierra.

Había momentos en que se preguntaba si había hecho lo correcto, si había tenido otra opción, si había alguna manera de haber salvado a Joaquín sin tener que matar a don Roberto. Pero después se acordaba de las manos de don Roberto en su cuello, de sus palabras que sonaban a amenaza, de sus ojos que brillaban como si fuera un animal hambriento.

Y entonces sabía que había hecho lo único que podía hacer, que había peleado la pelea que tenía que pelear, que había defendido lo que tenía que defender. Aunque le costara el alma, aunque le costara la paz, aunque le costara la tranquilidad de saber que era una mujer que nunca había lastimado a nadie.

Porque hay cosas que las mujeres tienen que hacer, cosas que nadie entiende, cosas que se quedan en el silencio para siempre. Y María sabía que ese era su secreto, su carga, su manera de amar a un hombre que había decidido quedarse en este mundo por ella.

Y mientras el pueblo seguía contando la historia de don Roberto que se mató por amor, María seguía viviendo con la verdad que nomás ella conocía, con el peso de haber quitado una vida para salvar otra, con la certeza de que había hecho lo correcto aunque el mundo nunca lo fuera a entender.

Porque hay verdades que se quedan en la oscuridad, verdades que nomás Dios y los muertos conocen, verdades que se cargan como se carga una cruz, despacio, en silencio, hasta el día en que uno se puede descansar para siempre.

CAPÍTULO X

LA CONFESIÓN

Fueron cuarenta años los que María cargó el secreto, cuarenta años de levantarse cada mañana con el peso de una muerte que nadie más conocía, cuarenta años de mirar a Joaquín a los ojos y saber que había una verdad que se interponía entre ellos como una pared invisible que ninguno de los dos se atrevía a tocar.

Cuarenta años de despertar en las madrugadas con las manos que le sudaban, con el corazón que le latía como si fuera a reventarse, con el recuerdo de la sangre que se extendía por el piso como si fuera una sombra que crecía. Cuarenta años de ver machetes en todas partes, de oír la voz de don Roberto en el viento, de sentir que los muertos no se van nunca, que se quedan ahí, esperando, recordándole a uno las cosas que hizo en la oscuridad.

Pero los secretos pesan, pesan como piedras en el corazón, pesan como agua que se acumula en los pulmones, pesan como tierra que se va echando encima de los vivos hasta que ya no pueden respirar. Y María había llegado al punto en que el secreto pesaba más que la vida, en que cargar la verdad era más difícil que morir.

Fue en octubre cuando empezó a toser. Una tos seca, como si tuviera arena en los pulmones, como si algo se hubiera roto por dentro y ya no se pudiera componer. Al principio pensó que era el cambio de tiempo, que era el polvo que levantaba el viento, que era una de esas cosas que le dan a las mujeres viejas y que se quitan solas.

Pero la tos se hizo más fuerte, y después vinieron las noches en que no podía respirar, en que se despertaba ahogándose como si fuera un pez que alguien había sacado del agua. Vinieron los días en que la comida le sabía a tierra, en que el agua le sabía a metal, en que todo lo que había sido dulce en la vida se volvía amargo como si fuera medicina que ya no curaba nada.

—¿Qué tienes, María? —le preguntó Joaquín una mañana, cuando la vio sentada en el borde de la cama, con las manos en el pecho, tratando de respirar como si el aire se hubiera vuelto demasiado pesado.

—Nada, mi prieto. Nomás estoy cansada.

—¿Cansada de qué?

—De todo. De la vida. De cargar cosas que pesan mucho.

Joaquín se acercó y le puso la mano en la frente. Tenía la piel caliente, sudorosa, como si hubiera estado trabajando bajo el sol aunque había pasado la noche en la cama.

—Tienes calentura.

—Tengo algo peor que calentura.

—¿Qué tienes?

María lo miró por un momento muy largo, como si estuviera pensando en decirle algo que había estado guardando durante toda la vida, algo que se había vuelto demasiado pesado para cargarlo sola.

—Tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—De morirme sin haber dicho la verdad.

—¿Qué verdad?

—La verdad de lo que pasó esa noche. La noche que don Roberto se murió.

Joaquín se quedó callado. Había algo en la manera en que María lo dijo, algo que sonaba a confesión, algo que sonaba a cosas que se dicen cuando ya no hay tiempo para seguir mintiendo.

—¿Qué pasó esa noche, María?

—Nada. Ya te dije que no pasó nada.

—¿Entonces por qué tienes miedo?

María se levantó de la cama y caminó hacia la ventana. Afuera estaba empezando a llover, y el sonido de la lluvia contra el vidrio era como el llanto de todas las mujeres que habían guardado secretos, de todas las que habían tenido que hacer cosas que no querían hacer.

—Porque hay cosas que pesan, Joaquín. Hay cosas que se quedan pegadas en el alma y ya no se pueden quitar.

—¿Qué cosas?

—Cosas que se hacen en la oscuridad. Cosas que se hacen por amor. Cosas que se hacen cuando ya no hay más opciones.

Joaquín se levantó y se acercó a ella. Tenía los ojos de un hombre que ha vivido muchos años con una mujer y que ha aprendido a leer las verdades que se esconden detrás de las palabras.

—María, ¿qué fue lo que hiciste esa noche?

—Lo que tenía que hacer.

—¿Qué era lo que tenías que hacer?

María se volvió hacia él, y Joaquín pudo ver que tenía los ojos llenos de lágrimas, que tenía la cara de una mujer que ha cargado un peso demasiado grande durante demasiado tiempo.

—Defenderte. Defenderme. Defender lo que era nuestro.

—¿De qué me ibas a defender?

—De que se muriera. De que don Roberto cumpliera su amenaza. De que te dejara morir nomás por venganza.

Joaquín se quedó callado por un momento, como si estuviera armando las piezas de un rompecabezas que había estado roto durante cuarenta años.

—¿Don Roberto te amenazó?

—Me amenazó con dejarte morir si no hacía lo que él quería.

—¿Qué quería?

María se llevó las manos a la cara, como si no quisiera que Joaquín viera lo que había en sus ojos, como si no quisiera que supiera las cosas que había tenido que oír, las cosas que había tenido que sentir.

—Quería que fuera con él. Quería que me entregara. Quería cobrar algo que creía que yo le debía desde que era una niña.

—¿Y fuiste?

—Fui.

—¿Y qué pasó?

María caminó hacia la cama y se sentó, como si las piernas ya no la pudieran sostener. Tenía las manos temblorosas, la respiración entrecortada, la mirada perdida como si estuviera viendo cosas que pasaron hace mucho tiempo.

—Pasó que traté de cumplir el trato. Pasó que creí que podía sacrificarme para salvarte. Pasó que llegué a su casa pensando que iba a ser una noche horrible pero que después todo iba a estar bien.

—¿Y?

—Y cuando llegué me di cuenta de que no era un trato. Era una trampa. Era algo que él había planeado desde hace años, algo que había estado esperando, algo que iba a ser mucho peor de lo que yo me había imaginado.

Joaquín se acercó más, y María pudo oler su piel que olía a medicina vieja, a sábanas que han visto muchos años, a cosas que se curan despacio y que nunca terminan de curarse del todo.

—¿Qué te hizo?

—Me lastimó. Me dijo cosas que no se le dicen a una mujer. Me tocó de maneras que no se tocan. Me hizo sentir como si fuera una cosa que se puede quebrar.

—¿Y después?

—Después traté de irme. Le dije que ya no quería estar ahí, que prefería que tú te murieras antes que seguir con eso.

—¿Y él qué hizo?

—Se puso como loco. Me dijo que no me iba a ir, que él era el que decidía cuándo se acababa, que me iba a hacer cosas que yo no me podía ni imaginar.

María se quedó callada, como si las palabras se le hubieran atorado en la garganta, como si hubiera llegado a la parte de la historia que había estado evitando durante cuarenta años.

—¿Y entonces?

—Entonces me puso las manos en el cuello. Me apretó hasta que ya no podía respirar, hasta que sentí que me iba a morir. Me dijo que si no hacía lo que él quería, me iba a matar y después iba a venir por ti.

—¿Y qué hiciste?

—Lo que tenía que hacer. Lo único que podía hacer.

—¿Qué?

María lo miró a los ojos, y Joaquín pudo ver que había algo ahí, algo que había estado esperando salir durante toda la vida, algo que había estado pudriéndose por dentro como una herida que no se puede curar.

—Lo maté, Joaquín. Agarré un machete que estaba en la mesa y se lo hundi en el cuello. Lo maté para que no me matara, para que no te matara, para que no siguiera haciendo daño.

Las palabras cayeron como piedras en agua quieta. Joaquín se quedó inmóvil, como si hubiera oído algo que no podía ser cierto, como si hubiera oído una confesión que cambiaba todo lo que había creído durante cuarenta años.

—¿Lo mataste?

—Lo maté.

—¿Por eso se murió? ¿No fue porque se suicidó?

—No se suicidó. Yo lo maté. Después arrastré el cuerpo al barranco, limpié la sangre, y me vine al hospital a verte.

—¿Y el comandante?

—El comandante inventó la historia del suicidio. Dijo que era mejor para todos, que era una versión que no lastimaba a nadie.

Joaquín se sentó en la cama, como si necesitara apoyo para sostener el peso de lo que acababa de oír. Tenía la cara del color de la cera, los ojos muy abiertos, la boca que se abría y se cerraba como si fuera un pez que se ahoga.

—¿Y durante todos estos años? ¿Durante todos estos años has estado cargando eso?

—Durante todos estos años. Cada día, cada noche, cada vez que veía un machete, cada vez que oía hablar de don Roberto.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Porque tenía miedo. Tenía miedo de que me dejaras, de que me vieras como una asesina, de que no pudieras perdonarme.

—¿Y ahora?

—Ahora me estoy muriendo, Joaquín. Puedo sentirlo. Hay algo que se está rompiendo por dentro, algo que ya no se puede componer. Y no me quiero morir sin que sepas la verdad.

Joaquín se quedó callado por un momento muy largo, como si estuviera procesando cuarenta años de mentiras, cuarenta años de verdades a medias, cuarenta años de una mujer que había matado para salvarlo.

—¿Sabes qué es lo que más me duele?

—¿Qué?

—Que hayas pensado que no te iba a perdonar. Que hayas pensado que te iba a dejar por haber hecho lo que tenías que hacer.

—¿No me vas a dejar?

—¿Dejarte? ¿Después de que mataste a un hombre para salvarme? ¿Después de que cargaste esa culpa durante cuarenta años para que yo pudiera vivir en paz?

Joaquín se acercó a ella y la tomó en sus brazos, como si fuera una mujer que acaba de confesar el secreto más importante de su vida, como si fuera una mujer que por fin se puede descansar.

—Te amo más ahora que antes, María. Te amo por haber sido tan fuerte, por haber sido tan valiente, por haber matado para defenderme.

—¿No te da miedo?

—¿Miedo de qué?

—De estar casado con una mujer que mató a un hombre.

—Me da miedo haber estado casado cuarenta años con una mujer que cargó esa culpa sola. Me da miedo no haber sabido lo que estabas sufriendo.

María se puso a llorar, pero esta vez no eran lágrimas de tristeza, eran lágrimas de alivio, de liberación, de cosas que por fin se pueden decir después de haber estado guardadas durante toda la vida.

—¿Me perdonas?

—¿Perdonarte qué? ¿Perdonarte por haberme salvado la vida? ¿Perdonarte por haber sido más valiente que yo?

—Perdonarme por haberte mentido durante cuarenta años.

—No me mentiste, María. Me protegiste. Me cuidaste. Me amaste de la única manera que sabías amarme.

—¿Y ahora qué vamos a hacer?

—Ahora vamos a estar juntos. Vamos a cuidarnos. Vamos a amarnos sin secretos.

—¿Y si me muero?

—Si te mueres, me voy a morir contigo. Pero si vives, vamos a vivir sin mentiras, sin miedos, sin cosas que cargar solos.

María se recostó en el pecho de Joaquín, y por primera vez en cuarenta años pudo respirar completo, pudo dormir sin pesadillas, pudo sentir que el peso que había estado cargando se había vuelto más liviano.

—¿Sabes qué es lo que más me duele de todo esto?

—¿Qué?

—Que don Roberto siguió lastimándome aun después de muerto. Que me robó cuarenta años de paz, cuarenta años de tranquilidad, cuarenta años de poder amarte sin culpa.

—Pero ya no nos puede lastimar, María. Ya no puede hacernos daño.

—¿Seguro?

—Seguro. Porque ahora somos más fuertes. Porque ahora sabemos de qué estamos hechos. Porque ahora sabemos que no hay secretos que nos puedan separar.

Afuera siguió lloviendo, pero ahora el sonido de la lluvia era diferente, era como si fuera una lluvia que lavaba, que limpiaba, que se llevaba las cosas que ya no servían para nada.

Y María se durmió en los brazos de Joaquín, sin pesadillas, sin miedo, sin el peso de un secreto que había estado a punto de matarla. Se durmió como una mujer que por fin puede descansar, como una mujer que por fin puede amar sin esconder nada, como una mujer que por fin ha encontrado la paz que había estado buscando durante cuarenta años.

Porque hay verdades que liberan, verdades que sanan, verdades que hacen que el amor sea más fuerte que el miedo, más fuerte que la culpa, más fuerte que la muerte. Y María había encontrado esa verdad en los brazos de un hombre que la amaba no a pesar de lo que había hecho, sino por lo que había hecho, por la fuerza que había tenido, por el amor que había demostrado al matar para salvarlo.

Y mientras dormía, soñó con días sin machetes, con noches sin sangre, con un futuro donde los secretos no pesaran más que el amor, donde las mentiras no fueran más fuertes que la verdad, donde los muertos se quedaran muertos y los vivos pudieran vivir en paz.

CAPÍTULO XI

LA SANTA MORIBUNDA

Fue en diciembre cuando María supo que se estaba muriendo. No porque el doctor se lo dijera —los doctores nunca dicen la verdad cuando la verdad duele—, sino porque había algo en su cuerpo que se rendía como agua que se derrama, como tierra que se afloja, como cosa que ya no tiene fuerzas para seguir sosteniendo el peso de estar viva.

La tos se había vuelto más seca, más rasposa, como si tuviera vidrios molidos en los pulmones. Las noches se le hacían eternas, llenas de un dolor que no era de ningún lugar pero que era de todas partes, un dolor que venía de muy adentro, de lugares que no tienen nombre, de cosas que se van rompiendo despacito, sin hacer ruido, como se rompen las cosas importantes.

—¿Tienes dolor? —le preguntaba Joaquín cada mañana, cuando la veía despertarse con la cara del color de la cera, con los ojos que se le hundían más cada día, con las manos que temblaban como hojas que se van a caer.

—No es dolor, mi prieto. Es como si algo se estuviera despidiendo. Como si el cuerpo ya supiera algo que la cabeza no quiere saber.

—¿Te vas a morir?

—Me voy a morir. Pero ahora ya no tengo miedo.

Y era cierto. Desde que había confesado la verdad, desde que había soltado el secreto que la había estado matando desde adentro, María había encontrado una paz que no había tenido en cuarenta años. Era como si hubiera estado cargando una cruz demasiado pesada, y de pronto alguien le hubiera dicho que ya se podía descansar.

Los días se le fueron haciendo más cortos, más silenciosos, llenos de cosas que se decían sin palabras. Joaquín se quedaba a su lado, sosteniéndole la mano, mirándola como si fuera la primera vez que la veía, como si fuera la última vez que la iba a ver.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de ti? —le dijo una tarde, cuando la luz del sol se colaba por la ventana y le daba en la cara, haciéndola parecer más joven, más como la muchacha que había sido antes de que la vida le enseñara a cargar cosas pesadas.

—¿Qué?

—Que nunca dejaste de ser buena. Que nunca dejaste de ser la mujer que se casó conmigo por amor, no por conveniencia.

—¿Aunque haya matado a un hombre?

—Sobre todo porque mataste a un hombre. Porque lo mataste para salvarme, para salvarte, para salvar lo que era nuestro.

María sonrió, y Joaquín pudo ver que tenía los dientes más pequeños, como si se le estuvieran encogiendo, como si todo en ella se estuviera preparando para ocupar menos espacio en el mundo.

—¿No te da pena estar casado con una asesina?

—Me da orgullo estar casado con una mujer que fue capaz de matar por amor. Me da orgullo saber que eras más fuerte de lo que yo pensaba.

—¿Más fuerte?

—Más fuerte que yo. Más fuerte que don Roberto. Más fuerte que el miedo.

María se quedó callada, como si estuviera pensando en todas las veces que había sentido miedo, en todas las veces que había temblado, en todas las veces que había creído que no iba a tener fuerzas para hacer lo que tenía que hacer.

—No me sentía fuerte cuando lo maté. Me sentía como una mujer que se estaba defendiendo, como un animal que pelea por su vida.

—Eso es lo que es la fuerza, María. No es sentirse valiente. Es hacer lo que se tiene que hacer aunque uno se sienta con miedo.

—¿Y ahora?

—Ahora también estás siendo fuerte. Estás muriendo sin quejarte, sin pedirle a Dios que te dé más tiempo, sin llorar por las cosas que no vas a poder hacer.

María se incorporó un poco en la cama, como si quisiera ver mejor la cara de Joaquín, como si quisiera grabarse en la memoria la manera en que la miraba, con unos ojos que tenían amor pero que también tenían tristeza, que tenían gratitud pero que también tenían miedo.

—¿Vas a estar bien cuando me muera?

—No. No voy a estar bien. Me voy a morir de tristeza, me voy a morir de soledad, me voy a morir de no tenerte.

—¿Entonces para qué dices que estoy siendo fuerte?

—Porque estás haciendo que sea menos difícil. Porque estás muriendo con dignidad, con paz, sin hacerme sentir culpable por no poder salvarte.

—¿Te sientes culpable?

—Me siento culpable por no haber sabido lo que estabas sufriendo durante cuarenta años. Me siento culpable por haberte dejado cargar esa culpa sola.

—No era tu culpa. Era mía.

—No era culpa de nadie. Era culpa de un hombre que no sabía controlar sus deseos, que no sabía respetar a las mujeres, que no sabía que hay cosas que no se pueden tomar por la fuerza.

María tosió, y Joaquín pudo ver que había sangre en sus labios, sangre que parecía pintura roja, sangre que parecía la firma de la muerte que se acercaba.

—¿Duele?

—No duele. Es como si algo se estuviera aflojando, como si el cuerpo ya supiera que es hora de descansar.

—¿Tienes miedo?

—Tengo miedo de dejarte solo. Tengo miedo de que te olvides de mí.

—¿Olvidarme de ti? ¿Cómo me voy a olvidar de la mujer que mató por salvarme? ¿Cómo me voy a olvidar de la mujer que cargó un secreto durante cuarenta años para que yo pudiera vivir en paz?

—¿Me vas a recordar como una asesina?

—Te voy a recordar como una santa. Como una mujer que se sacrificó por amor, como una mujer que dio todo lo que tenía para salvar a su marido.

—¿Una santa?

—Una santa. Las santas no son las mujeres que nunca hacen nada malo. Las santas son las mujeres que hacen cosas terribles para salvar a la gente que aman.

María se rio, pero su risa sonó como agua que se derrama, como viento que se lleva las hojas secas, como cosa que ya no tiene fuerzas para mantenerse en este mundo.

—¿Una santa que mata?

—Una santa que defiende. Una santa que protege. Una santa que ama tanto que es capaz de condenarse para salvar a otros.

—¿Y si Dios no me perdona?

—Dios ya te perdonó. Dios te perdonó en el momento en que decidiste confesar la verdad. Dios te perdonó cuando vio que habías cargado esa culpa durante cuarenta años sin quejarte.

—¿Cómo sabes?

—Porque te está dando una muerte en paz. Porque te está permitiendo morirte en mis brazos, sin dolor, sin miedo, sin más secretos.

María cerró los ojos, y Joaquín pudo ver que tenía las pestañas más largas, como si se le estuvieran estirando, como si se estuvieran preparando para un sueño muy largo.

—¿Sabes qué es lo que más me duele de morirme?

—¿Qué?

—Que don Roberto se salió con la suya. Que me mató, aunque haya tardado cuarenta años en hacerlo.

—Don Roberto no te mató. Tú lo mataste a él. Tú ganaste esa pelea.

—¿Entonces por qué me estoy muriendo?

—Porque ya cumpliste tu trabajo. Porque ya me salvaste. Porque ya no necesitas seguir cargando esa cruz.

María abrió los ojos y lo miró con una expresión que era como si hubiera entendido algo muy importante, como si hubiera encontrado una respuesta que había estado buscando durante toda la vida.

—¿Crees que me estoy muriendo porque ya no tengo nada más que hacer?

—Creo que te estás muriendo porque ya puedes descansar. Porque ya no tienes que ser fuerte. Porque ya no tienes que cuidar a nadie más que a ti misma.

—¿Y tú?

—Yo voy a estar bien. Voy a estar triste, voy a estar solo, pero voy a estar bien. Porque voy a saber que viví con una mujer que me amó tanto que fue capaz de matar por mí.

María sonrió, y Joaquín pudo ver que tenía los labios más pálidos, como si se le estuviera yendo el color, como si se le estuviera yendo la vida.

—¿Me vas a extrañar?

—Te voy a extrañar cada día. Te voy a extrañar cada noche. Te voy a extrañar cada vez que vea un machete, cada vez que oiga hablar de don Roberto, cada vez que recuerde que hay mujeres que matan por amor.

—¿Te vas a buscar otra mujer?

—No. No voy a buscar otra mujer. Voy a morirme viudo, voy a morirme solo, voy a morirme pensando en ti.

—¿Por qué?

—Porque después de haber estado con una santa, las demás mujeres me van a parecer normales. Porque después de haber estado con una mujer que mató por amor, las demás me van a parecer cobarde.

María se quedó callada por un momento muy largo, como si estuviera ahorrando fuerzas para decir algo importante, como si estuviera preparándose para las últimas palabras que iba a decir en este mundo.

—¿Sabes qué es lo último que quiero pedirte?

—¿Qué?

—Que cuando me muera, no me veas como una mujer que se está muriendo. Que me veas como una mujer que por fin se puede descansar.

—¿Y cómo quieres que te recuerde?

—Como una mujer que te amó tanto que fue capaz de ensuciarse las manos para que tú pudieras quedarte limpio. Como una mujer que prefirió condenarse antes que perderte.

Joaquín se inclinó hacia ella y le dio un beso en la frente, un beso que sabía a medicina, a sábanas viejas, a cosas que se van acabando.

—Así te voy a recordar. Como mi santa. Como la mujer que se sacrificó por amor.

—¿Y el secreto?

—El secreto se va a morir conmigo. Nadie más va a saber lo que pasó esa noche. Nadie más va a saber que don Roberto no se suicidó, que tú lo mataste para salvarme.

—¿Y si alguien pregunta?

—Voy a decir que don Roberto se mató por amor no correspondido. Voy a decir que tú eras demasiado buena para él, demasiado pura, demasiado santa.

María cerró los ojos, y Joaquín pudo ver que tenía la respiración más lenta, más pausada, como si estuviera aprendiendo a respirar de otra manera, como si estuviera aprendiendo a vivir en otro mundo.

—¿Me amas?

—Te amo más que a mi vida. Te amo más que a mi alma. Te amo más que a la salvación.

—¿Aunque haya matado?

—Sobre todo porque mataste. Porque mataste para salvarme, para salvarte, para salvar lo que era nuestro.

—¿Y si nos volvemos a encontrar?

—Nos vamos a volver a encontrar. En el lugar donde van las mujeres que matan por amor, en el lugar donde van los hombres que son salvados por mujeres santas.

María sonrió por última vez, y Joaquín pudo ver que tenía la sonrisa más hermosa que había visto en su vida, una sonrisa que parecía de niña, una sonrisa que parecía de mujer que por fin ha encontrado la paz.

—¿Sabes qué es lo último que voy a pensar?

—¿Qué?

—En la noche que lo maté. No porque me arrepiento, sino porque fue la noche en que demostré que te amaba más que a mi vida.

—¿Y qué más?

—En la primera noche que dormimos juntos. En la primera vez que me dijiste que me amabas. En la primera vez que supe que había un hombre en el mundo que me iba a amar aunque yo no fuera perfecta.

María cerró los ojos y ya no los volvió a abrir. Su respiración se fue haciendo más lenta, más suave, como si fuera una canción que se va apagando, como si fuera una historia que se va terminando.

Joaquín se quedó a su lado, sosteniéndole la mano, sintiéndola morirse poquito a poco, sintiéndola irse como se va el agua, como se va el viento, como se van las cosas que no se pueden detener.

Cuando María murió, Joaquín no lloró. La besó en la frente, en los labios, en las manos que habían sostenido un machete para salvarlo. La besó como se besa a una santa, como se besa a una mujer que se ha sacrificado por amor.

—Gracias —le dijo al oído, aunque ya sabía que no lo podía oír—. Gracias por amarme tanto. Gracias por ser tan fuerte. Gracias por ser mi santa.

Afuera había empezado a llover, pero ahora la lluvia sonaba diferente, sonaba como si fuera una oración, como si fuera un rezo que se eleva al cielo, como si fuera el llanto de todos los hombres que han sido salvados por mujeres que matan por amor.

Y Joaquín se quedó ahí, abrazando el cuerpo de María, sabiendo que había vivido cuarenta años con una santa, sabiendo que había sido amado por una mujer que fue capaz de matar para salvarlo, sabiendo que nunca más iba a encontrar un amor como ese, un amor que fuera más fuerte que el miedo, más fuerte que la muerte, más fuerte que la vida misma.

Porque hay amores que santifican, amores que redimen, amores que hacen que las mujeres se vuelvan más fuertes que los hombres, más valientes que los soldados, más santas que las vírgenes. Y María había amado de esa manera, había amado con las manos sucias de sangre, con el alma limpia de culpa, con el corazón lleno de un amor que no conocía límites.

Y mientras la lluvia siguió cayendo, Joaquín supo que había sido el hombre más afortunado del mundo, porque había sido amado por una mujer que prefirió condenarse antes que perderte, por una mujer que mató para

salvarlo, por una mujer que cargó un secreto durante cuarenta años para que él pudiera vivir en paz.

Su santa. Su mujer. Su amor eterno.

CAPÍTULO XII

EL JACAL MALDITO

Fue el día después del entierro cuando Joaquín decidió que ya no tenía nada que hacer en este mundo. Se había quedado parado junto a la tumba de María hasta que el último puñado de tierra cayó sobre el cajón, hasta que el sepulturero terminó de apisonar la tierra con la parte plana de la pala, hasta que ya no quedó nada más que hacer que irse a casa y enfrentarse al silencio.

Pero la casa ya no era casa. Era un lugar lleno de cosas que olían a María, lleno de rincones donde todavía se podía escuchar su voz, lleno de sombras que tenían su forma. Era un lugar donde cada objeto gritaba su nombre, donde cada rincón recordaba alguna conversación, donde cada pedazo de pared guardaba el eco de sus pasos.

—¿Para qué sirve una casa sin mujer? —le preguntó al espejo, y el espejo le devolvió la imagen de un hombre que parecía más viejo que sus años, más cansado que sus fuerzas, más muerto que vivo.

Se quedó tres días sin salir, sin comer, sin hablar con nadie. Tres días de caminar de un cuarto a otro como alma en pena, de abrir y cerrar cajones buscando algo que no sabía qué era, de sentarse en la cama donde había dormido con María y preguntarse para qué sirve una cama cuando se duerme solo.

Al tercer día llegó la comadre Esperanza, que había sido la partera que ayudó a María cuando perdió a los niños que nunca nacieron, que había sido la que le sobó la barriga cuando se sentía mal, que había sido la que le preparó los tés que no curaron nada pero que aliviaron el dolor.

—¿Cómo está, don Joaquín?

—Estoy como los muertos que no se dan cuenta de que están muertos.

—¿Ha comido algo?

—¿Para qué voy a comer? ¿Para qué voy a seguir alimentando un cuerpo que ya no sirve para nada?

La comadre Esperanza se sentó en la mesa de la cocina, en el mismo lugar donde María se sentaba cada mañana a tomar café, donde se sentaba cada tarde a coser, donde se sentaba cada noche a contarle las cosas que habían pasado en el día.

—Doña María no hubiera querido que se dejara morir de hambre.

—Doña María está muerta. Ya no puede querer nada.

—Los muertos siempre quieren algo. Siempre tienen pendientes. Siempre dejan cosas sin terminar.

Joaquín se acercó a la ventana y miró hacia el cerro donde estaba el cementerio, donde estaba enterrada María, donde estaba enterrado el único amor que había tenido en la vida.

—¿Qué puede querer una mujer muerta?

—Puede querer que el hombre que amó no se muera de tristeza. Puede querer que siga viviendo, que siga siendo el hombre que ella salvó.

—¿Para qué voy a seguir viviendo? ¿Para qué voy a seguir siendo un hombre que fue salvado por una mujer que ya no está?

La comadre Esperanza se levantó y se acercó a él, y Joaquín pudo oler su perfume que olía a jabón de coco, a ropa limpia, a cosas que siguen siendo normales cuando el mundo se ha vuelto loco.

—Porque ella mató para salvarlo. Porque ella cargó un secreto durante cuarenta años para que usted pudiera vivir en paz. Porque ella se sacrificó para que usted pudiera seguir existiendo.

—¿Y de qué me sirve existir si no tengo a la mujer que hizo que mi existencia valiera la pena?

—No lo sé, don Joaquín. Pero sé que doña María no hubiera querido que usted se muriera de tristeza. Sé que ella hubiera querido que usted siguiera viviendo, aunque fuera solo para recordarla.

Joaquín se quedó callado, mirando hacia el cerro, pensando en María que estaba allá abajo, en la tierra, pudriéndose, volviéndose polvo, convirtiéndose en nada.

—¿Usted sabía?

—¿Sabía qué?

—Lo que pasó esa noche. Lo que pasó con don Roberto.

La comadre Esperanza se quedó callada por un momento muy largo, como si estuviera decidiendo si decir la verdad o seguir guardando secretos que ya no servían para nada.

—Lo sospechaba.

—¿Por qué lo sospechaba?

—Porque doña María cambió después de esa noche. Porque se volvió más callada, más triste, más como si cargara algo muy pesado. Porque cuando hablaba de don Roberto, se le veía en los ojos que había algo que no podía decir.

—¿Y nunca le preguntó?

—Nunca le pregunté. Hay cosas que las mujeres sabemos que no se deben preguntar. Hay secretos que es mejor que se queden secretos.

—¿Y ahora?

—Ahora ya no importa. Ahora don Roberto está muerto, doña María está muerta, y usted está vivo. Eso es lo único que importa.

Joaquín se volvió hacia ella, y la comadre Esperanza pudo ver que tenía los ojos del color de la tierra seca, los ojos de un hombre que ha llorado tanto que ya no le quedan lágrimas.

—¿Sabe qué es lo que más me duele?

—¿Qué?

—Que María se murió creyendo que había hecho algo malo. Que se murió sintiendo culpa por haber matado a un hombre que se lo merecía.

—Pero al final se lo dijo a usted. Al final pudo confesarse. Al final pudo morir en paz.

—¿En paz? ¿Cómo se va a morir en paz una mujer que cargó un secreto durante cuarenta años? ¿Cómo se va a morir en paz una mujer que se sintió culpable por haber defendido a su marido?

—Porque al final usted le dijo que la amaba. Porque al final usted le dijo que estaba orgulloso de ella. Porque al final usted le dijo que era una santa.

Joaquín caminó hacia la puerta, como si necesitara aire fresco, como si necesitara salir de una casa que se había vuelto demasiado pequeña para contener su dolor.

—¿Una santa? ¿Cómo puede ser santa una mujer que mata?

—Porque mató por amor. Porque se sacrificó por salvar a alguien más. Porque hizo lo que tenía que hacer, aunque le costara la salvación.

—¿Y de qué me sirve haber sido salvado por una santa si ahora estoy más muerto que vivo?

La comadre Esperanza se acercó a él y le puso la mano en el hombro, como si fuera una madre que consuela a un hijo, como si fuera una mujer que entiende el dolor de perder a la persona más importante de la vida.

—Porque ahora usted sabe de qué está hecho el amor verdadero. Porque ahora sabe que hay mujeres que matan por amor, que hay mujeres que se condenan por salvar a los hombres que aman.

—¿Y qué voy a hacer con ese conocimiento?

—Vivir. Vivir para honrar a la mujer que se sacrificó por usted. Vivir para que el sacrificio de doña María no haya sido en vano.

Joaquín se quedó callado, mirando hacia el horizonte, hacia los cerros que se perdían en la distancia, hacia el cielo que se veía del color de la ceniza.

—¿Sabe qué es lo que estoy pensando?

—¿Qué?

—Que me voy a ir. Que me voy a ir de este pueblo, de esta casa, de estos lugares que me recuerdan a María.

—¿A dónde se va a ir?

—A la guerra. A buscar la muerte en batalla. A encontrar una bala que me lleve con ella.

—¿Y eso es lo que hubiera querido doña María?

—Doña María hubiera querido que siguiera viviendo, que siguiera siendo el hombre que ella salvó. Pero ese hombre se murió con ella. Ese hombre no puede existir sin ella.

La comadre Esperanza se sentó en el escalón de la puerta, como si necesitara sentarse para procesar lo que acababa de oír, como si necesitara apoyo para sostener el peso de la conversación.

—¿Y si no encuentra la muerte en la guerra?

—Entonces me voy a buscar el lugar donde mataron a don Roberto. Me voy a buscar el jacal donde pasó todo, donde María se volvió asesina, donde se volvió santa.

—¿Para qué?

—Para morirme ahí. Para morirme en el lugar donde ella se sacrificó por mí. Para morirme donde empezó todo, donde terminó todo.

—¿Y si el jacal ya no existe?

—Entonces me voy a morirme en cualquier parte. Pero me voy a morirme pensando en ella, pensando en la noche que me salvó, pensando en la mujer que mató por amor.

La comadre Esperanza se levantó, como si hubiera entendido que no había nada que decir, que no había palabras que pudieran convencer a un hombre de seguir viviendo cuando ya no tenía razones para vivir.

—¿Cuándo se va?

—Mañana. En cuanto salga el sol, en cuanto pueda ver el camino.

—¿Y la casa?

—La casa se puede quedar vacía. La casa se puede volver a llenar de telarañas, de polvo, de cosas que ya no sirven para nada.

—¿Y sus cosas?

—Mis cosas se pueden podrir. Mis cosas se pueden volver tierra, como se van a volver tierra todas las cosas que pertenecieron a María.

La comadre Esperanza caminó hacia la puerta, pero antes de salir se volvió hacia Joaquín, como si quisiera decirle algo más, como si quisiera darle un último consejo.

—¿Sabe qué es lo que me da más tristeza de todo esto?

—¿Qué?

—Que don Roberto se va a salir con la suya. Que al final va a lograr matar a los dos, a doña María y a usted.

—Don Roberto está muerto. Don Roberto no puede matar a nadie.

—Don Roberto sigue vivo en el daño que hizo. Don Roberto sigue vivo en el dolor que causó. Don Roberto sigue vivo en la culpa que le dejó a doña María.

Joaquín se quedó callado, como si estuviera pensando en las palabras de la comadre Esperanza, como si estuviera dándose cuenta de que tal vez tenía razón.

—¿Y qué quiere que haga? ¿Qué me quede aquí, solo, recordando a una mujer que ya no está?

—Quiero que viva. Quiero que viva para demostrar que don Roberto no pudo con ustedes. Quiero que viva para honrar a la mujer que se sacrificó por usted.

—¿Y cómo voy a vivir sin ella?

—No lo sé. Pero sé que doña María no hubiera querido que usted se muriera de tristeza. Sé que ella hubiera querido que usted siguiera siendo el hombre que ella salvó.

La comadre Esperanza se fue, y Joaquín se quedó solo en la casa, rodeado de silencio, rodeado de recuerdos, rodeado de cosas que olían a María.

Esa noche no durmió. Se quedó sentado en la cama, mirando hacia la ventana, pensando en María que estaba allá abajo, en la tierra, pudriéndose, volviéndose polvo. Pensando en la noche que ella mató a don Roberto, en la manera en que había sostenido el machete, en la manera en que había defendido lo que era de ellos.

Pensando en cuarenta años de secretos, cuarenta años de culpa, cuarenta años de una mujer que se había sentido asesina cuando en realidad había sido santa.

Cuando salió el sol, Joaquín se levantó, se puso la ropa que había usado para el entierro de María, y caminó hacia la puerta. No se llevó nada, porque ya no tenía nada que llevarse. No se llevó recuerdos, porque los recuerdos se quedan pegados en el alma, no en las cosas.

Caminó hacia el cerro donde estaba el cementerio, donde estaba enterrada María, donde estaba enterrado el único amor que había tenido en la vida.

Se paró junto a la tumba, y le habló como si pudiera oírlo, como si pudiera entender las palabras que salían de su boca.

—Me voy, María. Me voy a buscar la muerte, me voy a buscar la manera de estar contigo.

El viento movió las hojas de los árboles, y Joaquín creyó oír la voz de María que le decía algo, que le susurraba algo al oído.

—No me voy porque no te ame. Me voy porque te amo demasiado. Me voy porque no sé cómo vivir sin ti.

Se quedó ahí hasta que el sol se puso, hasta que el cementerio se llenó de sombras, hasta que ya no pudo ver la tumba donde estaba enterrada la mujer que había matado por salvarlo.

Después caminó hacia el pueblo, hacia la cantina donde había bebido con otros hombres, hacia los lugares donde había sido feliz cuando tenía una razón para ser feliz.

Pero ahora todo le parecía diferente, todo le parecía vacío, todo le parecía como si fuera un pueblo de muertos que no saben que están muertos.

Se fue del pueblo esa misma noche, sin despedirse de nadie, sin decir adiós, sin dejar rastro. Se fue como se van los hombres que ya no tienen nada que hacer en este mundo, como se van los que han perdido la única razón que tenían para seguir viviendo.

Caminó hacia el norte, hacia donde había oído que había guerra, hacia donde había oído que los hombres se mataban unos a otros por razones que nadie entendía, por causas que nadie recordaba.

Caminó pensando en María, pensando en la noche que ella mató a don Roberto, pensando en cuarenta años de secretos, pensando en una mujer que se había vuelto santa por amor.

Caminó hasta que encontró el jacal donde había pasado todo, el jacal donde María se había vuelto asesina, donde se había vuelto santa. El jacal estaba vacío, abandonado, lleno de telarañas y de polvo, lleno de cosas que ya no servían para nada.

Se sentó en el suelo, en el mismo lugar donde había caído don Roberto, donde había caído el hombre que había causado tanto dolor, tanto sufrimiento, tanta culpa.

Se sentó y esperó. Esperó a que llegara la muerte, esperó a que llegara la paz, esperó a que llegara el momento en que pudiera reunirse con María, con la mujer que había matado por salvarlo.

Esperó hasta que el sol se puso, hasta que el jacal se llenó de sombras, hasta que ya no pudo ver nada más que la oscuridad.

Y en esa oscuridad, Joaquín cerró los ojos y se dejó ir, se dejó morir, se dejó reunir con la mujer que había sido su santa, su amor, su salvación.

Porque hay amores que no se pueden sobrevivir, amores que son más fuertes que la vida, amores que hacen que los hombres prefieran morir antes que seguir viviendo sin la mujer que los salvó.

Y Joaquín había amado de esa manera, había amado a una mujer que mató por salvarlo, había amado a una mujer que se sacrificó por él, había amado a una mujer que se volvió santa por amor.

Su santa. Su mujer. Su amor eterno.

En el jacal maldito, donde todo había empezado, donde todo había terminado, donde el amor había sido más fuerte que la muerte, más fuerte que la culpa, más fuerte que la vida misma.

EPÍLOGO

VIVIR O MORIR

Fue en los llanos de Celaya donde Joaquín se encontró con la muerte que había venido buscando. No la muerte limpia que se imaginaba, no la muerte rápida de una bala perdida, sino la muerte lenta de los campos de batalla, la que llega a cuentagotas, como lluvia que no termina de caer.

Había llegado hasta ahí caminando, sin rumbo fijo, siguiendo el sonido de los disparos, el olor de la pólvora, el rastro de los hombres que se mataban unos a otros por razones que ya nadie recordaba. Llegó con la ropa raída, los zapatos rotos, el alma más muerta que el cuerpo, buscando un ejército que lo aceptara, una causa que lo recibiera, una bala que lo llevara con María.

—¿De dónde vienes, hermano? —le preguntó el capitán, un hombre flaco como vara de membrillo, con los ojos del color del agua sucia y la cara marcada por cicatrices que contaban historias que nadie quería escuchar.

—Vengo de la muerte —dijo Joaquín, y el capitán se rio, pero su risa sonó como ladrido de perro rabioso, como cosa que no tiene nada de alegre.

—Todos venimos de la muerte. Aquí la pregunta es si también vas hacia ella.

—Voy hacia ella.

—¿Sabes disparar?

—Sé disparar.

—¿Has matado?

Joaquín se quedó callado, pensando en María, en el machete que había sostenido en sus manos, en don Roberto cayendo al desfiladero, en cuarenta años de secreto cargado en silencio.

—Mi mujer mató por mí. Yo nunca tuve que matar porque ella se ensució las manos para que las mías se quedaran limpias.

El capitán no dijo nada más. Le dieron un rifle que parecía más viejo que el mundo y un lugar junto a los demás soldados, hombres que olían a pólvora y sudor, que hablaban de la guerra como si fuera una mujer: con respeto y con miedo, con amor y con odio.

Las batallas se sucedían una tras otra, como días que se repiten, como noches que no terminan. Joaquín peleaba sin ganas, disparaba sin apuntar, mataba sin odio. Peleaba como pelea un hombre que ya no tiene nada que perder y nada que ganar.

En las noches, cuando el silencio pesaba más que el ruido de los disparos y el frío se metía en los huesos como agua que se filtra, se quedaba mirando las estrellas, pensando en María. En la primera vez que la vio bajar los ojos cuando él le dijo que era bonita. En las mañanas que se habían despertado abrazados. En la noche que ella sostuvo el machete y defendió lo que era de ellos dos. En cuarenta años de una mujer que se había sentido asesina cuando en realidad había sido santa.

—¿En qué piensas? —le preguntaba a veces el muchacho que dormía a su lado, un joven que no tendría más de veinte años pero que cargaba los ojos de un viejo.

—Pienso en mi mujer. En la manera en que me amó, en la manera en que mató para salvarme.

—¿Tu mujer mató?

—Mató por amor. Para salvarme de un hombre que nos quería hacer daño.

—¿Y cómo se siente ser amado de esa manera?

—Se siente como si uno fuera el hombre más importante del mundo. Como si uno valiera tanto que alguien estaría dispuesto a condenarse por salvarlo.

—¿Y cómo se siente perderla?

—Se siente como si uno se hubiera muerto pero hubiera olvidado caerse.

El muchacho se quedaba callado, como si estuviera imaginando cómo sería eso, ser amado de esa manera y perderlo todo de un golpe.

—¿Y qué vas a hacer cuando termine la guerra?

—La guerra no va a terminar. Pero si termina, me voy a ir a buscar su tumba. Me voy a quedar ahí hasta que me muera. Hasta que se me acabe el cuerpo, hasta que se me acabe la tristeza.

Fue en una batalla cerca del Bajío cuando Joaquín recibió la bala que había estado esperando. No una bala en el corazón, que hubiera sido una muerte limpia, sino una bala en el estómago, que le dio tiempo de pensar, de recordar, de despedirse.

Se quedó tirado en el campo entre otros hombres que también habían venido a buscar la muerte. El muchacho se arrodilló junto a él y le puso la mano en la frente, con la misma delicadeza con que se consuela a los niños.

—¿Duele?

—No duele. Es como si algo se estuviera aflojando, como si el cuerpo ya supiera que es hora de descansar.

—¿Tienes miedo?

—No tengo miedo. Tengo ganas de verla. De pedirle perdón por haberme tardado tanto en llegar.

—¿De qué le vas a pedir perdón?

—De haber vivido tantos días sin ella. De haber respirado tanto aire que ella ya no podía respirar. De haber visto tantos amaneceres que ella ya no podía ver.

El muchacho lo miraba irse, como se va el agua, como se va el viento, como se van las cosas que no se pueden detener.

—¿Cómo quieres que te recordemos?

—No me acuerden. Acuérdense de ella. De la mujer que mató por amor, que cargó un secreto cuarenta años para que su hombre no sufriera, que se fue despacio y en silencio como se van las santas.

—¿Y tú?

—Yo nada más era el hombre que fue salvado. El que vivió cuarenta años con una santa sin saber que era santa.

Joaquín cerró los ojos. Su respiración se fue haciendo más lenta, más espaciada, como si estuviera aprendiendo a respirar de otra manera.

—¿La ves?

—La veo. Está ahí, esperándome. Está joven, como era cuando nos casamos, cuando todavía no había cargado ningún secreto.

—¿Y te perdona?

—Me perdona. Me dice que ya puedo descansar.

Joaquín sonrió, y el muchacho pensó que era la sonrisa más tranquila que había visto en su vida. La sonrisa de un hombre que por fin sabe a dónde va.

—¿Sabes qué es lo último que voy a pensar?

—¿Qué?

—En la noche que mató a don Roberto. No porque me dé tristeza, sino porque fue la noche en que demostró que me amaba más que a su vida, más que a su alma, más que a su propia salvación.

Murió con el sol en la cara, con el sonido de los disparos a lo lejos, con el nombre de María en los labios.

El muchacho se quedó a su lado hasta que llegaron los que cavaban las fosas, un hombre viejo que había enterrado a tantos muertos que ya no se sorprendía de nada.

—¿Cómo se llamaba?

—Se llamaba Joaquín. Era un hombre que fue salvado por una mujer que mató por amor.

—¿Y la mujer?

—Se llamaba María. Está enterrada en un pueblo que ya no tiene nombre, en una tumba que ya no tiene quien la visite. Pero alguien se va a acordar de su historia. Alguien siempre se acuerda de las que amaron así.

El hombre viejo echó la primera palada de tierra sobre el cuerpo de Joaquín, y el muchacho se alejó hacia el campamento sin volver la vista atrás.

Caminó pensando en que para quienes sufren la muerte en el alma, vivir o morir da lo mismo. Que es nada más una manera distinta de cargar el dolor.

Caminó pensando en que don Roberto, aunque llevaba cuarenta años muerto, al final había logrado llevárselos a los dos.

Caminó pensando en María, que mató una sola vez en su vida, que cargó ese peso en silencio hasta que se le acabaron las fuerzas, que murió creyendo que era una pecadora cuando en realidad era lo más parecido a una santa que el muchacho había escuchado contar.

El viento de los llanos levantó polvo y lo fue dispersando entre los pastizales resecos. En algún lugar lejos, en un jacal con la puerta entreabierta y las jaulas vacías, el rebozo de bolita seguía colgado del clavo donde Joaquín lo había dejado.

Y en la tumba pequeña detrás de la casa, las flores que él plantó seguían creciendo silvestres, como si quisieran abrazarla desde la tierra.

Como si hasta las plantas supieran que ahí, bajo ese cielo, había estado enterrada una mujer que amó más de lo que nadie tiene derecho a pedir.